

¿Quién es Jesús?

Jesús Martínez García

Introducción

Todos cuantos conocieron a Jesús hace veinte siglos en Palestina se hacían la misma pregunta: ¿quién es este hombre?, ¿de dónde ha salido? La gente deseaba conocerle y cuantos le escuchaban quedaban admirados de su personalidad y de sus enseñanzas.

Hoy como ayer su figura sigue despertando interés y nadie que tiene noticia suya queda indiferente. A lo largo de los siglos a muchas personas les ha apasionado este hombre y su mensaje, hasta el punto de dar la vida por él, ¿por qué esto? ¿Y por qué se apasionan también los que afirman que está muerto? ¿Qué tenía aquel Jesús que murió hace tanto tiempo que tanto interés despierta? Es que no está muerto, está vivo.

En los últimos años se ha escrito mucho sobre Jesús y no pocas veces interpretando de una manera subjetiva –de forma novelesca e incluso grotesca– su vida y sus palabras. Quien lea esas publicaciones, aparte de otras consideraciones, tiene que saber que lo que está leyendo es fruto del ingenio del que escribe y, por tanto, no debe pensar que las cosas ocurrieron tal como las han imaginado esos novelistas.

Asimismo se siguen publicando libros en los que se critica la historicidad de los evangelios, alegando que no pudieron suceder así los acontecimientos y se ofrece al público «lo que deberían haber dicho los evangelistas».

Como es sabido, hasta el siglo XIX nadie había dudado del contenido de estos relatos, pero debido a la influencia del pensamiento ilustrado que puso en duda toda religión como si fuera algo supersticioso y mítico, la escuela «histórico-crítica» negó la veracidad de casi todos los episodios evangélicos y criticó todo lo que en ellos pudiera aparecer como sobrenatural, explicando cada hecho por otras categorías que habría que tener en cuenta según la mentalidad y los usos de la época. Concluían diciendo que

Cristo fue un hombre normal, incluso un inconformista, al que la imaginación de los cristianos atribuyó ser el Mesías divino.

Como reacción, R. Bultmann, pastor protestante y acérrimo defensor de la fe fiducial, sostuvo hacia 1920 que lo importante en el cristianismo es conocer al «Cristo de la fe», lo que la fe enseña sobre Jesús, es decir, que es el salvador; lo demás – conocer su vida histórica– es una tarea inútil porque no sirve para la salvación y, además, una tarea imposible de realizar.

Explicaba que la investigación de la historia de Jesús es imposible de hecho, puesto que los evangelios no fueron escritos por testigos oculares sino que fue una elaboración de la comunidad creyente. Los evangelios –según él– no nos informan de la vida de Jesús, sino de un «kerigma», una profesión de fe que propone una visión de nuestra vida. Además, al descubrir que los evangelios no eran obras unitarias, sino un conjunto de piezas separadas (o «formas»), interpretó que eran unos cuentos o leyendas que se formaron en torno a Jesús. Por lo que concluía que es imposible saber nada de la vida y personalidad de aquel hombre, y lo que podemos conocer sólo es la fe de aquellas comunidades: el Jesús en el que creían.

La crítica a Bultmann la hizo en 1953 uno de sus discípulos, E. Käsemann, exponiendo que si no existe conexión alguna entre el Cristo de la fe y el Jesús de la historia, el cristianismo se convertiría en un mito; además, si la Iglesia primitiva no tenía ningún interés en conocer la historia de Jesús, no se explica por qué se escribieron los evangelios, pues bastaba con las cartas de Pablo; finalmente, la misma fe exige la certeza de la identidad entre el Jesús terreno y el Cristo glorificado, pues de lo contrario no será la fe transmitida por los apóstoles.

En una excelente síntesis sobre la diversas corrientes de investigación de estos años en torno a los evangelios, R. Latourelle concluía en 1978 que «después de dos siglos de estudio, la crítica ha acabado mordiéndose la cola. Al final de la aventura nos encontramos con la misma afirmación inicial: por medio de los evangelios conocemos verdaderamente a Jesús de Nazaret. Las negaciones o las sospechas de la crítica han obligado a católicos y protestantes a escudriñar la historia de esos libritos en apariencia tan ingenuos y tan transparentes que son los evangelios. Después de varias décadas de estudio se nos ha hecho más familiar la historia de su formación. Por complejo que haya sido, el conocimiento de esta historia, lejos de darnos miedo, nos tranquiliza y nos afianza» (R. LATOURELLE, *A Jesús el Cristo por los evangelios*).

La exégesis ha enriquecido mucho nuestro conocimiento sobre los evangelios, como ha sido el profundizar en su proceso de formación (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 126), en lo que indudablemente Bultmann contribuyó. Por otros documentos antiguos y descubrimientos arqueológicos se han precisado muchos detalles. De todos es conocido, por ejemplo, que Jesús no vivió treinta y tres años como se venía pensando, sino más de treinta y cinco, pues Herodes el Grande (el que intentó matar a Jesús después de haber nacido) murió según datos de Flavio Josefo en la primavera del año 750 de la historia de Roma, por lo que Jesús no pudo nacer el año 754, fecha fijada por Dionisio el Exiguo como comienzo de la era cristiana. Jesús nació entre cuatro y siete años antes de lo que se creía.

Todo esto tiene su interés y la Iglesia Católica desea que se siga investigando en la historia de las formas (*Formgeschichte*) y en la historia de la redacción (*Redaktionsgeschichte*), pero rechazando los prejuicios racionalistas. Sería un gran error, por tanto, poner en tela de juicio los evangelios desautorizando a sus autores como si ellos hubieran conocido sólo de oídas lo que referían, hubieran puesto en boca de Jesús frases que no dijo, o hubiesen inventado personajes o situaciones: al menos Juan y Mateo fueron testigos oculares de muchas de las cosas que narran pues eran apóstoles, y Marcos y Lucas es probable que conocieran a Jesús, en todo caso fueron discípulos de Pedro y de Pablo respectivamente.

Como decíamos, la veracidad de los evangelios ha sido comprobada en el siglo XX. Pero no hay que olvidar que ya en el siglo I los mismos cristianos la habían comprobado, pues esos relatos se escribieron en el seno de la Tradición de la Iglesia y en ellos se hablaba de Jesús –objeto de la fe–, por lo que la primera interesada en que contuvieran palabras y hechos de Jesús ciertos era la misma Iglesia.

Si los cuatro evangelios gozaron desde un principio de autoridad en la comunidad de los creyentes y se tuvieron como revelados por Dios es porque narraban palabras y hechos verdaderos ya conocidos por aquellos primeros cristianos. De hecho, la Iglesia rechazó los evangelios apócrifos, otros relatos –unos escritos por gente piadosa y otros por gnósticos con el fin de confundir a los cristianos– que contaban cosas que no eran ciertas. Para los cristianos era muy importante conocer la vida y las enseñanzas de Jesús tal y como sucedieron y cuál era su sentido, porque eran el camino de salvación, es decir, lo que daba sentido a sus vidas y por lo que estaban dispuestos a morir.

Es verdad que con en los primeros siglos, al hacer a mano las copias, pudieron producirse interpolaciones o añadidos respecto a los textos originales, pero con los estudios de la exégesis bíblica de estos últimos años, y después de haber expurgado los versículos de dudosa procedencia, tenemos total seguridad de que los datos que dicen los evangelistas son ciertos y que los textos que hoy poseemos corresponden a los que escribieron sus autores porque a lo largo de los siglos la Iglesia los han conservado con sumo esmero.

Por eso podemos conocer quién era Jesús, lo que hizo y lo que enseñó, pues para eso se redactaron. El lector comprenderá, por tanto, que en este libro nos interese seguir fielmente los evangelios sin hacer interpretaciones personales, porque de no hacerlo así desfiguraríamos el personaje que deseamos conocer mejor. Y si en algún punto los evangelios no detallan algo, seguiremos lo que tradicionalmente se ha estimado como más probable, pues «in dubiis stat traditio», en la duda, se mantiene la tradición.

Tampoco nos detendremos en entrar en detalles que algunos cuestionan, porque no es la finalidad de este libro (tampoco los exegetas van demostrando la veracidad de cada pasaje cada vez que alguien critica un punto de los evangelios), puesto que hay muchos y buenos libros sobre Jesús que ofrecen suficiente información.

Lo que aquí interesa es que el lector, «metiéndose» en el ambiente en el que Jesús vivió, contemple como un espectador aquellos sucesos y aquellos diálogos para que, también él, quede sorprendido por aquel hombre único y saque consecuencias para su propia vida. Porque esto es lo que se preguntaban hace veinte siglos cuantos le conocían: *Aquellos hombres, maravillados, decían: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»* (Mt 8,27). *¿Quién es éste?* La gente deseaba ver a aquel hombre y, al escucharle o al observar los prodigios que realizaba, quedaban admirados.

En cierta ocasión Jesús preguntó a sus amigos qué pensaban los hombres acerca de Él. En las respuestas se comprobaba que la gente le atribuía el título más alto: decían que era un profeta enviado por Dios. Pero a Jesús no le interesaba tanto conocer las opiniones al respecto, cuanto que finalmente Pedro afirmara –movido por Dios– quién era Él en realidad para que lo supieran sus seguidores: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt, 16,16).

Lo que a nosotros hoy nos debería importar no es tener una «opinión» subjetiva sobre aquel hombre, sino saber quién era en verdad, pues sólo así entenderemos qué vino a hacer en este mundo y el influjo que ha ejercido sobre tantos millones de

hombres y de mujeres. Este es el propósito de este libro: ayudar a conocer un poco más quién era Jesús.

A diferencia de otros libros que recorren toda su vida, aquí sólo analizaremos las apenas veinticuatro horas anteriores a su muerte y saber qué dijeron de Él antes y después de su resurrección. En esas horas se puso de manifiesto el «hombre» que era Jesús; a la vez se comprobará por los protagonistas de aquellos sucesos que era «alguien» más que un hombre, y, sobre todo, el lector podrá entender un poco más aquella gran verdad que Jesús reveló: que *el mundo conozca que tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí* (Jn 17,23).

Un hombre decidido

Era de noche cuando salió del cenáculo Jesús con los once apóstoles y caminaba delante de ellos, descendiendo por el empedrado. Los apóstoles iban detrás de Él en pequeños grupos por esa calle que recorría la ciudad descendiendo desde el oeste hacia el este. El pavimento de amplios espacios de piedras lisas se veía interrumpido cada dos o tres metros por unos escalones que rompían el ritmo de la zancada, pues esos largos escalones estaban pensados más bien como descanso del que subía que para comodidad del que bajaba.

Atrás quedaba el cenáculo, donde unas mujeres recogían los restos de la cena y fregaban, sumidas en recogimiento, gustando todavía en sus corazones las palabras y los gestos de Jesús, que también ellas habían presenciado.

Y con el regusto entrañable de ese rato de intimidad familiar —¡más, de confidencias divinas!— iban descendiendo los once, deprisa, como saltando sobre el empedrado, detrás de su Maestro. Él iba delante. Como buen maestro siempre había ido por delante al caminar y al proponerles ideales maravillosos para sus vidas. Jesús cautivaba con sus palabras, arrastraba con el empuje de su personalidad y sorprendía con los misterios de los que hablaba.

Por la calle en penumbra llegaron a la puerta de las Aguas, y al atravesar por ella la muralla se abrió ante sus ojos el amplio valle de Cedrón. Bajo la tenue luz de la luna se podía ver enfrente, recortada, la silueta del monte de los Olivos. Jesús seguía bajando resuelto, en silencio, y ellos le seguían.

Desde hacía tres años seguían a Jesús, porque realmente era un maestro que enseñaba a orientar la vida en la verdad y el bien. No era sólo la sublimidad de su

doctrina, era también la fuerza de su personalidad lo que les arrastraba y entusiasmaba, porque vivía lo que predicaba.

La fuerza espiritual y religiosa que se desprendía de su persona y el atractivo irresistible de su figura conquistaba multitudes. En su figura había algo radiante que atraía irresistiblemente a toda persona de sentimientos delicados, especialmente a los niños y a las mujeres. La exclamación que un día brotó espontánea de los labios de una mujer del pueblo fue muy significativa: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron* (Lc 11,27).

A sus discípulos les había llamado la atención la lucidez extraordinaria de su juicio y la inquebrantable firmeza de su voluntad. Era verdaderamente un hombre de una gran personalidad, que tenía muy claro el fin de su vida –realizar la voluntad de su Padre– y lo buscaba inflexiblemente y hasta el último extremo. Ya su modo de hablar «Yo he venido, Yo no he venido» traslucían perfectamente la claridad que tenía de su misión: *Yo... sé de dónde vengo y a dónde voy* (Jn 8,14). *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquél que me ha enviado* (Jn 6,38). *Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad* (Jn 18,37). *Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante* (Jn 10,10). *He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?* (Lc 12,49). *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en redención por muchos* (Mc 10,45). *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia* (Lc 5,32). *No he venido para condenar al mundo, sino para salvar al mundo* (Jn 12,47). *No he venido a traer paz a la tierra, sino la espada* (Mt 10, 34).

Jesús sabía claramente qué debía hacer y qué no debía de hacer: tenía conciencia de la misión que el Padre le había encomendado. A diferencia de lo que sucede a cualquier persona, que hay momentos en los que no sabe qué debe hacer, Él sabía en toda circunstancia cuál era su sitio o su misión, sin tomarse tiempo para reflexionar en las respuestas. En este sentido, rechazó inmediatamente la propuesta de repartir una herencia, porque no era de su incumbencia (Lc 12,13), aunque a primera vista hubiera parecido que se trataba de una obra buena.

Jesús sabía lo que tenía que hacer y lo sabía desde el principio. Cuando a la edad de doce años sus padres le encontraron en el Templo, expresó claramente su norma de actuación: *¿No sabíais que debo emplearme en las cosas de mi Padre?* (Lc 2,49). Años más tarde, al inicio de su vida pública, el tentador le propuso otros planes, y Él

contestó: *Apártate Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás* (Mt 4,10); con gran claridad veía Jesús desde el principio de su vida pública el nuevo camino de su entrega y de sacrificio a la voluntad de su Padre y lo emprendió con resolución.

Algo semejante respondió con rapidez a Pedro cuando trató de apartarle de la cruz (Mt 16,23). Jesús le rechazó enérgicamente como a Satanás. Otra vez fueron muchos los discípulos que le abandonaron cuando habló de darles a comer su carne y beber su sangre. Pero Jesús estaba dispuesto a seguir su camino, aunque fuera solo, abandonado de todos. Ni la menor condescendencia para retener a sus discípulos, solamente esta concisa pregunta: *Y vosotros, ¿también queréis marcharos?* (Jn 6,68). Jesús aparecía siempre con una voluntad resuelta.

Jamás se le había visto en sus palabras o en su modo de obrar vacilar, permanecer indeciso, y menos volverse atrás. Y pedía esa misma voluntad firme e inflexible a sus discípulos cuando decía: *Quien tiene la mano en el arado y mira atrás, no sirve para el Reino de Dios* (Lc 9,62). Pero no era precipitado en sus decisiones, pues Él mismo había explicado que *quien declara la guerra a un rey comienza por hacer recuento de sus tropas* (Lc 14,31). Prudente, sí, pero de ninguna manera permitía la indecisión, las claudicaciones o las salidas de compromiso.

Todo su ser y su vida eran un «sí» o un «no». Jesús era siempre el mismo cuando hablaba y actuaba, y lo hacía con lucidez de conciencia y voluntad firme. Por eso Él podía pedir a los demás: *Que vuestra palabra sea sí, sí, no, no. Lo demás es un mal* (Mt 5,37). Llamaba la atención que, aun ante las situaciones más comprometedoras o peligrosas, jamás había perdido la serenidad.

Su voz debía de ser poderosa y clara, como la del buen comunicador, para poder hacerse entender. A la vez, la sencillez en la exposición de sus enseñanzas manifestaban un gran orden y claridad de ideas.

Todo en Él era luz, verdad, unidad, coherencia. Hasta sus mismos enemigos lo reconocían: *Maestro, sabemos que eres veraz y no haces acepción de personas* (Mc 12,14). Los apóstoles se daban cuenta de que en esta unidad y pureza de todo su ser estaba la explicación de su lucha contra los fariseos, personificación de lo que había de falso y oscuro en la religión y en la vida. Desde este punto de vista, era coherente que su modo de actuar en la verdad y fidelidad al Padre le supusiera ser *signo de contradicción*, tener enemigos y que buscaran su muerte.

Jesús era la encarnación de la fidelidad hasta el heroísmo. Y a sus discípulos exigía esa disposición de entrega absoluta de su vida por la verdad. Jesús pedía heroísmo. Al joven rico le planteó dejar absolutamente todo, porque el verdadero discípulo debía posponer todo para seguirle a Él: padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hasta la propia vida.

Sus palabras eran ciertamente exigentes, pero Jesús iba por delante, era el primero en vivir lo que proponía a sus seguidores. No era sólo la sublimidad de su doctrina y la coherencia de su vida, era también el temple y la exigencia personal lo que le daba una extraordinaria autoridad moral, y que hiciera que sus enemigos le temieran: nadie osó resistirse cuando expulsó por la fuerza a los vendedores del templo.

Todo ese modo de ser hacía que apareciera ante la gente, y también ante los suyos, como un jefe, como alguien que estaba por encima; de ahí su temor respetuoso a su Maestro. Los evangelistas señalan repetidas veces la extrañeza y aun el temor de los discípulos ante sus discursos y prodigios (Mc 9,6; 10,24), y su miedo a interrogarle. El temor se apoderaba también de las muchedumbres y les cautivaba (Mc 5,15), porque daba la impresión de poder, de superioridad. En él había algo dominante y arrollador. Por eso la gente, al preguntarse sobre quién era Jesús, se planteaba si no estarían delante de Elías, Jeremías o algún otro profeta.

Sus ojos debían ser muy expresivos, su mirada fascinante, capaz de excitar e inflamar en los demás los más altos ideales y de hacer sentir los reproches más emocionantes; en los evangelios se insiste a veces en esa mirada: *Y mirándoles les dijo...* Sin duda, de su mirada se podía advertir cómo era su corazón.

Las gentes le seguían no sólo por su autoridad moral, sino también por el inmenso cariño que les manifestaba. Querían a Jesús y a su vez se sentían queridos y protegidos por Él. Los niños gustaban acercarse a Él. Otros, sin embargo, no respondían con generosidad ante aquella mirada que interpelaba. ¿Por qué? Tal vez porque sea necesario un corazón recto para amar y dejarse amar, y sea éste el requisito para descubrir en un rostro aquello que ante los demás permanece encubierto.

Verdaderamente los apóstoles estaban entusiasmados con Jesús, y estaban dispuestos a ir con él a Jerusalén a morir con él si hacía falta; dispuestos a dar la vida por su Maestro porque nunca habían conocido un hombre igual.

¿Qué le sucede a Jesús?

No le habían visto la cara desde que salieron del cenáculo. Llegaron hasta el torrente y lo cruzaron por un pequeño puente. Jesús seguía caminando y se dirigía hacia la finca llamada Getsemaní —«prensa de aceite»— situada en la falda del monte, lugar que se prestaba para el retiro y la oración, y desde el cual se veía el paño alargado del muro oriental del Templo. Parecía que iban a allí a rezar, como habían hecho otras veces.

Al llegar a la puerta de la tapia Jesús se detuvo y dijo que sólo le acompañaran Pedro, Juan y Santiago; y a los demás, que se quedaran allí rezando: — *Quedaos aquí mientras yo voy a orar allí* (Mt 26,36), y les aconsejó: *Orad para que no entréis en tentación* (Lc 22,40). A una indicación suya Pedro, Santiago y Juan se adentraron con Él entre los árboles. Eran los mismos que le habían visto transfigurarse en la cumbre del Tabor.

Mientras caminaban, se dieron cuenta de que a Jesús le estaba pasando algo raro pues su rostro mostraba temor y angustia. No se atrevían a preguntarle, pues ellos mismos estaban como contagiados por la tristeza de Jesús. Sorprendidos y mirándose entre sí, les costaba admitir que Jesús se pudiera encontrar en una situación anímica semejante. Ellos habían aprendido que estando junto a Él no les podía pasar nada; Él mismo les había repetido varias veces que no tuvieran miedo. Pero esta vez se asemejaba a quien tiene fiebre y se encuentra débil: a Jesús le pasaba algo.

Seguían caminando en silencio reverente, hasta que se detuvo y les hizo una confidencia: — *Triste está mi alma hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo* (Mt 26,38). Allí se quedaron mientras Jesús continuó andando como unos treinta metros. Se puso de rodillas y luego se postró rostro en tierra. Desde su sitio, los tres escuchaban sus gemidos entrecortados y alcanzaron a oír: — *¡Abbá, Padre!, todo es posible para ti. Aparta de mí este cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieras tú* (Mc 14,36).

Estaban anonadados. Nunca habían visto señales de tristeza o de temor en su Maestro, al contrario, y ahora en cambio era como un niño enfermo que necesitara del cuidado de su Padre. En otras ocasiones habían comentado entre sí que no acababan de entender algunas de sus palabras porque les hablaba de misterios que Él sabía y que ellos, por mucho que se los explicase, no acababan de entender. Entreveían la gran distancia entre ellos y la sabiduría de su Maestro. Jesús sabía mucho más.

Además, a pesar de su cercanía y de su amistad con ellos, Jesús tenía una relación muy especial con su Padre y, precisamente esa cercanía con el Padre, le hacía distante y lejano. A veces, después de despedir a las gentes, se iba Él sólo a orar y se pasaba la noche en oración (Mt 14,23). *Yo no estoy solo* (Jn 8,16) les había repetido en varias ocasiones: *no estoy solo porque mi Padre está conmigo* (Jn 16,32).

Se daban cuenta de que trataba con el Altísimo de una manera absolutamente distinta a como lo hacían los demás hombres. No sólo porque llamara a Dios su Padre y hablara con Él en cualquier momento y con gran confianza –*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra* (Mt 11,25); *Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas* (Jn 11,41)– sino que pasaba largos ratos hablando a solas con Él. Jesús tenía un mundo interior tan íntimo y sagrado, como un «sancta sanctorum», al que no tenían acceso los demás sino sólo su Padre, que le hacía único y misterioso: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt 11,27). Su Padre era su mundo, su existencia, su vida.

Sin embargo los tres apóstoles que le veían ahora en el huerto hablar con su Padre advertían que el tono de su diálogo era distinto al de otras veces. Era una oración confiada como siempre, pero hablaba con un acento de tragedia de un cáliz que ellos no comprendían. El Maestro albergaba en su corazón algo que ellos no podían alcanzar, y advertían en Él algo distinto a todos los sentimientos que habían observado en otras ocasiones y que le oprimía el corazón. Estaban tristes porque nunca le habían visto así. Aquellos tres que habían sido testigos del prodigio de luz en el Tabor donde Jesús se transfiguró y parecía un ser divino, contemplaban al mismo Jesús ahora tirado en el suelo como en los estertores de la muerte. No podían entenderlo.

Jesús había aparecido ante la gente en esos cerca de cuarenta años de su vida como un verdadero hombre; un hombre con categoría y prestancia que provocaba la admiración de la gente, sí, pero un hombre. A excepción del momento de la Transfiguración, su naturaleza divina se había ocultado constantemente bajo el velo de su naturaleza humana. Pero ahora, en el momento de la desolación en Getsemaní, parecía como si esa majestad humana y esos destellos de su divinidad –al igual que sus amigos– le hubieran abandonado. Jesús estaba solo, abandonado, abatido, como metido en el fondo de un abismo, con la plena conciencia de que era Él quien lo había querido; y sabiendo lo que le aguardaba.

¿Pero qué era lo que le hacía sufrir tanto? Lo que Jesús contemplaba en aquellos momentos no era sólo el dolor que le producirían los azotes que rasgarían sus espaldas, piernas y brazos, ni los clavos atravesando sus muñecas y sus pies, sino sobre todo el pecado del mundo y la ingratitud de los hombres que rechazarían la misericordia del Padre.

Para la mayoría de los hombres el pecado es algo tan natural como el vestido que llevan o el agua que beben, para Jesús en cambio la sola cercanía de esa realidad era la más terrible de las agonías. Como el médico advierte el alcance de la enfermedad que padece el enfermo, la persona que está cerca de Dios comprende el horror que supone el pecado. Para Jesús el sólo contacto con el pecado le hacía sufrir hasta la agonía, porque el pecado es todo lo contrario a Dios, es el mal. Y el que peca no sólo se aleja de Dios, sino que se hace esclavo del pecado y se hace a sí mismo «malo».

Sólo quien amara al hombre de esa manera tan profunda, sufriría por el hombre pecador y trataría de poner remedio para sacarle de esa lamentable situación. Jesús había explicado que Dios es un Padre que espera la vuelta de su hijo perdido; pues bien, Dios mismo quiso hacerse hombre y, «abandonando la casa del Padre», quiso Él mismo ser el hijo pródigo que, desde las consecuencias del pecado –la soledad, el sufrimiento y la muerte– se acercara a pedir perdón y misericordia al Padre por sus hermanos los hombres.

Iba a cargar con los pecados de la humanidad entera, con los millones y millones de pecados que se cometieron y cometerían a lo largo de la historia de los hombres. *A aquel que no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros (2 Co 5,21)*. Por eso estaba allí ahora sumido en el dolor. Él confiaba en su Padre celestial, pero la confianza amorosa no está reñida con el desfallecimiento físico y psíquico. Y como sale a borbotones el jugo de las uvas en la prensa del lagar, así salían por los poros de su frente gotas de sangre a causa de la malicia de los hombres.

Aquellos tres apóstoles no podían entender lo que aplastaba el alma de Jesús y le causaba el desfallecimiento. Una vez más Jesús les desconcertaba, llevaba un mundo interior desconocido para ellos y una misión de la que apenas se hacían cargo, aunque Él había tratado de hacerles partícipes. No se enteraban de los misterios que llevaba en su corazón, y la prueba es que se habían dormido mientras el Maestro sufría.

Por fin Jesús se levantó de la oración y, recobrando el ánimo de siempre, se dirigió a sus amigos diciéndoles: – *¡Dormid ya y descansad! ¡Basta! Ha llegado la hora en*

que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vamos! Mirad que está cerca el que me entrega (Mc 14, 41-42).

Decepción y desconcierto

Era hacia la medianoche cuando Jesús retornaba con los tres a la entrada de la finca, donde se habían quedado los otros ocho. Un murmullo de voces resonaba en el valle y a la luz de la luna se distinguía un tropel de gentes con linternas encendidas, que parecían dirigirse al lugar donde se encontraban ellos. Los que iban en cabeza se detuvieron al ver a los doce que estaban –como esperándoles– junto a la cerca del huerto. Judas Iscariote avanzó y de dirigió hasta Jesús, y acercándose le besó en una mejilla, al tiempo que decía: – *¡Salve, Maestro!* (Mt 26,49).

Los acompañantes de Jesús no entendían qué podía significar aquello, ni la malicia que podía encerrar aquel beso. Pero la respuesta de Jesús terminó por alertarles: – *Amigo, ¿a lo que has venido!* Esa frase sonó algo así como: Amigo, ¿hasta dónde has llegado!; Judas, ¿quién te ha visto y quién te ve! Era un suave reproche que no provenía del resentimiento, sino para que se diese cuenta de quién era él, Judas, todavía: un amigo. Con ello le recordaba la llamada que un día le hizo, lo que había vivido con su Maestro y la situación lamentable en la que se hallaba. Jesús le desvelaba que conocía lo que sucedía en su interior y le invitaba a la sinceridad, al cambio interior.

Siempre respetando la libertad de los hombres, siempre declarando la verdad pero nunca coaccionando, porque cada uno es quien debe decidir sobre sus acciones y sobre su vida. Sorprendido, Judas no respondió. Se había retirado un poco y estaba mirando fijamente a Jesús. Fueron unos segundos intensos para Judas. De lo que hiciera en ese momento dependían muchas cosas para él. Muchas más de las que podía prever. Y como no acababa de decir nada, el Maestro le lanzó un nuevo reproche: – *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Lc 22,48).

Pero tampoco éste conseguía reavivar su conciencia. Su corazón se había ido endureciendo y ahora la voz de Jesús –la voz de Dios– no le removía. Tenía la atención puesta en lo que había ido a hacer, en el beso convenido con el Sanedrín y en lo que le iban a dar en recompensa después de que los criados y los guardias del Templo le apresasen y le condujeran con suma cautela ante el sumo pontífice.

Es posible además que, en el fondo, Jesús le hubiera defraudado porque también él esperaba un Mesías-rey e imaginara que él sería uno de sus ministros: lo que le

interesaba era ser alguien en el mundo y disfrutar de una buena posición económica. Pero con el tiempo se fue dando cuenta de que Jesús no era la persona que se había imaginado y que con Él no iba a triunfar.

Es elocuente que, precisamente al día siguiente de que la muchedumbre intentara proclamarle rey después de multiplicar los panes, Jesús comentó que entre los Doce que había escogido había un diablo. *Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote* (Jn 6,71). ¿Qué había sucedido en el interior de Judas durante esas horas? ¿No le habrían agitado amargos pensamientos de humana desilusión? Asimismo, unos días antes Judas comprobó que el Maestro prefería las lágrimas y la conversión de una pecadora a un perfume carísimo. Jesús había defraudado sus esperanzas humanas y, al surgirle una oportunidad inmediata de riqueza –y a la vez de acercamiento al poder–, no la había desaprovechado. En el fondo, él no deseaba hacer daño a Jesús, lo que quería era su propio bien.

Judas no había entendido que a Jesús no le interesaba el dinero, ni el triunfo humano, ni la gloria de los hombres. Judas no había entendido quién era Jesús. Y en esos momentos no estaba en condiciones de entenderlo, porque para descubrir «quién es Jesús» es necesario tener el corazón limpio.

Acabaron de llegar todos los que venían a por Él, pero ninguno daba un paso para prenderle. Ninguno tiraba la primera piedra porque algo sabían del personaje que tenían delante y tenían noticia de los prodigios que se contaban sobre Él. Entonces Jesús se adelantó hacia ellos y les preguntó: – *¿A quién buscáis?* (Jn 18,4). – *A Jesús el Nazareno* – contestaron con bravuconería. Y Él añadió: – *Yo soy*. Al oír esto, los que estaban más cerca retrocedieron y cayeron en tierra. ¿Qué significado y qué fuerza debían encerrar esas palabras para que sucediera eso? La majestad de Jesús, oculta en su oración en el huerto, volvía a aparecer; y manifestaba que si le iban a prender sería porque Él iba a dejar hacer.

Cuando se levantaron apenas repuestos del susto, Jesús les preguntó de nuevo que a quién buscaban. Esta vez respondieron con más modestia que a Jesús el Nazareno. Entonces les dijo que, si Él consentía en que le apresaran era con la condición de que sus discípulos fieles quedaran libres.

Uno de los once, al darse cuenta de que efectivamente el Maestro se disponía a dejarse detener, pidió permiso para defenderle: *Señor, ¿acometemos con la espada?* (Lc 22,49). Pero antes de que Jesús respondiera, Pedro –temperamental y expeditivo–,

intuyendo la negativa no esperó la respuesta y, desenvainando una espada, dio un golpe en la cabeza al siervo del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Había dado su palabra de que daría la vida por su Maestro y no estaba dispuesto a echarse atrás.

Pero el Maestro hizo algo que le desconcertó sobremanera. Dijo: *Dejad, basta ya* (Lc 22,51), tomando la oreja curó a Malco y a continuación reprendió a quien había tratado de defenderle: – *Vuelve tu espada a la vaina porque todo el que empuña espada a espada morirá. ¿Crees que no puedo yo invocar a mi Padre y al punto pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Pero, entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras según las cuales debe suceder así?* (Mt 26, 52-54).

Cumplirse las Escrituras, ahí estaba la clave para entender por qué Jesús se iba a entregar e iba a dejar hacer a los hombres en toda la pasión: para que se cumpliera lo previsto por Dios, o lo que es lo mismo, que se cumpliera la voluntad de su Padre celestial sobre Él.

Entonces Jesús dirigiéndose a los que habían ido a por Él lo volvió a afirmar: – *Habéis salido con espadas y palos para prenderme como a un ladrón. Diariamente estaba junto a vosotros enseñando en el Templo y no me detuvisteis. Pero es para que se cumplan las Escrituras* (Mc 14, 48-49).

Pedro se había quedado desconcertado y como defraudado de que Él, el Maestro, el que salía airoso siempre y a quien nadie podía hacer nada, no quisiera defenderse. ¡El Mesías se «entregaba» como si estuviera derrotado! No le cuadraba esa reacción con la idea que se había forjado de Él. ¿No era el Mesías? Eso no podía ser.

Pensó que si Jesús se dejaba prender que lo hiciera, pero él, pudiendo escapar, se escapaba. Y los otros siguieron a Pedro. Desde su punto de vista humano no podía admitir el razonamiento de Jesús. Estaba sorprendido. Nadie había podido hacer nada al Maestro en esos tres años, ni en el plano de los debates dialécticos, ni habían podido prenderle físicamente. Y ahora era como si las fuerzas de Jesús se hubieran desvanecido y fuera un mero hombre incapaz de oponer resistencia.

Pedro no acababa de entender lo de las legiones de ángeles; lo que entendía era que allí estaban unos hombres armados y había que defenderse. No comprendía que Jesús rechazara la violencia y que la rechazara hasta tal punto; no entendía que se pudiera ser mártir. Ya el Maestro se lo había advertido en otra ocasión: *no juzgas las cosas como Dios, sino como los hombres* (Mt 16,23).

Verdaderamente le había parecido desconcertante otras veces, pero en ésta no le cabía en la cabeza su actitud. No se daba cuenta en ese momento de que a Jesús había que seguirle aunque no se Le entendiera humanamente, porque Él siempre sabía más y conocía qué debía de hacerse para llegar a la bienaventuranza eterna. Ya se lo había dicho antes, cuando le lavó los pies: *Lo que yo hago, ya lo entenderás después*. Pedro lo entenderá días más tarde cuando llegue el Espíritu Santo, y dará su vida pasados los años, crucificado también él, en la persecución de Nerón.

Pero ahora abandonaba al Maestro porque no entendía su comportamiento. Tampoco él había entendido a fondo quién era Jesús.

¿No íbamos a reinar?

¿Por qué hasta sus mismos discípulos no acababan de comprender a su Maestro? Para responder a esta pregunta es necesario conocer cuál era entonces la mentalidad que existía sobre el Mesías.

Los que pertenecían al pueblo de Israel estaban a la espera del Mesías prometido y, según la interpretación que se había hecho de los textos de la Biblia, se trataba de un rey de índole religiosa, a la vez que política, que convocaría a todo el Pueblo disperso por el orbe y le otorgaría la liberación total. Estaba profetizado y todo apuntaba a que el momento de su aparición sería por aquella época. De hecho ya había habido varios conatos en este sentido de hombres que arrastraron algunos cientos de personas, pero una vez desaparecidos los iniciadores, con ellos murió su aventura.

Cuando empezó a predicar Juan Bautista, la gente se preguntaba si no sería acaso él el Mesías, y de hecho le tenían por tal. Él lo negó rotundamente y señaló que venía detrás de él. Afirmó que Jesús era el Cordero de Dios que quitaba el pecado del mundo, que era el salvador prometido por Dios. Indudablemente Juan sabía que era Jesús era el Cristo, el que salvaría al pueblo, y que se trataba de una salvación religiosa, que afectaba al corazón. Seguramente había hablado muchas veces con Jesús, pues eran parientes y de la misma edad, además había escuchado la voz del cielo que había confirmado que era el Hijo amado de Dios y, sobre todo, Dios le había destinado para mostrar a los hombres que Jesús era el Mesías. Él tenía conciencia que su misión era preparar a la gente para que le reconocieran como tal, y que debía orientarles hacia Jesús.

Quizá fuera éste el motivo por el que, con un buen método pedagógico, envió a unos discípulos suyos a preguntar a Jesús si Él era el Mesías que había de venir, para que lo escucharan de sus propios labios. Él contestó a los enviados simplemente que contarán a Juan lo que habían visto y oído: *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado quien no se escandalice de mí* (Lc 7, 22-23). Les mostraba con unos hechos que se referían a una profecía claramente mesiánica que estaba llegando el bien a las personas, su salvación, y de qué salvación se trataba.

Jesús explicó después muchas veces en qué consistía ese «Reino de Dios», el reino de los cielos, con su modo de enseñar tan ilustrativo y peculiar que eran las parábolas, aquellos ejemplos tomados de la vida ordinaria que encerraban una enseñanza moral y tenían un sentido escatológico sobre la salvación de las personas.

Muchos al ver sus prodigios y al escuchar sus palabras se dieron cuenta de que Jesús era un profeta, tal vez el que tenía que venir, y que por la autoridad que mostraba todo apuntaba a que sería él quien reuniría al pueblo de Israel. Y este concepto que tenían de Jesús lo expresaron a su manera. Las veces en que aparece en los evangelios que llaman a Jesús «Hijo de Dios» parece que tienen este sentido y no el de Hijo del Altísimo igual a Dios, pues no podían tener otro más profundo ya que era impensable para ellos que Jesús, aquel hombre que sonreía o se cansaba, pudiera ser el Dios eterno.

Por ejemplo, cuando Natanael –que sería luego apóstol– habló por primera vez con Jesús acabó diciendo: *Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel* (Jn 1,49). Es probable que tengan este mismo sentido las palabras del diablo tentador: *Si tú eres el Hijo de Dios...* (Mt 4,6), pues, como interpreta san Lucas en otro momento, esa expresión equivalía a la del Mesías: *salían demonios de muchos gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él les increpaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo* (Lc 4,45). Y quizá también haya que entender en este sentido las palabras de Marta antes de resucitar su hermano: *Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo* (Jn 11,27).

El Cristo, el Mesías prometido, el Hijo de Dios venía a significar lo mismo para aquellos hombres y mujeres. ¿Qué contenido encerraban esos modos de decir? ¿Qué idea tenían realmente los que le seguían?

Nos puede dar luz aquel pasaje en el que la mujer de Zebedeo –que le acompañaba habitualmente y sin duda gozaba de su confianza– solicitó que, cuando llegara a la

gloria, concediera a sus dos hijos colocarse a su derecha y a su izquierda. Buenísima intención, pero sus palabras evidenciaban una gran una visión humana. En aquella ocasión, los otros diez apóstoles se indignaron, y entonces Jesús les explicó lo que significaba reinar con Él: *quien quiera ser el mayor entre vosotros, que sea vuestro servidor..., pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en redención por muchos* (Mc 10, 43-45).

Quizá el pasaje donde más claramente aparece lo que pensaban sobre Jesús sus amigos viene explicado –con un acento de desilusión– por uno de sus discípulos cuando iban de camino a Emaús: *Lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras... Nosotros esperábamos que sería él quien libraría a Israel* (Lc 24, 21). En el fondo latía ese matiz de salvador humano, de rey que les libertaría del yugo de los romanos.

Es verdad que pensaban que sería «a la manera de Jesús», de un modo algo misterioso y por superación de las medidas y poderes humanos; pero también incluía la posibilidad de ser un rey libertador humano, ¿y por qué no? Alguno de los apóstoles pertenecía al partido –que hoy llamaríamos extremista– de los celotes, y por eso iba armado con espada; el mismo Pedro llevaba también una espada en el huerto de los Olivos.

Por eso Simón Pedro se quedó desconcertado cuando le prendieron en Getsemaní al comprobar que Jesús no oponía resistencia ante quienes le apresaban. Y eso que Pedro había escuchado muchas cosas y había visto muchos milagros. Amaba a Jesús y creía en Él, pero ya se ve que no le había entendido del todo.

Ya se había quedado desconcertado en otra ocasión cuando, después de confesar por inspiración divina en Cesarea de Filipo *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16,16), Jesús habló inmediatamente de subir a Jerusalén para padecer y morir. Ante ese planteamiento Pedro se opuso y contestó que él lo impediría. No sabía que la misión del Cristo consistía precisamente en eso. Solamente después de la revelación de la pasión, muerte y resurrección del Mesías entenderá correctamente su sentido y podrá proclamar públicamente en qué consistía que Jesús era el Mesías, el Salvador.

¿Qué dice de mí la gente?

Después de haber huido los apóstoles, maniataron a Jesús y se dirigieron a la casa de Anás, suegro de Caifás. Después, en la casa de éste, ya reunidos los principales

autoridades religiosas, allí le acusaron de amenazar con destruir el Templo. Pero no quedaba clara la acusación.

Caifás comprendió que lo mejor era que el reo hablara para ver si podía acusarle por sus propias palabras. Y en un tono aparentemente amable y conciliador le dijo: – *¿No respondes nada? ¿Qué es lo que estos atestiguan contra ti?* Jesús contestó sencillamente: – *Yo he hablado abiertamente ante todo el mundo. Siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos. Nada he dicho en secreto. ¿Por qué me preguntas? Interroga a los que han oído lo que les he hablado. Ellos saben lo que les he dicho* (Jn 18, 20-21).

En su humildad, Jesús no pedía que se llamara a declarar a los mudos, paralíticos, ciegos y leprosos a los que había curado, sino a los que habían oído sus palabras. Era patente que Él había hablado en público, no en secreto, ¿qué era lo que atestiguaba la gente, esa gente que ellos despreciaban? Jesús apelaba al pueblo, al sentir común de la gente sencilla. ¿Alguien afirmaba que había enseñado algo malo? «Excusatio non petita, accusatio manifesta», no le tocaba a él defenderse si nadie le había acusado.

A pesar de que había respondido con buena lógica y sin altanería, un siervo cualquiera le dio una bofetada en pleno rostro adulando al pontífice, a la vez que reprochó: – *¿Así contestas al pontífice?* Aquella acción era muy grave pues la Ley castigaba a quien golpeará en la cara a otro que estuviera maniatado. Caifás debía haber aplicado la Ley sin juicio previo pues el delito era flagrante. En un abrir y cerrar de ojos Jesús podía haber fulminado a su agresor arrojándole a la eternidad, pero no lo hizo. ¿Es que no le había herido en su amor propio? No, Jesús manifestaba que no era como los demás en este sentido.

Sin embargo, con su silencio Caifás aprobaba el procedimiento y hería al preso con la mano de su siervo. Ante este silencio Jesús dejó patente la injusticia y resistió al mal haciendo cara a una ofensa fingida. No es que no estuviera dispuesto a presentar la otra mejilla como había enseñado, pues no sólo la mejilla sino toda la cara y todo su cuerpo iba a mostrar para ser flagelado, pero allí había una grave injusticia que debía aclararse y por eso replicó con mansedumbre: – *Si he hablado mal, pruébalo. Pero si bien, ¿por qué me hieres?*

A la pregunta que le había hecho el sumo pontífice Jesús había contestado: *Interroga a los que han oído lo que les he hablado. Ellos saben lo que les he dicho.* Que hiciera una especie de encuesta entre la gente que le había conocido para averiguar

quién era él y qué había enseñado. Con anterioridad Jesús había hecho esa pregunta a sus apóstoles: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos le dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas* (Mt 16,13), es decir, le equiparaban con algunos de los grandes personajes enviados por Dios.

¿Qué afirmaba la gente? Cuando resucitó al hijo de la viuda de Naím, el pueblo entero exclamó: *Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo* (Lc 7,16). Cinco días antes, el domingo en que le recibieron con ramos, *al entrar en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad y se preguntaban: ¿Quién es éste?* (la pregunta que todos se hacían). *La multitud decía: Este es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea* (Mt, 21, 10-11).

Los mismos sacerdotes y escribas habían escuchado a la gente, y, *al ver los milagros que hacía, y a los niños que aclamaban en el Templo diciendo: Hosanna al Hijo de David* (Mt, 21,15), se irritaron. Les molestaba que hiciera milagros y que le tuvieran por un hombre de Dios.

La gente sencilla y normal no estaba molesta con Jesús, al contrario: estaba admirada y agradecida con aquel hombre cuyas palabras infundían paz en el alma y parecía que disfrutara haciendo el bien a los demás. Y si aportaran testigos podrían tener muchos más datos en concreto: la samaritana o cualquiera de los habitantes de su pueblo podría confirmarles que era el Mesías, lo mismo que sus amigos Marta, María y Lázaro. Pero, claro, no interesaba escuchar a esos testigos.

Quienes le conocían sabían que había vivido sus años mozos en un pueblo llamado Nazaret, en casa de José y de María, y después había viajado por los caminos para predicar. Familiarizado con los nidos de los pájaros, las cuevas de los zorros y los lirios del campo, amaba la naturaleza y le gustaba pasear particularmente por los montes y junto a los lagos. Aunque le gustaba la soledad, no era un hombre solitario o raro.

Ellos mismos podían comprobar que Jesús no llamaba la atención por extravagancias, ni en su modo de vestir ni a la hora de relacionarse con los demás. Asistía a banquetes, aunque vivía la austeridad; ayunaba y se iba en soledad al desierto, y al mismo tiempo no rechazaba a nadie. Especialmente se acercaba a los enfermos y quería que los niños estuvieran cerca de Él. Los niños en su ingenua sabiduría podían afirmar que Jesús era bueno.

Participaba en los oficios religiosos en la sinagoga y pagaba los impuestos. No iba contra el sistema de los judíos ni contra el orden político establecido; ellos le preguntaron si era lícito pagar el tributo al César y Jesús les respondió que sí. Nadie podía tener una queja en este sentido. Un día, después de una multiplicación de los panes, la multitud entusiasmada quiso hacerle rey, pero Jesús lo evitó. No, no quería ser un líder social.

Las mujeres podían advertir el modo exquisito de tratarlas, con un respeto y una finura desconocidos tanto entre los judíos como entre los demás pueblos, pues no se les reconocía la misma dignidad del varón. Por eso los apóstoles se asombraron en cierta ocasión de que hablara a solas con una mujer, no sólo porque era samaritana, sino porque «dialogaba» razonando con ella.

Jesús no discriminaba a nadie, ni por ser mujer ni por ser de otro pueblo; y tampoco a los pecadores, como sucedió cuando le presentaron una mujer sorprendida en pecado (posiblemente engañada a tal efecto): la delicadeza con que trató a aquella pobrecita y el respeto por su dignidad no podía ser pasado por alto por ninguna mujer que hubiera tenido noticia del suceso.

Esta manera elegante y caritativa de actuar de Jesús enervaba a los doctores de la Ley, pues suponía un contraste para su mentalidad legalista y dura con las personas. En cierta ocasión un fariseo no creía que Jesús fuera un «profeta» porque dejaba que le tocara –e incluso le besara los pies– una mujer de mala reputación. Jesús, que sabía quién era esa mujer y lo que pensaba Simón, le dijo a la mujer que le quedaban perdonados sus pecados (Lc 7,50).

Y no sólo las mujeres, también los hombres podían darse cuenta de que trataba a cada uno con gran deferencia y respeto, valorando lo que cada persona valía. En sus disputas verbales con los fariseos nunca atacó dialécticamente ni dejó en mal lugar a nadie; podría haberse ensañado con alguna persona o haber sido vengativo, y no fue así. Jesús no era así. El mismo que con su palabra secó una higuera en un instante y afirmó poder mover una montaña con sólo decirlo (Mt 21, 19-22), no actuaba así con las personas.

Cualquiera podía advertir que estaba por encima de todos y de todo; su gran libertad de espíritu se manifestaba en no estar atado ni por el dinero, ni por el poder, ni por el placer; y actuaba con gran soltura, elegancia y sencillez. Rara vez se airaba, y llamaba la atención su serenidad firme y suave. Su gran corazón le conducía a apiadarse

del mal ajeno y a tener una paciencia infinita. Hasta tal punto era así, que pudo decir: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29).

¿Cómo llamaban a Jesús las gentes? La multitud que le escuchaba con gusto le denominaba «Rabbí» porque estaban admirados de sus palabras. Era verdaderamente un rabbí, un Maestro. Por esto los fariseos le tenían envidia, por el motivo que confesó uno de ellos: *todos van detrás de él* (Jn 12,19).

Además hablaba con seguridad y sacaba su autoridad de dentro de sí mismo, pues no lo había leído en ningún libro. Hasta los guardias que enviaron los sanedritas para prenderle se quedaron pasmados al oírle, y ante la pregunta de sus jefes de por qué no le habían detenido, contestaron que *jamás habló así hombre alguno* (Jn 8,46). Esa afirmación indicaba que las palabras de Jesús eran muy distintas de las enseñanzas de las autoridades religiosas de Israel. Algunos decían que *hablaba con autoridad y no como los fariseos* (Mt 7,28), porque a quien escucha le resulta diferente la doctrina cuando se nota que el que la expone la vive.

Sus palabras dejaban paz en el alma, ese era el sentir general. Sólo para aquellos que tuvieran alguna oscuridad en el corazón, como le sucedió a Judas al pasar el tiempo, sus enseñanzas resultaban molestas.

Sin embargo otras personas que le habían seguido tal vez podrían afirmar que les desconcertaba, porque lo que decía era increíble según sus parámetros. Por ejemplo, cuando prometió la Eucaristía y les dijo que tenían que comer su carne y beber su sangre muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no le acompañaron (Jn 6,60). Algunos le tomaban por loco (Mc 2,21), otros se preguntaban sorprendidos: *¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?* (Lc 7,49).

Desde un punto de vista racional no era fácil aclararse con aquella persona; sólo los humildes de corazón le seguían de manera continuada, aunque no le entendieran del todo, porque sabían que era bueno y decía la verdad, y se percataban de que veía más allá que ellos.

Pero, ¿no era acaso, en el fondo, un idealista, un soñador que vivía al margen de la realidad? ¿No se le podía considerar, desde otro punto de vista, un hombre con una línea de conducta dura consigo mismo y con los demás, absoluto en sus afirmaciones del tipo: *Si tu ojo te escandaliza, arráncalo* (Mt 18,9), *El que pierda su vida, la encontrará* (Mt 10,29), *Nadie puede servir a dos señores* (Lc 16, 13)?

¿Qué podrían decir al respecto los que le habían conocido? Desde luego que no era un soñador, pues tenía un gran sentido de lo real y de la vida práctica como se manifestaba en sus parábolas: había hablado de pescadores, labradores y viñadores, de mercaderes de perlas, de jornaleros, constructores y hortelanos; del cortejo nupcial, del pobre pordiosero que está a la puerta, de la mujer que está buscando la moneda con una lámpara, del hombre rico que duerme plácidamente después de la cosecha, o de la mujer joven que olvida sus dolores al contemplar a su chiquitín. Jesús conocía muy bien el mundo en el que vivía y se había dirigido a cada uno con ejemplos que les eran familiares.

Y ante las cuestiones enrevesadas que le habían planteado los expertos en la Ley sobre lo que Moisés enseñó y sobre lo que son los hombres, su espíritu era claro, penetrante, independiente y libre, se elevaba por encima de todos los prejuicios erigidos en normas rígidas de vida y devolvía el sentido de lo que es el hombre y la religión a su pureza y sencillez, hacia el sentido moral sano y a la actitud ingenua, sencilla y sin malicia del niño.

Su mirada penetrante hasta la misma sustancia y núcleo de las cosas suponía un don de observación prodigiosamente afinado y una extraordinaria lucidez de espíritu, que se decidía por los ideales más elevados y más lejanos; y, a la vez, se inclinaba espontáneamente hacia las cosas más pequeñas e insignificantes de la vida. ¿Era un idealista? No, evidentemente no lo era.

¿Y por qué era tan rotundo ante las cosas de Dios, en la defensa de la verdad, en el rechazo de la insinceridad, de la deslealtad o la falta de decisión en la entrega para con Dios? Cualquiera persona de bien podía entenderlo. Eso es lo que atraía a los humildes y, en cambio, provocaba el rechazo de los soberbios. No el rechazo de los pecadores que se arrepentían, sino el de los pecadores que no querían reconocer delante de Dios sus errores. Por eso, en su calidad de profeta, denunciaba de parte de Dios la doblez de conciencia y el engaño, y realizó como los Profetas antiguos señales llamativas con la finalidad de advertir del castigo para quien no se arrepintiera.

No era verdad lo que afirmaban algunos de que estaba loco, como si Jesús no fuera una persona psíquicamente equilibrada que tuviera la manía de echar broncas. ¿Por qué expulsó a los vendedores del Templo si prestaban un servicio para el culto religioso, y a los compradores si ellos pagaban lo que compraban? ¿Por qué la emprendió con un árbol que no podía dar fruto o envió cientos de cerdos al mar? Sin duda porque

precisamente en estos gestos manifestaba su carácter mesiánico: era una manera auténticamente profética de anunciar, por actos y paradojas aparentemente absurdos lo que había de nuevo, de diferente y revolucionario en su mensaje. Con este modo de obrar, el profeta llamaba la atención sobre sí y sobre su misión reformadora.

Jesús enseñaba un nuevo modo de adorar a Dios, en espíritu y en verdad, y que sería destruido el Templo antiguo porque habría uno nuevo. El anatema que lanzó a la higuera que se hallaba camino de Jerusalén era un símbolo de lo que iba a suceder a la ciudad santa y a todo Israel: la catástrofe y la abolición de la antigua alianza por la muerte del Mesías. Quien no viera así esta forma de actuar, jamás entendería a Jesús como el Mesías, que no era sólo Salvador, sino reformador de todo lo que era caduco. Jesús quería ser reconocido como tal y, como en el caso de los antiguos profetas, manifestaba la cólera divina ante el pueblo que se había alejado de Dios (cf. K. ADAM, *Jesucristo*).

Esto no estaba en contradicción con que fuera a la vez dulce y amable. Pero cuando se trataba de dar testimonio de la verdad o de rechazar el mal era inflexible, no vacilaba ni tenía miedo, conservando, sin embargo, la serenidad. Su ira era siempre la expresión de la suprema libertad moral de quien se sabía defensor de la verdad. ¿Qué afirmaba la gente sobre Jesús? Afirmaba que era un hombre bueno, justo ante Dios y ante los hombres, que sólo hacía el bien y rechazaba el mal.

El Hijo del hombre

Aquella bofetada del siervo supuso un giro respecto al tratamiento con el preso. Hasta ese momento nadie había osado ponerle la mano encima a Jesús. Porque una cosa es la discusión dialéctica y otra llegar a las manos. Sin duda todos se debieron sorprender de que, en ese tanteo con el personaje que en el fondo temían, Jesús no hubiera respondido. Como a un Sansón que hubiese perdido sus fuerzas, se le podía pegar sin que pasara nada. En el subconsciente de los presentes se abría una brecha a la vulnerabilidad del preso: el que había aparecido ante la gente como un «super-hombre» no era más que un hombre.

Sí, en cierto sentido Jesús era un hombre como los demás. Es más, al hablar de sí mismo había utilizado con frecuencia la expresión «Hijo del hombre»: unas veces la había empleado para referirse a la vida ordinaria que desarrollaba como cualquier otro hombre, otras para hablar del poder que tenía, en otro contexto había hablado de sí

mismo como del Hijo del hombre al referirse a su misión salvadora a través de su muerte en la cruz y, finalmente, la utilizó al declarar que vendría como juez de todos al final de los tiempos.

Esta expresión es un semitismo, es decir, una traducción literal del original hebreo «ben-adam» y del arameo «bar-enas», que significa un «individuo de la especie humana» (en hebreo *ádam* es ser humano, y lo es tanto el varón *-zakar-* como la mujer *-mekebat-*). Es propio en estas lenguas designar que un individuo pertenece a una especie anteponiendo «hijo de» al nombre de la especie. Por tanto «Hijo del hombre» significaba simplemente «un hombre», cualquiera que perteneciera a la especie humana. Tal vez lo empleara Jesús para hacer ver que Él era eso, un hombre, no el mesías-héroe idealizado.

Esa expresión, que aparece en los evangelios numerosas veces, sólo la encontramos en las palabras de Jesús o en referencia a Él. Ciertamente ya no se empleaba en el uso corriente en aquel tiempo, aunque todos la entendían, y denotaba cierto énfasis o solemnidad pues evocaba a algunos personajes de siglos anteriores que también la utilizaron: Ezequiel y Daniel.

Ezequiel es llamado por la voz divina con la expresión hijo del hombre, y es utilizada más de noventa veces en ese libro de la Biblia. Ezequiel, hijo del hombre, tiene la misión de hacer ver a Israel sus pecados y anunciarles que por ellos iban a morir, pero Dios desea que se conviertan. La actividad de Ezequiel no se detiene en las cosas de este mundo sino que anuncia un orden nuevo, con un nuevo pastor, una nueva alianza, una nueva creación en la que los hombres tendrán paz.

Resulta significativo que Jesús utilizó muchas veces ese título de «Hijo del hombre» para hablar de sí mismo, y en cambio nadie le denominó así posteriormente, tampoco los cristianos, señal de que Él utilizó ese título y no es que se lo atribuyeran pasados los años al escribir los evangelios.

Los estudiosos han ido descubriendo posteriormente una gran riqueza en este apelativo tan afortunado: la idea que encierra es la de un hombre concreto, sustancialmente idéntico a cada uno de los demás hombres. No es una abstracción como era el vocablo griego «antropos» –de igual modo a como hoy se habla de «individuo», sujeto despersonalizado de la sociedad–, sino que se refiere a una persona concreta, real, hijo de Adán.

Más adelante san Pablo utilizaría una comparación para hablar de la vida nueva que da el resucitado: Adán es el primer hombre y Jesús es el nuevo Adán. Y si bien Cristo apareció en el tiempo después de Adán, en realidad es anterior a él, pues Cristo es «Primogénito de toda criatura» (Col 1,15); pero a la vez es el «segundo hombre» (1 Co 15,47), «el último Adán» (1 Co 15,45). Y es interesante notar la semejanza entre la afirmación de san Pablo *el segundo hombre es del cielo* (1 Co, 15,47) con la de Jesús recogida por Juan en su evangelio: *nadie ha subido al cielo, si no es el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre* (Jn 3,13).

Sí, Jesús era un hijo de hombre, descendiente de Adán como los demás, pero con sus afirmaciones había dejado claro que tenía conciencia de su divinidad –de su otra procedencia–, y aunque había hablado de Sí mismo en un lenguaje inteligible para la gente que le escuchaba, sus palabras encerraban un contenido más profundo de lo que parecía; de hecho los príncipes de los judíos se dieron cuenta de que se identificaba con aquel «Hijo del hombre» del que hablaron los profetas, y por tanto se hacía igual a Dios.

Por eso Caifás no condenó al siervo que pegó a Jesús. Le interesaba ir demostrando a la concurrencia –y a sí mismo– que el detenido no era ese profeta «sobrehumano» que se creía la gente, sino un hombre tan vulnerable como los demás.

¿Eres el Hijo de Dios?

Sin embargo el prepotente jefe del partido saduceo se percataba de que no prosperaba la acusación, ni aun con testimonios falsos; es más el reo le había devuelto la pregunta, pues era más bien él, Caifás, quien debía explicarle por qué le habían detenido y aportar las pruebas. Advertía además que Jesús no iba a hablarle sobre su vida, su doctrina y milagros. De sobra estaba informado el pontífice.

No, Jesús no iba a exponerle su doctrina, no iba a actuar ante él como Maestro sino como Salvador. Además, cualquier exposición sobre su predicación y sus actividades se hallaba irremisiblemente abocada al fracaso, pues sus enemigos estaban resueltos a condenarle.

Los ojos de los sanedritas estaban puestos en Caifás. Para muchos era la oportunidad largamente esperada de conseguir su muerte. El pontífice se daba cuenta de que no debía fallar en sus preguntas y amenazas si quería lograr su intento de condenarle, pero no sabía cómo. La serenidad del reo parecía haber alterado al

pontífice; era como si la mirada mansa de aquel hombre maniatado le hablara a él en su interior. La situación se había vuelto incómoda, sobre todo teniendo en cuenta que llevaban ya un rato largo y a ese paso habría que soltarle.

Por fin Caifás se decidió. Un gran silencio se hizo cuando el sumo pontífice se levantó del sitial, bajó del estrado e, indignado, se acercó a Jesús. Sabía de una pregunta clave para hacerle hablar. Tenía noticia de que era como una cuerda musical que siempre que se había pulsado Jesús había respondido en el mismo sentido.

En la sala se guardaba un religioso silencio. Todos intuían que Caifás iba a recurrir a la cuestión capital. El sumo sacerdote, a quien se veía alterado, reflexionaba si debía plantearla..., y decidió hacerlo, consciente plenamente de la gravedad de su pregunta. Y así, de pie, y acercando su cara amenazante a la de Jesús, con solemnidad máxima, inquirió del reo como príncipe de los sacerdotes: – *Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* (Mt 26,63).

Un estremecimiento sacudió a cuantos se hallaban presentes. Algunos de ellos admiraban al rabbi Jesús pues lo que había enseñado era verdad y sus milagros habían sido patentes. A otros no les cabía en la cabeza que pudiera ser justo si contravenía la Ley, interpretándola de otra manera, y comía con pecadores y publicanos, los cuales estaban proscritos de la comunidad religiosa. Otros, finalmente, habían intentado perder a Jesús de Nazaret porque sus palabras delataban la falta de coherencia de sus vidas, y no estaban dispuestos a que alguien dejara en evidencia la podredumbre de sus corazones. Pero también estos advertían en él una presencia de Dios y no dejaban de preguntarse en su interior si no sería Él el enviado por Dios.

Caifás había lanzado solemnemente la pregunta sobre si era el Hijo de Dios, pero ¿qué significaba exactamente aquello?

En el Antiguo Testamento se puede leer que Dios llama hijo a su pueblo Israel y a los elegidos: *Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo* (2 S 7,14; cf. Ex 4,23, Sal 2,7). A nadie, sin embargo, se le ocurría tratar a Dios de esa manera, es más Yahvéh significaba «El que es» y ellos lo entendían como un impersonal. ¿Cómo iban a tratar a Dios como si fuera una persona con las categorías humanas? Yahvéh era el innombrable, cuyo nombre sea alabado, pero no se pronuncie su nombre.

Y Jesús afirmaba, contra la enseñanza oficial religiosa, que Dios era su Padre. Y no sólo eso, sino que daba a entender que era Hijo de Dios de una manera muy distinta y nueva, no metafórica o análoga, sino natural. Incluso dejaba claro que se trataba de una

relación de filiación con el Padre exclusiva, distinta a la que tendrían sus seguidores, sus hermanos los cristianos: nunca dijo «nuestro Padre», siempre distinguía entre *mi Padre* y *vuestro Padre*. Esto resultaba una novedad auténticamente revolucionaria.

Es verdad que Jesús nunca había aseverado de manera explícita que Él era el Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Eterno. Esa afirmación hubiera resultado demasiado chocante para la mentalidad de sus coetáneos, de igual modo que si hubiera dicho «escuchadme, yo soy Dios», pero de sus palabras se podía colegir con claridad porque:

- Afirmaba que era igual al Padre, el cual era Dios.
- Corregía el sentido de algunos pasajes de la Ley, manifestando su autoridad divina.
- Perdonaba los pecados en nombre propio, cosa que sólo puede hacer Dios.
- No rechazaba la adoración que se le hacía, cuando sólo se puede adorar a Dios.
- Realizaba prodigios en los que no cabía la menor duda de que no era un mero hombre, como sucedió cuando caminó sobre las aguas del lago de Genesaret, por lo que los apóstoles se postraron ante el Maestro diciendo: *Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios* (Mt 14,33).

Precisamente fueron algunas de las afirmaciones de Jesús en este sentido las que suscitaron contra Él la acusación de blasfemia por lo que los judíos *buscaban... matarlo, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios* (Jn 5,18).

Eran conscientes de que ahí delante tenían a alguien que decía haber hablado de parte de Dios y lo había probado con prodigios. Ellos mismos habían visto los milagros. Intuían que ese hombre era un hombre de Dios, que podría ser el Mesías. Y se exponían –como diría unos días más tarde Gamaliel– a oponerse a Dios. Es más, consta que hubo un fariseo llamado Nicodemo que, hablando a solas con Jesús, confesó lo que pensaban de Él los doctores de la Ley: *Rabbi, sabemos que has venido de parte de Dios enviado como maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no está con él* (Jn 3, 2).

Pero el conjunto de los principales no deseaba un Mesías así, que hablara de la verdad y del amor, sino otro más acorde con sus gustos y costumbres. Y después de tres años de predicación y de las preguntas insidiosas para atraparle en alguna palabra, le tenían allí maniatado. Lo que no podían alcanzar a entender aquellos hombres era que

ése era el momento trascendental para la historia de Israel y para ellos mismos, pues estaban decidiendo si el pueblo de Israel aceptaba al Mesías enviado por Dios.

Era la noche avanzada del jueves al viernes, según parece del seis al siete de abril del año 30 de nuestra era, cuando el sumo sacerdote formuló aquella pregunta decisiva para la historia de la humanidad. Y Jesús, no menos solemnemente y consciente de la trascendencia de su respuesta, tanto para Él, como para el pueblo de Israel, como para la salvación de los hombres, le dio la respuesta sobre su verdadera identidad: – *Yo soy. Y veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y venir entre las nubes del cielo* (Mc 14,62).

Todos quedaron callados. ¿Cuál sería el tono de esa frase –Yo soy– en boca de Jesús que provocaba tan respetuoso temor en sus oyentes? ¿Qué significaba esa frase que pronunció Jesús repetidas veces para enseñar que Él era la Vid, la Luz, la Puerta, el Camino, la Verdad, la Vida?

Jesús había afirmado abiertamente ser el Hijo de Dios, es decir, que Él era como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Además había añadido un refuerzo a su afirmación evocando los textos del primer verso del Salmo 110 y la profecía de Daniel en su capítulo 7, conocidos por todos: *Y he aquí que en las visiones del cielo venía como un Hijo del hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia; a él se le dio el poder, la majestad y el reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán; su poder es un poder eterno que no pasará, y su reino no será destruido.*

Caifás sabía a qué se refería Jesús. Conocía las profecías y había captado las alusiones que había hecho de sí mismo en anteriores ocasiones citando los salmos. Cada vez que los había citado, Jesús había ido revelando en mensajes cifrados su identidad, y ahora le daba la llave para descifrarlos con claridad.

Todos los presentes también conocían la Escritura, y lo que Jesús había dicho de sí mismo podía perfectamente encajar con lo que estaba escrito en el libro sagrado. Debió de ser un momento de gran tensión, pues Dios les hablaba al corazón en ese instante trascendental en el que estaban decidiendo sobre la suerte de aquel Hombre. Porque hay momentos en la vida –como es la hora de la muerte– en que todas las teorías y todos los apasionamientos se remueven y quedan en duda ante el dilema fundamental de la vida, ante la decisión de obedecer a Dios o no.

Estaban callados, mirando a Jesús –a la Palabra de Dios– que acababa de hablar. ¿No era fácilmente reconocible por unos? Y para otros, ¿no era una posibilidad que

había que examinar despacio? De alguna manera Caifás tuvo que hacer un gesto teatral que rompiera el encanto que habían dejado en los presentes las palabras de Jesús. Y de pie como estaba, rasgó sus vestiduras y exclamó triunfante: – *¡Ha blasfemado!* Y sin dejar que le interrumpiera nadie, mientras escudriñaba lentamente a la concurrencia, añadió con una sonrisa sarcástica: – *¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?* (Mt 26, 65-66)

Una vez roto el silencio, el lugar donde Dios habla al alma, y volviendo a su puesto de jueces que tenían que condenar, primero fueron unos, luego más los que repitieron a coro lo que su jefe deseaba que les pareciera, y el conjunto de la sala sentenció: – *Reo es de muerte.*

Fue muy hábil el sumo sacerdote urgiendo a que no se deliberara más, sin que cupiera opinión en contra, ni de presentes ni de ausentes, sino que les conminó a que dictaran sentencia de muerte. Él no la dictó, fueron los otros. Esta habilidad le mantendrá en el cargo no nueve años como Anás, sino el doble, dieciocho.

Como una jauría humana muchos de los que allí estaban se abalanzaron sobre el reo, no sólo siervos sino también doctores de la Ley que hacía tiempo tenían ganas de «ajustar cuentas» con aquel hombre. Bofetadas, golpes, insultos, esputos, sangre... Aquello ya no era un juicio, era un linchamiento. Para poder seguir golpeándole la cara sin mancharse las manos alguien le cubrió la cabeza. Incluso uno apostilló mofándose: – *Adivínanos, Cristo, ¿quién te ha pegado?* (Mt 26,68).

Para aquellos hombres, ese Jesús al que habían admirado y temido había perdido toda su autoridad moral, incluso su dignidad humana, y, aprovechando que no se defendía, descargaban su odio sobre el que había puesto en evidencia la malicia de sus corazones.

Llegó un momento en que alguien con autoridad dijo: ¡basta! Había que esperar a que se hiciera de día para poder celebrar el juicio en el que condenarle formalmente, pues entre los judíos la sentencia pronunciada en una sesión nocturna era considerada nula. Por otra parte la autoridad romana debía confirmarla y ejecutar la pena capital. Por tanto, había que guardar al preso en una mazmorra allí mismo en tanto que se hacía la luz del día.

No me vais a creer

Serían como las seis de la mañana de aquel día de primavera cuando sacaron a Jesús de la casa de Caifás. Debió ser en ese momento cuando Jesús, con la cara amoratada por los golpes, sin detenerse, miró hacia un lugar, hacia alguien, con una mirada de afecto, como a su mejor amigo. Nadie se fijó que a Pedro, que estaba allí, se le demudaba la cara y, en cuanto salió el gentío, también él abandonó el patio y lloró amargamente.

El Sanedrín tenía su lugar de reuniones, según dice la Misnáh o recopilación de leyes tradicionales del judaísmo, en el denominado «apósito de la piedra tallada» (o «piedra cuadrada»), lugar situado, al parecer, frente a la muralla occidental del Templo, a unos setecientos cincuenta metros de la casa de Caifás. Allí se dirigió el pleno del Sanedrín –príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas hasta un total de setenta y un miembros– con Jesús.

Al supremo tribunal le interesaba, y así lo habían convenido, que la vista se despachase con sumaria brevedad y que el interrogatorio al procesado se redujera al mínimo imprescindible. Una vez que el reo confesó ayer su delito, la causa no tenía que durar más que lo suficiente para confirmar la sentencia de la sesión nocturna. Alargarlo además podría ser peligroso.

Hicieron traer a Jesús ante la asamblea. Se le veía con señales claras de los malos tratos recibidos. No fue Caifás, que presidía el tribunal, sino otro quien hizo de fiscal, aunque más que preguntar le conminó a expresar claramente lo que afirmaba sobre sí mismo: – *Si tú eres el Cristo, dínoslo.*

No deseaban volver a escuchar las explicaciones del Nazareno de que antes que naciera Abraham Él ya existía; que las obras por Él realizadas atestiguaban que el Padre le había enviado y que ellos, aun viéndolas, permanecían ciegos; que Él era el pan vivo bajado el cielo, etc. Por eso les contestó: – *Si os lo digo no me creeréis. Si os pregunto no me responderéis* (Lc 22, 67-69).

No estaban dispuestos a creer. Para hacer un acto de fe en alguien no basta con escucharle y advertir su autoridad, se precisa además un acto de humildad: «es creíble, debe ser creído, debo creer, luego quiero creer y creo». Para eso había hecho Jesús los milagros, para que creyeran en Él. La gente sencilla se fiaba de sus palabras y en recompensa a su fe Jesús les hacía favores. Pero para creer no basta con conocer lo que se dice, ni siquiera basta ver milagros, hace falta humildad, porque quien no quiere creer se asemeja al peor de los ciegos, al que no quiere ver.

También los fariseos habían visto sus milagros, pero no estaban dispuestos a creerle. Por ejemplo, cuando Jesús resucitó a Lázaro fue increíble: no sólo decidieron acabar con Jesús, sino que «resolvieron matar a Lázaro» para que no quedara constancia del milagro. ¡He aquí la profundidad del corazón humano, su humildad para reconocer la verdad o su soberbia para resistirse ante las maravillas de Dios!

Jesús resultaba una persona molesta en aquel complicado sistema de preceptos morales fijado por los expertos en la Ley pues su doctrina, abierta a la libertad de espíritu y a la bondad del corazón más que al legalismo de las obras externas, era como una bofetada moral para su modo de enseñar y de vivir. Es más, Jesús había puesto al descubierto su corrupción interior al proferir aquellos ocho «*¡Ay de vosotros fariseos...!*», que eran como el reverso de las ocho bienaventuranzas por las que el hombre es grato a Dios y alcanza la bienaventuranza eterna.

Si se tiene en cuenta la mentalidad de los escribas y fariseos, intérpretes de la Ley moral transmitida en la Toráh de Moisés, y se analizan las enseñanzas de Jesús se entiende que éstas aparecieran como una respuesta «contestataria» a aquel sistema de interpretación de la Ley de Dios. Era un escándalo ¡porque llamaba a Dios Padre suyo, y se relacionaba con publicanos y pecadores, y perdonaba pecados,...!

Pero al mismo tiempo no dejaba de sorprenderles que un hombre que no había estudiado con los maestros de Israel hiciera aquella interpretación de la Ley. Era como si conociera el sentido último de las enseñanzas que Dios había dado a Moisés, a la vez que las explicaba y aplicaba a la vida con una sencillez y profundidad pasmosas; y enseñaba con autoridad propia. Verdaderamente debió ser grande el impacto de su primer discurso donde expuso las Bienaventuranzas e interpretó algunos textos de la Ley sobre grandes temas morales (Capítulos 5 a 7 de Mateo). Aquello era «revolucionario» en el sentido de dar una nueva visión de Dios, del hombre y de las normas morales.

Lógicamente, si los juristas judíos hubieran sido amantes de la verdad, habrían tenido que dejarse vencer por la verdad, pero eso hubiera supuesto «convertirse» a esa nueva doctrina y cambiar su modo de vida, a lo cual no estaban dispuestos. Por eso llegó un momento en el que el choque fue inevitable y, con intercambio de palabras fuertes, Jesús puso de manifiesto que en sus corazones eran hijos del príncipe de la mentira por no querer reconocer las obras de Dios:

Yo sé que sois linaje de Abraham, pero intentáis matarme porque mi palabra no es acogida por vosotros. Yo hablo lo que he visto en mi Padre, y vosotros hacéis lo que habéis oído a vuestro padre. Le respondieron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. Sin embargo intentáis matarme porque os he dicho la verdad, la que oí de Dios (...).

¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al Diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio, y no se mantenía en la verdad, porque en él no hay verdad. Cuando dice la mentira habla de lo suyo, porque es mentiroso y príncipe de la mentira. Pero a mí, que os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios (Jn 8, 34-47).

Palabras duras, ciertamente, pero ellos comprendían que acertaban en la diana, pues eran como espada que llegaba hasta las junturas de los huesos y al hondón del alma. Indudablemente Jesús tenía que resultar un escándalo para aquellos hombres por la novedad de su mensaje –sobre todo porque para ellos el Eterno era sólo uno y Jesús afirmaba ser igual a Dios–, pero había dado suficientes muestras de que esa novedad venía de parte de Dios, y esto sí que lo entreveían; pero no querían ser sinceros consigo mismos y con Dios. Esta era la razón de fondo por la que le rechazaban.

¿Aquellos hombres letrados podían entender lo que Jesús explicaba a las gentes? Quizá no con total profundidad teológica, como tampoco lo entendían del todo los apóstoles. Por eso Jesús pedía un acto de fe en Él, y para eso hacía los milagros: *si no me creéis a mí, creed al menos en las obras*. Aunque fuera difícil de aceptar lo que predicaba –que no irracional– era necesario fiarse de Él y acoger sus enseñanzas, especialmente en lo referente a su identidad y en lo tocante a la misericordia con los más necesitados: los pobres y los pecadores.

No todos los fariseos tenían la misma actitud ante Jesús, puesto que algunos seguían preguntándose en su interior: ¿quién eres tú?. Pero la mayoría alejaban de sí esta cuestión con otra que venía a decir: «pero, tú ¿quién te has creído que eres?». No estaban dispuestos a creerle, por eso, ante la pregunta sobre si era el Cristo, les contestó: *Si os lo digo no me creeréis*.

Creed en mí

Jesús había confirmado a la samaritana que Él era el Mesías, y tenía conciencia de su propia divinidad, pues se aplicaba a Sí mismo los atributos divinos, como son el poder de juzgar al final sobre las obras de todos los hombres, el poder de perdonar los pecados o el poder sobre la misma ley de Dios.

Eran modos de decir y de actuar que iban encaminados a que la gente entendiera Quién era Él. Y un día se lo dijo abiertamente a los judíos en la fiesta de la Dedicación: *Yo y el Padre somos una misma cosa* (Jn 10,30). Sin embargo, Jesús hablaba de Sí mismo como del «Hijo del hombre»; por una parte, para hacerles ver la unidad personal del hombre y de Dios en Él, y por otra, para seguir con su pedagogía de conducir gradualmente a sus discípulos a las alturas y profundidades misteriosas de su verdad. Pero les pedía una cosa: *Creed en Dios, creed en mí* (Jn 14,1).

En el transcurso de la última Cena, momento en que hizo grandes revelaciones a los discípulos, entre esas frases impresionantes les dijo: *Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; al menos, creedlo por las obras* (Jn 14,11). Jesús sabía que quienes le escuchaban debían dar un salto en el asentimiento a lo que les decía, les pedía un acto de fe; sabía que no era fácil aceptar sus palabras, pero les pedía que le creyeran a Él.

En varias ocasiones reclamó a la gente que se fiara de su palabra. Una vez un hombre acudió a Él para que curara a su hijo epiléptico; Jesús le exigió como requisito que tuviera fe en Él, y a la respuesta de aquel hombre –*¡Creo! Ayuda a mi incredulidad*–, Jesús curó al niño (Mc 9,23). El mismo requisito exigió al ciego de nacimiento antes de darle la vista (Jn 9,35). Pero allí donde no encontraba confianza en Él, no realizaba milagros, como sucedió ante sus paisanos de Nazaret.

Porque para Jesús esto era algo fundamental: si no se creía en Él no había milagros, no había nada que hacer. Pero una vez que encontraba esa confianza, hacía el milagro y, entonces, al comprobar el hecho prodigioso, la gente estaba en condiciones de volver a fiarse de Él y ser capaz de dar el salto en su entendimiento y asentir a los misterios sobrenaturales de los que quería hablarles: que había que nacer de nuevo (el Bautismo) o que había que comer su carne (Eucaristía) o que su Padre y Él eran uno.

Después de realizar el primer milagro –cuando cambió el agua en vino en Caná– el evangelista concluye ese relato con estas palabras: *los discípulos creyeron en él* (Jn 2,11). Fue como el primer paso para que luego entendieran que sería capaz de cambiar

el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. Sin embargo, como se comprobó, su fe sufrió vaivenes.

Fue una tarea de años para disponerles a dar ese cambio y acabaran aceptando los misterios divinos más elevados. Porque, repitámoslo, Jesús aparecía ante la gente como un hombre más; un hombre admirable, efectivamente, pero Jesús no era ese hombre que se imaginaban, es decir, no era un mero hombre, ni siquiera el hombre más perfecto que ha existido: era Dios-Hijo encarnado. Lo que Él decía eran sílabas en arameo y su sentido gramatical era el que la gente entendía, pero a la vez las suyas eran «palabras de Dios», válidas para cualquier hombre. A veces hablaba de misterios sobrenaturales que no se comprendían humanamente, y había que creerle porque hablaba de parte de Dios como nadie lo había hecho.

La doctrina cristiana es en algunas de sus afirmaciones humanamente increíble, pero el motivo de su aceptación no es la «razonabilidad» de esas verdades, sino la autoridad del que las dice, que es Dios. Quienes tienen únicamente una visión humana – es decir, quienes no tienen fe– no aceptarán el contenido de la fe o lo cambiarán «para que se pueda aceptar». Pero Jesús no adaptaba las verdades para que fueran «aceptables» por la razón.

Llama la atención comprobar cómo Jesús explicaba perfectamente y se hacía entender por todos en el sentido más directo de sus palabras, hasta por los más sencillos (aunque en ocasiones no captaran su significado más profundo). Jesús adaptaba su enseñanza a los interlocutores que le escuchaban; pero en cuanto a las verdades no admitía adaptación: o se tomaba o se dejaba, como quedó claro cuando prometió la Eucaristía o vaticinó su muerte y su resurrección.

Después, los que se habían fiado de Él entendieron que no se equivocaba nunca y que contaba cosas que sabía porque venía de parte de Dios, y que precisamente la fe en Dios consistía en esto. Quienes se fiaron de Él pudieron comprobar que lo que les había dicho no era absurdo, y por la fe acabaron dándose cuenta de que Dios les había comunicado unas verdades que sólo Él sabía y que las había dicho a los hombres para su salvación.

Pedro atinó con la respuesta adecuada aquella vez en la que, no entendiendo a qué se refería cuando les hablaba de que tenían que comer su cuerpo y beber su sangre, contestó: *¿A quién vamos a ir?* –de quién nos vamos a fiar si no–, *sólo tú tienes*

palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Santo de Dios (Jn 6, 68-69).

Jesús era consciente de que lo que decía sobrepasaba la mente de los que le escuchaban. Los milagros y las profecías que hizo servían para demostrar que decía la verdad. Pero siempre pedía a cualquier persona que se fiara de Él, como había hecho Yahvéh con el Pueblo de Israel.

Al día siguiente de la entrada triunfal en Jerusalén, la multitud que había llegado para la celebración de la pascua discutía sobre la figura de Cristo y la mayoría *no creía en él, aunque había hecho tan grandes milagros en medio de ellos* (Jn 12,37). En un determinado momento Jesús, clamando, dijo: *El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado, y el que me ve, ve al que me ha enviado* (Jn 12,44). Más claro no se podía expresar: Dios hablaba por los labios de Jesús, porque Jesús era Dios.

Era notorio que exigía a la gente una fe en Él como la que se debe poner en Dios. Esto aparece con claridad en el diálogo con Marta ante el sepulcro de Lázaro: *Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? (¿Crees que yo vengo de Dios, que soy el Dios que da la vida?) Díjole ella (con los parámetros que ella podía tener): Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo* (Jn 11, 23-27). Y Jesús resucitó a Lázaro.

Ni Caifás ni los demás miembros del Sanedrín en general creían en Él. Por eso no deseaban investigar sus afirmaciones ni sus obras para saber «quién era Jesús». Él les había manifestado que era el Cristo y no deseaban mayores precisiones sobre el término (Ungido), les bastaba un sí para condenarle pues Cristo equivalía a Rey de Israel.

Por haber intentado abreviar, Caifás intentó concretar ese sentido, se precipitó y fue demasiado lejos. No conocía bien al reo si imaginaba que en asunto tan capital iba a callar o desmentirse. Le forzó a declarar algo que para ellos ni siquiera debía mencionarse: el santo nombre de Dios.

Sin embargo, a Jesús sí le interesaba que la triple igualdad Mesías–Hijo del hombre–Hijo de Dios, tal y como Pedro la declaró y Caifás la entendió y preguntó, quedase bien manifiesta ante los presentes. Jesús quería poner en claro el motivo por el que estaban procurando condenarle: no sólo porque se había hecho Hijo de David y

heredero de su trono, no sólo porque confesara que era el Cristo, sino porque afirmaba que era el Cristo–Hijo de Dios, Hijo del Altísimo en sentido divino, igual a su Padre Dios. Y lo decía para que los sanedritas no sólo tuvieran claro el motivo de la acusación, sino para que los que le habían escuchado con gusto en otras ocasiones pudieran recapacitar.

Por lo que, tras una pausa, y para que los jueces pudieran hacer un juicio cierto en sus conciencias según lo que Él había enseñado y pudieran emitir un fallo acorde con la verdad, añadió: – *Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del Poder de Dios.*

¿Cómo se iba a resolver allí en un instante y sin libertad de espíritu en los jueces la cuestión trascendental sobre la personalidad de Jesús? Podría intentarse el diálogo, pero sería en vano repetir lo que en otras ocasiones había afirmado y probado de diversas maneras, pues no estaban en condiciones para aceptar la verdad en toda su riqueza y plenitud, ya que se obstinaban en no aceptar los razonamientos que les hacía. Y si Él les preguntara preferirían callar, como en otras ocasiones. Aunque Él estuviera allí maniatado y condenado, los que no eran libres eran ellos.

Pero una cosa quiso dejarles claro: volvió a aseverar con gravedad ante el pleno del Sanedrín que las profecías de David y de Daniel sobre el destino glorioso del Hijo del hombre se iban a verificar indefectiblemente y enseguida. El Salvador, por ser Hijo de Dios a la par que Hijo del hombre, en cuanto marchase a donde ellos no podían ir, estaría sentado a la diestra de Dios Todopoderoso.

Por última vez les ofreció la clave para interpretar el Salmo 110 y toda la Escritura en lo que ésta anticipaba del Mesías prometido: Éste, en cuanto nacido del Padre, es el Hijo de Dios y es igual a Yahvéh en poder y majestad. Todos pudieron captar el mensaje contenido en sus palabras y contestaron: – *Entonces ¿eres tú el Hijo de Dios?*

Por fin. Era esta la pregunta que pacientemente había estado esperando Jesús de aquel tribunal supremo. Los enemigos no advertían que, blandiéndola como arma, le deparaban una de las mejores ocasiones para dar testimonio en favor de la verdad, aquello para lo que había venido a la tierra: que Él, el Verbo, el Hijo eterno del Padre, se había hecho hombre para salvar, por amor, a toda criatura humana, hombre o mujer. Esa era la verdad de Cristo. Deseaban tener su asentimiento y lo tuvieron. Y como había declarado a Caifás de noche, de madrugada les dijo a ellos: – *Vosotros lo decís:*

Yo soy. Ellos lo comprendieron perfectamente y concluyeron: – *¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca* (Lc 22,71).

Yo soy

Conviene detenerse en las últimas palabras de Jesús –Yo soy– porque no era un simple modo de confirmar lo que le preguntaban, sino una respuesta de índole teológica.

En los evangelios hay una serie de pasajes que se han dado en llamar pasajes «yoístas», en los que Jesús expresaba con esas palabras –Yo soy– su verdadera personalidad. Por ejemplo, en su diálogo con los fariseos, les dijo que *antes que Abraham naciese, era Yo* (Jn 8,58); *si no creyereis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados* (Jn 8,24); y también: *Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que Yo soy* (Jn 8,28); asimismo les dijo a los apóstoles: *desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que Yo soy* (Jn 13,19).

Esa frase tan corta encerraba un contenido asombroso, porque hay que tener en cuenta que «Yo Soy» es el nombre que Dios se dio a sí mismo. Cuando Yahvéh encargó a Moisés que se dirigiera al Faraón para que dejara salir de Egipto a su pueblo, Moisés le preguntó quién le enviaba, es decir, le preguntó su nombre. Y Dios le dio este Nombre: *Yo soy el que soy... Así responderás a los hijos de Israel: «Yo soy me manda a vosotros»* (Ex 3,14).

Analizando estas palabras los teólogos han visto posteriormente en ellas el nombre propio de Dios: Dios es «El que es», el que no tiene su ser recibido de otro (no ha sido creado), sino que es el «Ser subsistente». Por eso existe desde siempre y para siempre: es el Eterno. Además, en Dios no se da la composición real entre «ser» y «esencia» (la esencia es el modo de ser, por ejemplo, ser hombre), sino que la esencia de Dios es Ser. Dios no es algo, «Dios es»; Dios es «El que Es». A la pregunta sobre si se consideraba igual al Dios Eterno (*Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios?*), su respuesta lo decía todo: *vosotros lo decís, yo soy* (Lc 22,70), «Yo soy Dios».

En otros momentos Jesús afirmó de sí mismo una serie de perfecciones propias de Dios: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6); *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11,25); *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12), *Yo soy el buen pastor* (Jn 10,11), etc. Quien dice estas cosas, o está loco o tiene que ser Dios. Porque nadie puede tener toda la verdad en este mundo, nadie es la objetividad, pues cada uno ve la realidad de las

cosas desde su inteligencia limitada. Pero Jesús afirmaba que Él era la Verdad, toda la verdad. Y lo mismo se puede decir de las otras perfecciones que a Sí mismo se atribuía.

Verdaderamente tenían que estar asombrados quienes le escuchaban, porque, además, luego veían sus obras prodigiosas que venían a confirmar sus palabras. Porque es muy fácil decir que uno es la resurrección, pero lo asombroso es que quien dice eso, acto seguido resucite a Lázaro.

Jesús había confesado ser el Hijo de Dios Altísimo. Habían obtenido, por tanto, lo que deseaban. Algunos de los jueces no precisaban más para poder dar victoriosos su sentencia; otros, más que las palabras que acababan de escuchar, lo que les impulsaba a dar ese veredicto era la presión de otras personas allí presentes, quizá la mirada de Caifás. Pero en el comentario general del Sanedrín latía una sombra de temor humano y religioso. Las palabras que había dicho Jesús en esos años no eran desacertadas y las obras que realizó no eran dignas de castigo; al contrario.

Era evidente que tampoco se deseaba indagar más en el proceso, ni se pedían testimonios a favor o en contra. Para cualquier juez que no estuviera totalmente ofuscado o corrompido tenía que pesar la duda en su conciencia. Dada la gravedad de lo que el reo acababa de afirmar, sus palabras debieran haberse sometido a un minucioso examen.

Pero no se dio oportunidad a que alguien pudiera añadir algo más. Y sin más dilaciones condujeron a Jesús hacia la Torre Antonia. La vista había sido muy breve, por lo que serían cerca de las siete de la mañana.

En la calle ya circulaba el rumor de que iban a ajusticiar a Jesús. Del comentario en la calle saltaba la chispa de la noticia a las ventanas, y de las ventanas al interior de las casas y a otras ventanas; y como noticia aparecida en un diario de la mañana, no se hablaba de otra cosa a esas horas. La gente de Jerusalén empezó a acudir a la calle por donde llevaban a Jesús al Pretorio.

Quienes abarrotaban la calle contemplaban un hecho insólito: el que había entrado el domingo en Jerusalén aclamado por la multitud era llevado, con evidentes señales de malos tratos, atado por las manos y el cuello para ser juzgado, y todo apuntaba a su inminente condena.

Judas al ver lo que gritaba la gente y la dirección que llevaba la comitiva corrió hacia los que le habían pagado su traición. Es posible que Jesús ya no le viera, que ya

no le volviera a ver jamás, porque cada uno tiene un momento en el que, ante la voz de Dios, ha de aclararse y decidir, pues no basta con posponer las decisiones de conversión y de entrega hacia un mañana que nunca llega. Jesús sabría cómo iban a tratar a Judas sus «confidentes benefactores» y cuál sería su final, y esto le dolería en extremo, pues Jesús seguía amando a Judas.

Sí, soy rey

Poncio Pilato llevaba cuatro años como procurador romano en Judea. Roma era tolerante con las costumbres y la religión de los pueblos que dominaba. Mientras reconocieran la suprema autoridad del Emperador, se guardara el orden y se pagaran los impuestos, el Imperio era condescendiente y permitía que los pueblos mantuvieran sus costumbres.

Judea no era la región del imperio más deseable para ser procurador, pues el pueblo judío era extremadamente religioso, y a veces por el fanatismo religioso la autoridad imperial había tenido que intervenir duramente. Por eso estaba allí la Torre Antonia junto al Templo, para vigilar cualquier subversión. Ciertamente Pilato no tenía especial simpatía por ese pueblo.

Ya se escuchaba la algarabía a esas horas de la mañana desde los aposentos del procurador romano cuando le avisaron de que un gran gentío, con el Sanedrín a la cabeza, esperaba su comparecencia fuera del palacio. Según decían, no querían entrar en el lugar pues, al haber comenzado el día anterior la semana de fiesta de los panes ácidos no podían pisar en una casa donde hubiera pan fermentado si deseaban «comer la pascua» esa tarde. El procurador hubo de salir a recibirles.

Viendo preso a aquel hombre que habían puesto en primera fila, la pregunta era obvia: – *¿Qué acusación traéis contra este hombre?* (Jn 28,29).

Era evidente que si el pleno de los principales estaba allí a esas horas para entregar a uno de los suyos debía de tratarse de algo muy grave. –*Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.*

Se habían dirigido a él pidiendo benevolencia, pero a la vez exigiendo. Por el modo cómo iba atado el reo era notorio que se trataba de alguien convicto y confeso, pero no descubría en él nada que delatara que fuera un facineroso o un malhechor vagabundo. No es que Pilato no fuera capaz de condenar al suplicio a uno o a varios judíos, lo que no estaba dispuesto era a condenar sin escuchar los cargos.

Por eso, como quien conoce el derecho procesal les respondió que, si deseaban condenarle sin previo proceso formal, acudieran a otro tribunal que tuviera esa costumbre, pero no al tribunal romano. Tal vez ellos, judíos creyentes y observantes de la Ley siguieran ese criterio, pero él, romano más o menos descreído, no actuaba así. Si en algo podía estar orgulloso cualquier ciudadano romano era de su Derecho. No, si no presentaban los cargos contra el reo, él no estaba dispuesto a ejecutar una pena capital acordada por ellos. Por eso les respondió displicente: – *Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley*. Ellos contestaron algo que ya conocía el juez romano: – *No nos está permitido dar muerte a nadie*.

Ambas partes sabían que Roma prohibía a los pueblos sometidos aplicar la pena capital, y era al gobernador romano a quien competía el «ius gladii», el poder de vida o muerte. Aunque no en todos los casos, pues si se trataba de blasfemia los judíos podían lapidar, como sucedió poco después con san Esteban. Por eso se cuidó mucho el Sanedrín de no declararle blasfemo, pues deseaban para el acusado la pena de los romanos, la cruz.

Era evidente por qué habían acudido a él: para que mandara crucificar a aquel hombre. Pero él no se consideraba obligado a firmar en blanco una sentencia de muerte. Como el procurador no cedía, ellos tuvieron que hacer lo que no deseaban: formular la acusación. Y allí delante del pretorio, Jesús escuchó los cargos que contra él exponían al juez. – *Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar los tributos al César y diciendo que él es el Cristo Rey* (Lc 23,2).

Ya se advertía que las dos primeras frases eran de relleno y que era la tercera por la que estaban allí, pues era ilógico que hubieran presentado a esas horas de la mañana a delatar a uno de los suyos por ser alborotador o estar en contra de Roma. Por esas razones tendrían que haber hecho comparecer a muchos otros judíos. Era la tercera cuestión, escondida en el paquete de acusaciones, la que parecía importarles en extremo. Cristo-Rey. Lógicamente se trataba de una acusación política y no religiosa, por eso acudían a él.

Es posible que Pilato tuviera alguna noticia sobre Jesús, pues era una persona famosa que había dado que hablar y había intervenido ostensiblemente alguna vez en el Templo. Quizá no supiera que Jesús no iba contra los romanos, pues había curado al siervo de un centurión, había sostenido la licitud de pagar el tributo al César y había rechazado a la gente cuando intentaron hacerle caudillo.

De lo que sí estaría informado era de que en los libros sagrados de Israel se hablaba de un libertador, un Mesías-rey descendiente del rey David que salvaría a su pueblo, y de que los judíos esperaban su cumplimiento por esas fechas. Y él, procurador romano, debía de velar por evitar cualquier insurrección contra la autoridad del César. Por eso él tenía que dilucidar esa tercera cuestión.

Como iba a ser imposible interrogar al acusado y conocer qué decía Él mismo en presencia de los acusadores y de la muchedumbre, Pilato entró en el Pretorio e hizo comparecer al reo ante él. Sin rodeos le preguntó: – *¿Eres tú el Rey de los judíos? Tú lo dices, contestó Jesús (Mt 27,11)*. Pero añadió una frase que advertía a Pilato si sabía de qué se reino se trataba y si tenía un criterio cierto sobre lo que iba a juzgar: – *¿Dices esto por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí? (Jn 18,34)*.

Pilato se quedó desconcertado de la contra pregunta. Nunca un acusado le había respondido con tanto dominio de sí. Efectivamente el procurador tenía derecho a saber si Jesús era rey, tal como alegaban los judíos; por eso le contestaba. Pero deseaba aclararle que los judíos no le habían entregado por ser un rey de carácter político. Habiendo escuchado su predicación los príncipes de los sacerdotes habían concluido la relación entre el Mesías que afirmaba ser Jesús y la peculiar naturaleza del reino que proclamaba: se trataba del Reino de Dios, del Reino de los cielos, no de un reino temporal.

Pero a él, romano escéptico, no le iba a explicar si las profecías hebreas se cumplían en Él ni de los prodigios que había realizado que las certificaban. Simplemente le puntualizó si sabía de qué iba el asunto, «si sabía quién era la persona que tenía delante», si advertía la trascendencia de su pregunta y de lo que iba a escuchar en lo sucesivo de este rey.

El aplomo y la perspicacia del reo sorprendieron al juez. Pero le molestó que, de interrogador, pasara a ser interrogado, y con desdén replicó con otra pregunta: – *¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho?*

Pilato cambiaba de tema. Dejando de lado la cuestión sobre si era rey, pasaba a preguntar qué respondía a los cargos que traían contra él. El reo, por el contrario, continuó con la cuestión anterior. – *Mi reino no es de este mundo, si de este mundo fuese mi reino, mis soldados lucharían para que yo no fuese entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.*

Jesús afirmaba que no era su gente la que le había entregado, sino otros. Y que si Él estaba allí era porque había consentido en ello. De no haberlo querido así, los suyos habrían peleado por Él y por su reino. Estas palabras tranquilizaron al procurador. Ni él ni el César Tiberio habían de temer de Jesús ni de su reino. Aunque no acababa de comprender por qué había dejado que le apresaran y estuvieran pidiendo su muerte habiendo podido evitarlo. A la vez, la seguridad y la majestad que irradiaba el acusado, aún estando maniatado, provocaba en Pilato admiración. Si el acusado estaba allí era porque así lo había deseado; algún motivo tendría, porque no parecía un loco. Sin embargo el reo no negaba que fuera rey, es más, lo reafirmaba. Consecuentemente, la acusación fundamental era cierta. – *¿Luego tú eres rey?*

Las palabras que respondió Jesús le daban la clave para entender la naturaleza de su reino. Si quien miente es esclavo de la mentira, quien está en la verdad tiene señorío; y si testimoniar en favor de la verdad entraña una realeza, ésa era la realeza que vindicaba el reo. – *Tu lo dices: yo soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz* (Jn 18,37).

Jesús afirmaba que era un rey verdadero, no quimérico. Pero rey en el orden del espíritu, en aquello más íntimo de la persona: en el orden de los pensamientos, los afectos y los deseos. No explicitaba que es el modo de reinar cualquier persona que defienda la verdad, se halle encadenada o libre, es decir, el ámbito de la conciencia (y por tanto, el ámbito donde Dios reina), pero el romano lo podía entrever.

Lo que no podía entender era la suprema verdad del Hijo del hombre y su testimonio más importante: la del amor que Dios –Uno en Esencia y Trino en Personas– tiene a los hombres, y que para testificar esa verdad Jesús había sido enviado al mundo y había nacido.

Mi reino

Ciertamente Jesús habló de un reino. Cómo hemos visto, los que le seguían entendieron más bien a medias su sentido. Realmente estaban desconcertados con Él, porque por un lado hablaba de cosas espirituales, y por otro de triunfar y de pertenecer a un reino, que sin duda necesitaría de ministros.

Para comprender de qué reino se trataba era necesario retrotraerse al inicio de su predicación. En aquel discurso de las Bienaventuranzas, en el que de alguna manera

expuso su programa, ya se aportaban las claves para entenderlo; allí se contenía el sentido del reino que prometía: se trataba de un reino de paz, donde reinará la verdad, el amor, la justicia y, en definitiva, la felicidad.

Sin embargo a nadie se le escapa que estas palabras están en las bocas de todos los reyes humanos y en general de todos los líderes políticos. ¿En qué se distinguía su proyecto del de los demás? ¿Qué contenido profundo encerraban?

Su reino era en primer lugar el reino de la verdad, de los que aman la verdad, y en concreto la verdad del hombre. La paz y la justicia en el mundo serán consecuencia – además de la ayuda de la gracia– de entender correctamente lo que es la persona humana –de una correcta antropología, por tanto– y de que el hombre se comporte como debe según esa verdad –y eso es la moral–.

Jesús inició su predicación hablando de la felicidad, de aquello que toda persona desea. Y la felicidad, en el fondo, estriba en amar el bien verdadero y en ser amado. Pero ¿amar a quién?, ¿ser amado por quién? La persona humana tiene capacidades –la inteligencia y la voluntad– cuyo objeto de alguna manera es infinito. El hombre es limitado pero quien le ha creado ha puesto en él un deseo de felicidad completa. Por tanto, ¿qué «verdad» debe conocer y qué «bien» debe amar, para que ese deseo natural se colme, puesto que las verdades y los bienes limitados no le satisfacen?

La verdad más profunda de la persona humana es que tiene una relación con Dios. De ahí el primer mandamiento de la Ley de Moisés, y de ahí la primera Bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, aquellos que necesitan de Dios y lo ponen como coordenada principal de su existencia, *porque de ellos es el reino de los Cielos* (Mt 5,3).

La humildad, la capacidad de arrepentirse y necesitar del mensaje que venía a traer era la condición necesaria para entrar en este reino. Si Jesús se acercaba a los pobres no era tanto por el hecho de su lamentable situación sino porque tenían el alma más dispuesta que los ricos para escuchar el anuncio del reino; aunque esa disposición la pueden tener también los ricos (de hecho Jesús no hacía acepción de personas por los bienes que tuvieran). De igual modo, si se acercaba a los publicanos y pecadoras era para que se arrepintieran, porque no por el hecho de pecar precederían a los fariseos en el reino de los cielos.

Serán felices, por tanto, los que asienten su vida sobre esta verdad fundamental de poner a Dios como su mayor riqueza. Pero, además, tienen que:

– ser mansos, lo cual no significa ser débiles o resignados, sino enfrentarse a la vida con ese ánimo;

– llorar ante el mal, con la esperanza en el cielo;

– ser hambrientos y sedientos de justicia, es decir de santidad;

– ser limpios en cuanto a la castidad y a la rectitud de intención;

– dar la paz a su alrededor;

– si es preciso, padecer persecución por causa de ser buenos, justos y por decir la verdad;

– y la Ley que rige este Reino es la de la Caridad, para con Dios y para con los demás.

Jesús estableció todo un programa que chocaba con lo que «el mundo» –mejor dicho «lo mundano»– establecía y prometía para ser feliz aquí y ahora.

Pero la felicidad, la felicidad plena, no la prometía aquí en la tierra, sino que Jesús la remitía para cuando se llegue a la consumación de su reino, que es el Cielo. Efectivamente Jesús hablaba de triunfar, de recompensa, pero eso será después: *El Padre que ve en lo oculto, te premiará* (Mt 6,4), *Tendrás un tesoro en los cielos* (Mt 19,21).

¿Era fácil de entender este mensaje? Las palabras no dejaban lugar a dudas. Pero debido a la idea del Mesías que podría dar un premio ya aquí en la tierra, la mentalidad de aquellos hombres y mujeres –como a todo el mundo le hubiera sucedido– les impedía aceptar que ese mensaje implicara renuncia. Veían en Jesús a un hombre bueno, que hacía el bien a la gente y sus palabras eran bellas, pero la idea del martirio – de la Cruz– no entraba en sus cálculos.

Hasta después de la resurrección los discípulos no iban a entender en profundidad de qué se trataba: su Reino no llegaría a este mundo con espadas y argucias sino con la muerte de sí mismo, y ante todo con la muerte del Mesías. Entonces, sólo entonces, cuando el Espíritu Santo les abrió las inteligencias y cuando «vivieron» de esa manera nueva, que chocaba con «el reino de la mentira», fueron muy felices, aunque fueran martirizados.

Entonces «entendieron quién era Jesús», y de qué se trataba su reino: su doctrina no era sólo un conjunto de enseñanzas éticas ni su reino un grupo donde se viviría la justicia y la paz, sino el modo de vivir como Dios quiere, cumpliendo la voluntad del Padre.

Yo para esto he nacido

Pilato había obtenido una revelación preciosísima sobre quién es Jesucristo: el que muestra la verdad. Esa afirmación complementaba a las anteriores hechas a Caifás y los sanedritas: Jesús era el Hijo de Dios, consubstancial al Padre, eterno como Él; que había venido a esta tierra para hablar de la verdad: sobre la verdad de Dios, la verdad del hombre y la verdad del mundo. Estas tres cuestiones fundamentales de las que se ocupan los filósofos ya están orientadas por Alguien que es la Verdad. Todo hombre de buena voluntad que busque la verdad –si de veras la busca– tendrá que ir a preguntar a quien vino de parte de Dios para mostrarla. La Filosofía siempre tendrá que acudir a la Teología como punto de referencia para no desorientarse.

Y otra cosa decían sus palabras: desde que Jesús había hablado como ningún otro hombre lo ha hecho y lo hará, no se le puede desoír. Cuantos amen la verdad objetiva e integral y se esfuercen en conformar sus mentes y sus vidas con ella, serán sus súbditos.

Pilato había formulado una pregunta y había obtenido la confesión del reo. Estaba admirado de su entereza y de sus palabras, sabía que Jesús era inocente y no mentía. Pero había entendido el razonamiento sobre la verdad y se percataba de que esa verdad le interpelaba a él: Si *todo el que es de la verdad escucha mi voz*, le había dicho Jesús, él tendría que estar dispuesto a escuchar la verdad, dispuesto a escucharle.

Por eso, –y para no acabar diciendo lo que el rey Agripa respondió a Pablo cuando le habló de la verdad de su vida: *por poco me convences para que me haga cristiano* (Hch 26,28)–, aparentando indiferencia y representando su papel, dijo como hablando al aire, mientras se daba la vuelta y se alejaba de Jesús: – *¿Qué es verdad?*

No le dio a Jesús la oportunidad de responder. Es una lástima que fuera de ese tipo de personas que no quieren llegar hasta el final de los asuntos importantes de la vida, no fuera a ser que... Es imprevisible el derrotero que hubiera tenido la conversación y el desenlace del proceso de haber dirigido esa pregunta a Jesús.

¿Le habría revelado que la Verdad plena y Dios se identifican? ¿Le habría descubierto la gran verdad que Jesús vino a testimoniar al mundo, es decir el amor de Dios por los hombres? ¿Le hubiera revelado Jesús lo que había dicho a Tomás la tarde anterior, que Él no sólo era la Verdad, sino el Camino y la Vida? ¿Y que él –Pilato– podía pertenecer a ese reino?

El procurador fue muy afortunado al tener delante de sí la luz para entender la verdad, al menos la verdad sobre qué es el hombre, y qué hombre tenía a su lado. Pero para conocer la verdad no basta tenerla al alcance de los ojos, sino que hay que mirarla. Seguramente Pilato se percataba de que tenía allí a la persona que podía darle respuesta cumplida, pero no quiso oírla.

Porque una cosa era creer en dioses fingidos, y otra descender al orden de la verdad del Dios eterno y a las derivaciones dogmáticas, morales y culturales del mundo de los hombres, creados por ese Dios. Una cosa era creer que existía un más allá que no afectaba a la propia existencia, y otra creer en un Dios Encarnado que testificaba contra la mentira, los vicios, las injusticias y falsas religiosidades que degradan a las personas y las sociedades. Admitir a ese Rey de la Verdad suponía ser radicalmente sincero consigo mismo: estar dispuesto a escuchar la verdad y a actuar en conformidad.

Para juzgar con justicia a ese Hombre que tenía delante, Pilato debería buscar de veras la verdad, con todas sus consecuencias. ¿Era mucho pedir a aquel hombre que no trascendía lo humano y no llegaba a lo divino? Tal vez. Pero no lo era pedirle que sentenciara según la verdad humana, según la justicia, conociendo todos los datos sobre aquél a quien estaba juzgando. No era pedirle demasiado que fuera sincero consigo mismo y fuera consecuente en sus decisiones con lo que creyera en conciencia. Y su conciencia le dictaba que Jesús era inocente.

Había pasado poco más de media hora desde que los judíos habían comparecido en el gran patio de armas de la fortaleza romana. Ya el sol iluminaba con su claridad el edificio de piedra y columnas del Pretorio, cuando apareció Pilato en ese lugar elevado y declaró ante los príncipes de los sacerdotes y la muchedumbre la inocencia del rey que le habían entregado. – *Yo no encuentro en él ningún delito* (Jn 18,38).

La mirada de los pontífices se dirigió con furia hacia aquél a quien habían colocado a cierta distancia del procurador, porque comprendían que el reo había convencido al romano. Arreciaron las acusaciones graves y calumniosas. El acusado las escuchaba sin abatimiento, mansamente y sin responder palabra.

Pilato miraba a Jesús y no salía de su asombro. El reo le había respondido a él sin temor, con serenidad y acierto, y ante las graves acusaciones de los otros oponía un

respetuoso silencio. Admirado, le instó: – *¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan* (Mc 15,4).

Para cualquier persona que hubiera seguido a Jesús en esos tres años y le hubiera visto actuar, habría sido un momento de perplejidad. El Maestro había dicho siempre la palabra acertada y profunda, ¿por qué no se defendía ahora?, ¿es que no sabía qué decir? Ciertamente que sí.

Más chocante aún resultaba ese hombre callado al haberle escuchado en otras ocasiones sus *¡ay de vosotros fariseos...!*, o al haberle visto derribar las mesas de los cambistas y los asientos de los mercaderes en el templo, mientras expulsaba a gritos a compradores y vendedores. Porque Jesús no era una persona dulzona, complaciente en el diálogo e incapaz de defender con seguridad su postura, pues había *venido a este mundo para dar testimonio de la verdad* (Jn 18,37).

Seguramente sus discípulos estaban perplejos, pues Jesús era un hombre realista, no un ingenuo que creyera que todo se iba a arreglar algún día en que la humanidad llegara a ser buena, pero que ante la brutalidad humana se encontrara asustadizo. Al contrario, cuando se trataba de aclarar el error Jesús lo hacía con vehemencia y sin contemplaciones. Por eso, necesariamente les tenía que resultar difícil entender por qué no ofrecía defensa, incluso acaloradamente, como había hecho días antes con los fariseos.

Sin embargo Jesús no respondió a los acusadores porque con ellos ya había hablado lo que tenía que hablar. Tampoco respondió al procurador, porque era al juez que había declarado su inocencia a quien tocaba dar explicaciones de su afirmación o pedir pruebas en contra a los fiscales. Ante la sorpresa de Pilato por el silencio de Jesús, ellos seguían acusándole: – *Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí* (Lc 23,5).

Aunque no exponían qué era lo que Jesús enseñaba, le presentaban como un agitador de masas. Pilato sabía que era mentira: se trataba de divergencias doctrinales entre ellos y lo que Jesús enseñaba, y, en el fondo, el motivo por el que le habían entregado era la envidia. Pero él no estaba dispuesto a entrar en litigios doctrinales, y menos con los judíos.

Se había llegado a un callejón con una única salida: ponerle en libertad, pues los acusadores no demostraban ninguna de las acusaciones y él no encontraba delito en aquel hombre. Pero el juez no le quería dejar libre. La palabra Galilea, cogida al vuelo,

le sugirió una idea: si el reo era galileo, tenía que ver con Herodes Antipas, autoridad de aquella región. Se lo remitiría para que diera la solución y desentenderse él de un asunto tan enigmático y peligroso. El procurador se cercioró de que el Nazareno correspondía a la jurisdicción de Herodes y lo envió bien custodiado al palacio de los Asmoneos, ya que Herodes estaba esos días en Jerusalén para cumplir con la Pascua.

A uno no le habló

Jerusalén era esos días un hervidero de gente. Además de las sesenta mil personas que residían habitualmente en la ciudad, habían llegado varios cientos de miles de forasteros, muchos de ellos judíos venidos para celebrar la Pascua. La muchedumbre, a esas horas en que ya se conocía la noticia sobre el prendimiento de Jesús el Nazareno, abarrotaba las calles por donde le llevaban en esos seiscientos metros que separaban la Torre Antonia del palacio de los Asmoneos.

Herodes se alegró por su buena fortuna. Siendo como era saduceo, no creía en una vida en el más allá; y como hombre entregado al libertinaje, identificaba la religión con la magia; pero también él se había preguntado *¿Quién es éste?* (Lc 9,9) y llevaba días deseando escuchar y ver actuar al famoso taumaturgo. Tenía la esperanza de que en su presencia realizaría uno de esos prodigios que afirmaban que hacía.

Más de uno pensaría que, de la impresión que Jesús causara a Herodes y a sus cortesanos, dependía su destino y el de su reino. Por otro lado, se sospechaba que Jesús trataría bien a Antipas.

El sucesor de Herodes el Grande recibió en su palacio al reo con muestras externas de aprecio y de contento. Pero las sonrisas y adulaciones del tetrarca dejaban impasible al preso. Herodes tuvo que esforzarse para que su figura no se descompusiera y su talante acogedor no acabara en un grito de reproche. El silencio lleno de modestia del Nazareno le contrariaba y desazonaba. Sus esperanzas de espectáculo se iban difuminando de momento en momento, y lo que era peor: a ese paso iba a hacer el ridículo a la vista de sus cortesanos y de los principales de los judíos que habían acudido allí.

La tensión iba en aumento y cada vez le era más difícil disimular su humillación y su enojo. Sabía que Jesús había hablado a Caifás y a todo el Sanedrín, confesándose Hijo de Dios; incluso había hablado con Pilato, ¿por qué a él no le dirigía ni una palabra, ni siquiera una mirada?

Herodes le miraba de arriba a abajo y de abajo a arriba. Aquel hombre que tenía delante era como una estatua cuyo espíritu estuviera muy distante, y lejos de ser el ilusionista que había imaginado adivinaba en él su categoría. El detenido no le pedía nada, pero tampoco estaba dispuesto a complacerle. Es más, ante la presencia silenciosa de aquel hombre experimentaba en sí mismo algo raro, como una cierta vaciedad. Quizá no lo supiera, pero Jesús hacía poco había expresado a Pilato que había venido a este mundo a hablar de la verdad; y realmente su silencio era elocuente.

¿Sería quizá que le reprochaba su modo de vida sensual, como se lo echó en cara Juan el Bautista? De pronto, como un latigazo, debió hacerse presente en su mente – como le había sucedido tantas noches en que no podía conciliar el sueño– la figura de aquél que le había hablado de la verdad de su vida, y a quien no quiso hacer caso y acabó matando.

Acostumbrado a que se hiciera lo que a él le venía en gana, Herodes Antipas, herido en su orgullo, cambió de modo furibundo del halago y las promesas al sarcasmo y el desprecio, que es el recurso cobarde de quien no desea enfrentarse con la verdad. Pidió entonces que trajeran una vestidura «brillante», sacada tal vez de algún viejo arcón de disfraces, para simbolizar lo efímero del reinado del taciturno «Mesías». ¿No era verdad que había afirmado ante Pilato que era rey? Pues que trajeran la capa real, que él mismo le iba a investir como tal. Antipas había prometido espectáculo, y espectáculo tendrían. El legítimo rey de Galilea iba a presidir esa celebración y la escolta de su corte rendiría el homenaje a aquel rey de burlas.

Los cortesanos reían la broma de Herodes como un coro de teatro, pero podían darse perfecta cuenta de que aquella «salida airosa» era ficticia, porque la burla de los necios ante los temas trascendentales evidencia su necedad, y su risa forzada esconde la sensación de amargura y vaciedad al no dar respuesta a los interrogantes que, de modo permanente, están en el fondo del corazón.

Al fin, quitándole el manto, y dándole con desdén un empujón de «amigo», le reenvió a la magistratura romana. No sería él, Antipas, quien fuera a interceder en defensa de la vida de quien había sido tan poco complaciente con él, ni deseaba enemistarse con los sanedritas; pero tampoco quería añadir más remordimientos a los padecidos por la degollación de otro justo. Allá se las viera el orgulloso Nazareno con sus rencorosos rivales.

Si se reflexiona detenidamente es llamativo que Jesús no le dirigiera la palabra a Herodes. Jesús había hablado con ricos y con pobres, con hombres y mujeres, con jóvenes y mayores, y con pecadores. Había hablado con todos, y sólo a uno no le dirigió la palabra. ¿Por qué?

Hay una estrecha relación entre la conciencia y el modo de vida. Con la conciencia se juzga qué se debe hacer y qué no se debe hacer, pero, a la vez, la forma de conducta modela y determina la conciencia. Dios conoce las circunstancias ambientales y personales de cada uno y por qué en el fondo de su corazón decide hacer lo que hace, y también conoce la resistencia a oír su voz en esta vida, acallando la conciencia a base de teorías y de jaleo. La vida frívola y sensual produce la pérdida de lo sagrado y del sentido religioso en la propia vida, lo cual violenta la inteligencia e impide que se pueda escuchar la voz de Dios en el corazón. Por eso no es de extrañar que a quien se encontraba en situación semejante Jesús no le dirigiera la palabra, sencillamente porque no la podía captar.

Con él o contra él

El amplio espacio enlosado de la Torre Antonia se volvió a abarrotar de gente. Pilato esperaba de nuevo a Jesús, a quien conducían a su presencia. Parecía que se acercaba el momento de la sentencia. Sentado en la silla curul, la de los magistrados romanos, sobre un estrado semicircular que le hacía bien visible y audible, dijo en voz alta: – *Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en él ninguno de los delitos de que se le acusa. Herodes tampoco, puesto que nos lo ha devuelto. Nada ha hecho por tanto que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré* (Lc 13, 14-16).

Pero aquellas palabras no eran una sentencia en firme sino una consulta velada: si no aportáis otra acusación o alguna prueba, lo soltaré. A pesar de que era la segunda vez que declaraba la inocencia de Jesús, y a pesar de que tampoco Herodes le había condenado sino que le había tomado a broma, y de que el juez decía tímidamente que lo iba a soltar, había una incongruencia en sus palabras: si el reo era totalmente inocente, era contrario a la justicia castigarlo.

El silencio que se había creado para escuchar al procurador era ahora un murmullo de algunos de entre la muchedumbre que andaban buscando alguna otra acusación. Pero

nadie decía nada. Hubiera sido una buena ocasión para Pilato haber zanjado allí la cuestión, sin embargo cometió un error siguiendo adelante.

Quizá alguien de su séquito se lo sugirió, o quizá fuera uno de la muchedumbre que deseara la libertad de Jesús, o fuera el mismo Pilato para terminar soltando a quien consideraba justo; el caso es que el procurador recurrió a una tradición: – *Es costumbre entre vosotros que por la Pascua os ponga en libertad a un preso. ¿Queréis que os ponga en libertad al rey de los judíos?* (Jn 18,39).

Los pontífices de Israel advirtieron lo peligroso que podía resultar para ellos esa argucia. Si la gente respondía que sí, ellos tendrían que tragarse sus acusaciones. Tampoco estaba claro que la gente fuera a contrariar abiertamente a sus príncipes religiosos, tan poderosos, sabiendo –como lo sabía Pilato– que le habían entregado por envidia.

Además, al llamar rey de los judíos a la persona que querían perder, sus palabras habían sido un desprecio para aquellos hombres pagados de sí mismos. Ante el silencio de ellos, el Procurador insistió: – *¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús llamado Cristo?* (Mt 27,17).

Pilato volvía a jugar una baza fuerte y humillante, dejándoles sin opción al tener que elegir entre Jesús y un conocido y peligroso bandido, acusado de asesinato en un motín. Sintiéndose seguro, el procurador se mofaba de los sanedritas a quienes tenía acorralados. En vez de haber dictado sentencia había descargado la responsabilidad de sentenciar en ellos mismos.

La tensión era máxima entre el pueblo, pues sería una barbaridad que la gente pidiera la libertad del famoso criminal Barrabás. Pero Pilato no se daba cuenta de que había ido demasiado lejos: había provocado a los leones de Judá y sus cachorros hervían de odio y venganza. En ese momento algo distrajo la atención del procurador. Un emisario de su mujer, a la que se ha dado en llamar Claudia Prócula, se acercó para darle un recado aconsejándole: – *No te metas con ese justo, porque hoy en sueños he padecido mucho por su causa* (Mt 27,19).

Claudia, a su manera, indicaba a su marido que el proceso era religioso, no político, y que correspondía a Caifás y no a él sentenciar. En todo caso, lo que debía hacer él era declararle justo. Y que le hiciera caso a ella. Tal vez el procurador recordara entonces con gesto pensativo la advertencia que hizo Calpurnia a su esposo Julio César y por no haberle hecho caso recibió veintitrés puñaladas que acabaron con su vida.

El juez, después de fijarse en la figura de Jesús que tenía cerca, volvió su atención hacia la multitud. Pero a veces perder unos segundos en un combate o distraerse en un juego supone un tiempo precioso para el contrario. En ese compás de espera los sacerdotes y los ancianos habían aprovechado para excitar los ánimos contra el Galileo e inclinando la decisión hacia Barrabás.

El procurador pidió silencio, y entonces reclamó una respuesta: – *¿A quién queréis que os suelte?* (Mt 27,21). En un mismo instante, y desde lugares distintos de la plaza, se escuchó la misma voz: – *¿A Barrabás!* Y al momento se fueron sumando más voces que arrastraban a las demás y tapaban las discordantes, hasta que, como si se tratara de todos los allí congregados, la plaza rugió: – *¿Quita a ése y suéltanos a Barrabás!* (Lc 23,18).

Pilato no podía disimular su sorpresa. Se daba cuenta de que la suerte del Nazareno estaba echada. Les había pedido que decidieran ellos y así lo habían hecho. Pero no entendía aquella respuesta. Allí, a corta distancia estaba Jesús humillado por los judíos –que preferían a un malhechor– y humillado por Pilato que le había parangonado con un asesino. Replicó el procurador al pueblo: – *¿Qué haré entonces con el que llamáis rey de los judíos* (Mc 15,12), *con Jesús el llamado Cristo?* (Mt 27,22).

Esas palabras, a la vez que significaban la puesta en libertad de Barrabás, eran una consulta sobre el tipo de castigo que deseaban. Pero la alternativa estaba clara, pues ante este Rey que se había hecho igual a Dios no quedaba más remedio que postrarse a sus pies o matarlo. Esta era la disyuntiva y lo sería en adelante: Jesús era y seguiría siendo signo de contradicción, pues cuando se tuviera noticia suya no cabría la neutralidad. Así lo afirmó Él con claridad: *Quien no está conmigo, está contra mí* (Lc 11,23).

La respuesta fue unánime: – *¡Crucifícale, crucifícale!* (Lc 23,21). Algunos gritaban con furia deseando su muerte. Es posible que otros, movidos por los fariseos, afirmaran con cara dubitativa lo mismo pero esperando que, si realmente era el Hijo de Dios, Dios le salvaría. Así se demostraría a las claras y de una vez si era o no el Cristo: que el pagano procurador le condene, y el Dios religioso de Jesús, en quien dice confiar, que le salve; entonces creeremos.

Las voces atronaban y llenaban la plaza. Pilato intentaba que se callaran, pero no lo lograba. Y alzando su voz para que se escuchara entre el griterío, les pedía razones: –

Pero, ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré (Lc 23,22).

Su mujer le había dicho que era justo, él mismo no hallaba delito, los judíos tampoco aportaban ninguna prueba. La verdad es que Jesús podía decir, como dijo: *¿Quién me argüirá de pecado?* (Jn 8,66), y fuera de aquella plaza lo que la gente decía era que sólo había hecho el bien, que nadie había ayudado tanto a los necesitados como Él. – *¡Crucifícale, crucifícale!* La plaza retumbaba con el griterío ensordecedor. Pilato miraba al gentío que levantaba los brazos exigiendo.

Era inútil intentar el diálogo con un río fuera de madre que arrastra cuanto encuentra a su paso. Había provocado a los dirigentes del pueblo y éstos habían enardecido al pueblo, no podía pues pedir ahora razones a quienes no razonaban. Por tercera vez había declarado que el acusado era justo, por segunda vez anunciaba su propósito de soltarle y por cuarta vez preguntaba a la muchedumbre cuál era la sentencia que debía dar el juez. Allí no quedaba otra solución que hacer lo que ellos habían decidido.

He aquí su humanidad

Pilato debió de comprobar, impresionado, en qué estado físico había quedado el que había sido flagelado. Los verdugos habían realizado su encargo a conciencia. Acompañado de sus asesores, abandonó las habitaciones del Pretorio y descendió hasta la tribuna de piedra. Una vez sentado aguardó a que se hiciera el silencio. La concurrencia fue callando a la espera de la sentencia definitiva. Cuando el reo estaba a punto de ser presentado de nuevo en el estrado superior, dijo: – *He aquí que os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro en él delito alguno* (Jn 19,4). Apareció el pelotón de soldados que conducía a Jesús y lo presentaron dejándolo bien visible a los ojos de todos. La multitud contuvo el aliento. Pilato exclamó: – *¡He aquí al hombre!* (Jn 19,5).

Como una ráfaga de aire helado, la vista de aquella figura les encogió el corazón. Todos, judíos y gentiles, callaron. Nadie hay que tenga tan endurecido el corazón que no esconda ningún sitio para la compasión. Como tenía previsto el procurador, la multitud estaba impresionada ante lo que quedaba de aquel hombre. Realmente era difícil no conmoverse ante aquella imagen: las manos atadas, coronado de espinas, con

el rostro ensangrentado y desfigurado por los golpes, que a duras penas se mantenía en pie bajo la clámide escarlata.

Allí, a la vista de todos, estaba en carne viva la humanidad de Jesús. Perfecto hombre, un hombre como todos. Sus amigos, que ahora le observaban allí abandonado, deshecho por la tortura y casi irreconocible, podrían recordar tantas cosas de ese Jesús con quien habían convivido esos años.

Su figura externa era semejante a la de sus contemporáneos. Los rasgos predominantes de sus facciones correspondían a las características de la raza judía de entonces. Su cuerpo era robusto, capaz de caminar horas seguidas. Había aguantado el frío del desierto montañoso y el calor agobiante de la cuenca del Jordán. Había gozado de bastante salud y resistencia física, que se compaginaron con las limitaciones físicas de la naturaleza humana. Un día, a eso del mediodía, se sentó junto al pozo de Jacob para descansar y refrescarse porque estaba agotado del camino y tenía sed. Otra vez se quedó dormido en una barca mientras el temporal agitaba la barca y el agua la inundaba pues el cansancio y el sueño le habían vencido.

Como cualquier otro tenía sentimientos: amigo de sus amigos, junto a Él los apóstoles habían pasado momentos de alegría y entusiasmo; incluso alguno podría haber advertido cierta ironía o sentido del humor cuando le dijo a Felipe que diera de comer a la multitud, sabiendo Él que iba a realizar el milagro, o cuando les preguntó qué pensaba la gente acerca de Él.

Jesús era muy humano: se enternecía ante los niños, le afectaba el dolor ajeno y trataba de remediarlo; es más, se había emocionado en Naím al ver desconsolada a una viuda en el entierro de su hijo único y se lo había entregado vivo. Los apóstoles le vieron llorar asimismo ante la tumba de Lázaro y exclamaron *¡cuánto le quería!* Y una tercera vez dicen los evangelistas que lloró: ante Jerusalén, la Ciudad Santa, porque sabía la catástrofe que iba a padecer Israel y la ciudad sería destruida: Él amaba mucho a su pueblo, a su gente.

Verdaderamente Jesús había querido a las personas y por ser amable –digno de ser amado– la gente le había correspondido invitándole a sus casas. Quienes le había seguido no lo habían hecho sólo por entusiasmo, era cariño de verdad lo que le tenían, pues se había preocupado por todos, les había enseñado como un buen maestro y no se cansaba de repetir lo que no habían entendido sobre aquellos altos misterios que sólo Él conocía.

Había tratado a cada uno con gran respeto y misericordia, a cada uno tal como era. A nadie había despreciado, a nadie trató mal. Jesús era verdaderamente humano, muy humano y bueno. Y ahora estaba allí delante desfigurado. Se le podían aplicar aquellas frases del Siervo de Yahvéh: *No hay en él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, ni belleza que agrade. Despreciado, deshecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada* (Is 53, 2-3).

Aquellos ojos que habían contemplado los montes, los valles y los lagos, y por los que había mirado con inmenso cariño a las gentes, estaban medio cerrados y escondidos entre las cejas y los pómulos hinchados tras el linchamiento. Aquellas manos delicadas con las que había acariciado con ternura a los niños y a su madre, con las que había bendecido y realizado prodigios, estaban llenas de rotos por el flagelo. Aquellos brazos robustos, entrenados en la carpintería en sostener maderas, estaban caídos de agotamiento, y las piernas que habían recorrido los caminos de los hombres estaban sin fuerzas.

Era difícil descubrir en su rostro aquella atracción que había ejercido sobre la gente, que a una mirada suya y por el imperio de su voz –¡Sígueme!– muchos habían abandonado sus casas y le habían acompañado años enteros. Era prácticamente imposible reconocer en aquella figura ensangrentada y desfigurada algún destello del hombre perfecto, sereno y alegre que fue, y mucho más a aquél de quien había salido una fuerza capaz de curar cualquier dolencia. Es muy probable que su madre estuviera por allí, y al verlo de esa manera, y recordando tantas cosas pasadas, exclamara: «Hijo, ¿qué te han hecho?»

¿Un hombre que se ha hecho Dios?

Al presentar a Jesús de aquella manera Pilato acudía a la conmiseración, a que tuvieran lástima y desistieran en su intento de matarlo. Si en otro tiempo pensó que era un rey, se le habrían quitado las ganas; si lo que querían era ensañarse y darle una paliza, lo habían conseguido. Ya no valía la pena castigarle más, humillarle más. Mirad en qué ha quedado.

Pero entre los presentes había algunos que no tenían entrañas; era como si sus corazones fueran de piedra y no tuvieran piedad ni para con Dios ni para con sus

semejantes. Y, como si la vista de su sangre les enardeciera, empezaron a gritar exigiendo: – *¡Crucifica, crucificalo!* (Jn 19,6).

Eran ciertamente voces aisladas, pues la muchedumbre continuaba pasmada y ya no contestaba. Se notaba que la gente estaba cansada. También Pilato lo estaba a consecuencia de mantener ese pulso con los principales de Israel. Había buscado subterfugios para que el reo no muriera, había alardeado despreciándolos, pero también él estaba cansado. Y con una frase que denotaba cobardía, Pilato cedió a lo que pedían: – *Tomadle vosotros y crucificadle. Porque yo no encuentro motivo en él* (Jn 19,6).

Con esto retornaba el proceso a su situación inicial: declaraba inocente al acusado y se lo devolvía para que fueran ellos los que le castigaran de una vez, si es que le consideraban culpable. Los pontífices se percataron de que su intento de darle muerte había encallado y de que el procurador les acusaba tácitamente de criminales al solicitar la muerte para un inocente sin haberse probado que hubiera hecho nada digno de castigo. Iba a devolver el preso a quienes le habían traído hasta allí.

Ante esa situación, alguien, alguien que tuviera mucha autoridad entre los judíos y que creyera necesario hacer esa afirmación, contestó al procurador: – *Nosotros tenemos una Ley y según la Ley debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios* (Jn 19,7). No podía ser otro que uno de los grandes de Israel quien había hablado. Se le había escuchado con claridad y nadie le contradijo. Pilato se percató de que se trataba de una novedad en el proceso y de que ésa era la verdadera causa por la que habían llevado allí a ese hombre. Todos los cargos anteriores eran de índole política y no buscaban otra cosa que distraerle. Se daba cuenta de que hasta ese momento le habían ocultado la verdad, ¡le habían engañado!

Observando a la muchedumbre entendía que la gente conocía ese dato, y en consecuencia debía de ser verdad. Pero aquella era una afirmación sorprendente y enigmática: decía que era hijo de un Dios. ¿Qué significaba aquello? Como si le hubieran clavado una espina, el rostro del procurador se contrajo y, volviendo sus ojos hacia el flagelado, se le quedó mirando con sorpresa y temor. ¿Quién era realmente aquel hombre?

Difícilmente lo podía entender. La Iglesia que lo sabe desde su inicio fue explicándolo a lo largo de los siglos con los conceptos filosóficos distinguiendo entre «naturaleza» y «persona»: en Jesús hay un sujeto, una Persona –que es divina– y dos naturalezas, una humana y otra divina; es decir, la misma Persona es a la vez Dios

verdadero y hombre verdadero. ¿Un hombre que ha llegado por su cercanía con lo divino a ser Dios? No, un Dios que, por amor a los hombres se ha hecho uno de ellos, sin dejar de ser Dios. Dios encarnado, he aquí el misterio de Jesús.

El asunto cambiaba de signo y Pilato comprendía que se hallaba ante un asunto mucho más serio de lo que había pensado. Él había conversado con el reo y había comprobado la dignidad de su comportamiento y lo certeras que eran sus palabras. Tal vez acudió a su memoria el consejo de su mujer recomendándole que tuviera cuidado porque podía condenar a un justo.

Lógicamente no podía entender con profundidad las palabras que sí comprendían los sanedritas, ¿cómo iba a saber lo que significaba hacerse Hijo de Dios Altísimo, si él tenía sus dioses? Pero Pilato empezó a temer, porque ¡acababa de flagelar a quien a sí mismo se consideraba Hijo de un Dios!, y algo de eso tenía que haber cuando los príncipes de los judíos en persona y en pleno estaban allá abajo dispuestos a llegar hasta el final.

Y por eso ahora tenía miedo. Miedo de ese hombre destrozado a quien él había mandado flagelar y que, cubierto con la clámide, apenas podía sostenerse en pie. Hasta ahora había admirado su entereza ante las acusaciones, incluso ante el sufrimiento físico. Le había escuchado y había advertido la profundidad de sus palabras. Pero no se le había pasado por la cabeza que tuviera delante a un hijo de los dioses. ¿Quién era este hombre?, ¿de dónde había salido?, se preguntaba en su interior. Esa era la pregunta que se habían hecho cuantos conocieron a Jesús en Palestina; pregunta que se han hecho tantos hombres y mujeres después al tener noticia de Jesús.

¿De dónde vienes?

El pueblo congregado en el patio de armas vio cómo el procurador se giraba y subía por las gradas hacia el interior del Pretorio; y mientras ascendía dio orden de que condujeran al procesado al interior. Los soldados, sosteniendo al flagelado, lo llevaron a la sala de audiencias. Allí, sin más preámbulos, le espetó la cuestión: – *¿De dónde eres tú?* (Jn 19,9).

He aquí una pregunta crucial y necesaria para entender «quién era Jesús». Cuando comenzó a predicar y volvió a su tierra, sus compatriotas –que sabían que procedía de Galilea y conocían a sus parientes– se preguntaban: *¿De dónde le viene esto? Y ¿qué sabiduría es ésa que le ha sido dada y los milagros que se hacen por sus manos?* (Mc

6,2). Sorpresa y perplejidad porque conocían su origen humano, y no podían sospechar que fuera otro su origen.

Pilato, asombrado, le hacía una pregunta semejante: ¿De dónde eres tú?, como diciendo: pero tú... ¿de dónde has salido?, ¿quién es tu padre? No preguntaba por su tierra de nacimiento –pues ya sabía que era Galilea–, sino otra cosa: ¿Eres tú hijo de un dios, como Marte?

¿Este Hombre que era como los demás, era sólo un hombre muy prudente, que decía y hacía cosas maravillosas, e incluso era muy cercano a Dios?, ¿o se trataba de alguien que había venido del cielo? Más de una vez Cristo había hablado del misterio de su Persona y la expresión más sintética parece ser ésta que reveló a sus apóstoles antes de la pasión: *salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre* (Jn 16,28). Daba a entender claramente que su estancia en la tierra no podía separarse de dicha preexistencia en Dios. Sin ella su realidad personal no se podía entender correctamente.

A los fariseos les había dicho: *vosotros no sabéis de dónde vengo y a dónde voy* (Jn 8,14), *vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo* (Jn 8,23). *Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú? Jesús les respondió: (Jn 8,25) En verdad, en verdad os digo: antes de que naciese Abraham, yo soy (Jn 8,57); Yo he salido y vengo de Dios; no vengo de mí mismo, sino que Él me ha enviado* (Jn 8,42).

Nicodemo, por su parte, cuando fue a verle, afirmó lo mismo: *Rabbi, sabemos que has venido de parte de Dios*. Y Jesús, con palabras que aquel hombre difícilmente podía entender, le dijo la verdad: *Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* (Jn 3,13). Esta «venida» del cielo, del Padre, indicaba la preexistencia divina de Cristo. ¿Pero cómo iba a poder entender esto Nicodemo? Sin embargo esa era la realidad, la verdad sobre Jesús. Con esta escueta aseveración arranca san Juan en el Prólogo de su evangelio: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio con Dios* (Jn 1, 1-4).

Pero afirmar la preexistencia de Cristo en el Padre equivalía a reconocer su divinidad, que a su naturaleza, como a la naturaleza del Padre, pertenecía la eternidad. Por eso podía afirmar que Él era antes de que existiera Abraham. Y por eso los evangelistas no dudaron en decir con claridad que Jesús era el Emmanuel, cuya traducción literal significa «Dios con nosotros», nada menos.

Pilato le había preguntado precisamente eso. Pero Jesús no le dio respuesta. Quizá el procurador se diera cuenta de que el preso apenas estaba en condiciones físicas para articular palabra. Su silencio era a la vez un reproche sobre cómo estaba llevando la causa y por no haber estado dispuesto a escuchar a quien tantas cosas podía decirle.

Pero Jesús no contestaba quizá porque esa pregunta debiera habérsela hecho antes, cuando llegó a sus manos la causa. Se lo había hecho notar y él no quiso investigar. Contrariado, el romano le amenazó: – *¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?* (Jn 19,10).

Entonces Jesús le recordó que si poseía la autoridad era por disposición divina, y si hay obligación en conciencia por parte de los súbditos de acatarla es por la misma razón. Pero el ejercicio de la autoridad humana no es ni debe ser una facultad exenta de controles exteriores y sobre todo interiores. Reprochó al juez que debía decidir en conciencia, y en conciencia –es decir ante Dios– respondería de sus decisiones. Él había declarado repetidas veces la inocencia del acusado y a cambio le había castigado; debería dar cuenta a Dios de eso: – *No tendrías poder alguno sobre mí, si no se te hubiera dado de arriba. Por esto el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado* (Jn 19,11).

Él, el Hijo de Dios, no había evitado dar cuenta de Sí ante las autoridades humanas, tanto romanas como judías. Las autoridades judías responderían de su gestión ante Dios, el Altísimo, pues era a ellas a quienes correspondía investigar a fondo la procedencia del Nazareno. Ellas eran las grandes responsables al decidir a la ligera –o malintencionadamente– sobre su culpabilidad y haberle puesto en manos de Pilato para que lo crucificara. Pero esto no eximía al procurador de su responsabilidad. Ya que presumía de tener el poder, debía ejercerlo según la justicia, aunque esto le hiciera perder popularidad.

Pilato comprendió lo que Jesús le había dicho. El acusado había respondido a su pregunta, y aunque no sabía quién era en realidad Jesús, sí se daba cuenta de que era justo. ¿Qué tenía ese hombre, que cada vez que hablaba con Él sacaba esa conclusión? Salió de nuevo dispuesto a ponerle en libertad, pero al ir a hablar a la concurrencia, los judíos, pensando por el gesto del procurador que una vez más el Nazareno le había convencido, gritaron: – *Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo aquel que se hace rey, se enfrenta al César* (Jn 19,12).

Pilato se quedó sin resuello. Aquella era una amenaza muy grave. Le recordaban que Jesús había reconocido ser un rey y, si el procurador le soltaba, ellos tenían influencias para hacer llegar a Roma una denuncia contra él. El débil propósito absolutorio del juez se vino abajo. Se daba cuenta del juego sucio que empleaban con él. Le habían hecho entrar en el juego aduciendo una calumnia de tipo político, y él había castigado duramente al reo, después habían alegado una cuestión de índole religiosa. Y ahora cuando lo iba a soltar, volvían a hablarle de un motivo político...

Irás a la cruz

Antes temía a Jesús, ahora Pilato temía a los judíos. Con semblante serio, sin pronunciar palabra, intentando disimular su contrariedad y su enojo, hizo salir de nuevo al procesado y con solemnidad se sentó en el tribunal. Era patente a todos que iba a dictar la sentencia.

Es Juan quien fija el lugar, el día y la hora de la sentencia, lo cual demuestra que estaba en esos momentos allí. Con su modo peculiar de contar las horas –prima, secunda, tertia, cuarta, etc., y no al modo romano de prima, tertia, sexta y nona– Juan dice que era cerca de la «hora sexta» –es decir casi las once de la mañana– de la «Parasceve de la Pascua», por tanto la mañana de preparación de la cena pascual que comerían esa tarde-noche, y que ese año caía en viernes, cuando el procurador romano Poncio Pilato, hallándose en un amplio balcón situado a cierta altura (*gábbata*), que daba sobre el patio enlosado (*litostratos*) del pretorio, señaló con la mano a Jesús, presentándolo de nuevo a los judíos con estas palabras: – *¡He aquí a vuestro rey!* (Jn 19,14).

Antes se lo había presentado como hombre, ahora lo hacía aludiendo a que Jesús era alguien con categoría, ¿quizá alguien que era más que un hombre? Pero eso suponía una afrenta para los judíos que, cegados de ira, exclamaron: – *¡Quita, quita! ¡Crucifícale!* ¿Era sarcasmo?, ¿o era con pena lo que añadió Pilato? – *¿A vuestro rey voy a crucificar?* Los pontífices repusieron: – *¡No tenemos más rey que al César!*

Era increíble estar escuchando aquellas palabras en boca de quienes, adoradores del único Dios, a nadie odiaban tanto en este mundo como al divino Emperador de Roma, a quien nunca estuvieron sometidos de corazón. Pilato observaba la pérdida de juicio, la obcecación de aquellos hombres que, con tal de lograr crucificar a Jesús estaban dispuestos a renunciar al orgullo de servir a su Dios y someterse al César. Por no querer

aceptar aquel Mesías que Dios les había enviado estaban dispuestos a someterse a un hombre llamado Tiberio, gentil, incircunciso e idólatra.

Pilato, que había tenido miedo de ellos –pues podrían haberle denunciado ante el Emperador–, al escuchar aquellas palabras de sometimiento de los judíos recobró la seguridad y su posición de representante del César.

La causa estaba vista para sentencia. Él sabía que el motivo principal y único era que el reo se había hecho Hijo de Dios, es decir, era un asunto religioso, y que el pretexto presentado para su condena era un motivo político: se había hecho rey, y en consecuencia se había levantado contra el orden establecido. Nadie había probado nada de lo que se le acusaba: ni sobre el crimen contra el César ni el crimen contra Yahvéh. Pero Roma respetaba las leyes religiosas de los pueblos sometidos y en particular las de los judíos, y si el procurador las contrariaba, desacataba el imperio del César. La salida menos expuesta que le quedaba era aceptar la sentencia de ellos y firmar la condena.

Para comunicar su resolución acudió a un gesto comprensible por todos: mandó que le trajeran agua y en presencia de los acusadores y de la multitud se lavó las manos. Nadie decía palabra. Era un momento solemne. Y Pilato, proclamando la inocencia de aquel a quien condenaba por un delito político que no había cometido, les advirtió con un grito: – *Inocente soy de la sangre de este justo. Vosotros veréis* (Mt 27,24).

Ellos sí sabían lo que estaban haciendo, por eso, algunos de los acusadores contestaron: – *¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* A la incongruencia del juez que, mientras le condenaba, declaraba por sexta vez la inocencia del reo y se declaraba a sí mismo inocente, respondía el pueblo con otras palabras fuera de toda razón pues admitían ser los responsables de la muerte de quien había sido declarado justo y aceptaban su propia culpabilidad.

Es verdad que no tocaba a Pilato discernir si ese Hombre era Hijo de Dios, pero una vez que aceptó la causa y le revelaron el cargo principal debiera haber obrado con justicia y no lo hizo. En vez de aplicar el Derecho del que tanto se gloriaba prefirió su seguridad personal, y le condenó a morir en una cruz.

Correspondía a los príncipes de Israel dilucidar si Jesús era lo que Él había afirmado, ser Hijo del Altísimo. Lo había proclamado con sus enseñanzas y lo demostró con las obras, porque nadie que no hubiera venido de parte de Dios hubiera podido hacer las obras que Él realizó. ¿Era simplemente un profeta, incluso un ser celestial enviado por Dios, o era el mismo Dios en forma humana? No se dilucidó allí en aquel

proceso inicuo esta incógnita, que tocará despejar a todo ser humano que tenga noticia de Jesús y posea uso de razón.

Aprended de mí

Una vez crucificado, los legionarios acordonaban el lugar para que nadie se acercara. La gente miraba en silencio. Fueron aproximándose las autoridades religiosas, a quienes dejaban paso. Sacerdotes, escribas y fariseos le miraban y se miraban con aire de triunfo. Mientras pasaban meneaban la cabeza en señal de desprecio, a la vez que decían: – *¡Bah!, tú que destruyes el Templo y lo levantas en tres días, ¡sálvate a ti mismo bajando de la cruz!* (Mc 15, 29-30). Deseaban deshonrarle más y, hablando en alto entre ellos para que lo escuchara la gente, continuaban: – *Salvó a otros y a sí mismo no puede salvarse. Es Rey de Israel; pues que baje ahora de la cruz y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios, que le libre ahora si es que de verdad le ama, ya que ha dicho «Soy Hijo de Dios»* (Mt 27, 42-43).

Sólo el odio y la venganza intenta herir en lo más profundo al que ya se ha vencido. Los animales no se comportan así. Con sus afiladas lenguas trataban de llegar hasta la médula de los sentimientos de aquél que, impotente, apenas podía hacer un gesto.

Resultaba asombroso contemplar cómo Jesús aguantaba esos ultrajes. Aquel hombre que a una sola voz suya había acallado el viento y amansado la tempestad, había secado una higuera y echado sin contemplaciones a los mercaderes del Templo, estuviera ahora callado y no respondiera.

¿No se había mostrado Él como la personificación de la cólera de Dios cuando hablaba en sus parábolas del juicio final y de los que no entrarían a participar en el reino? ¿Cómo es que ahora no hablaba en estos términos sino que era todo mansedumbre ante quienes se portaban mal?

Verdaderamente era asombroso cómo se había conducido durante todo el proceso. Sus enemigos debieron sorprenderse cuando no había fulminado al siervo que le dio la bofetada en casa de Caifás. Pilato también se quedó asombrado de que no respondiera a las graves acusaciones que le hacían, sabiendo que Jesús era muy capaz de llevar su defensa. Mansedumbre de Jesús asimismo ante las burlas y los puñetazos, ante la flagelación y la sentencia injusta, y el despojo de sus vestidos a la vista de todos.

Jesús había aguantado todo, pero aquellas ironías de sus enemigos al pie de la cruz era aguantar lo inaguantable. ¿Por qué no bajaba de la cruz –como le desafiaban los

judíos— y así, de una vez por todas, demostraba que Él estaba de parte de Dios? Era una tentación sutil y diabólica para apartarle de su obediencia a los planes divinos.

Humanamente era el colmo, era como para decir ¡basta ya!, y responder a la mentira, la calumnia y la injusticia. Cualquier hijo de Adán nacido con pecado original hubiera reaccionado airadamente. Porque ante la injusticia lo natural es que se vaya encendiendo el amor propio hasta que, llegado un límite, el aguante se rompe y no se puede callar.

Pero para Jesús no había límite. No devolvía mal por mal. No sólo no contestaba con ira, sino que no contestaba. Era como si poseyera una sabiduría tal que, sobrevolando el mundo, contemplara por encima las personas y las circunstancias. Jesús no se encendía en su amor propio, era como si no lo tuviera o sus enemigos no pudieran llegar allí. Su respuesta era la paciencia, el aguante infinito, la mansedumbre.

No es que no escuchara las blasfemias de aquellos que le habían condenado por blasfemo, ni que no sufriera en su cuerpo y en sus sentimientos —pues nadie como Él podía captar con mayor profundidad la malicia de los hombres ni podía sufrir como sufría Él—; era como si poseyera en su interior una fuerza o unos pensamientos mucho más altos y estuviera «a lo que tenía que estar», a la Misa que estaba realizando, por decirlo de alguna manera.

Era el Sacerdote en la Cruz que tenía su mente concentrada en su Padre, a quien Él mismo se estaba ofreciendo en sacrificio redentor, y concentrada en todos y cada uno de los hombres, a los que tenía presentes en ese momento. Oía lo que decían, desde luego, pero como un sacerdote en el momento de la Consagración puede oír a la gente hablar o a un niño llorar en un rincón de la iglesia (cf. F.J. SHEED, *Conocer a Jesucristo*).

Quien guardara memoria podría aplicarle perfectamente las palabras proféticas de Isaías al hablar del Siervo doliente como de un manso cordero llevado al matadero, «mudo» ante quien le trasquila. Los amigos de Jesús podrían recordar aquellas palabras suyas en las que se ponía de ejemplo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29). Quien dijera esto, o era un soberbio o era el hombre perfecto.

Precisamente en su pasión estaba enseñando a los hombres la asignatura fundamental entre las virtudes humanas y la lección más difícil de la vida interior: la virtud de la humildad.

Yo soy la misericordia

Incluso uno de los crucificados le insultaba. Escarnio, mofas, desprecio. ¿Qué hacía Jesús? En medio de unos dolores físicos indescriptibles desde la cabeza hasta los pies, sufría en su alma por la infidelidad y las injusticias cometidas y que se cometerían por todos los hombres y mujeres a lo largo de la historia.

La gente observaba cómo sus enemigos, en su deseo de venganza, intentaban zaherirle con frases que le dolieran, que le tocaran el nervio del amor propio y se hundiera anímicamente hasta el fondo. Jesús, sin embargo, mirando hacia el cielo exclamó con las pocas fuerzas que le quedaban: – *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 33,34).

Impresionante testimonio de lo que siempre había predicado: perdonar siempre, ser misericordiosos siempre. La misericordia es el amor que sobrepasa la malicia de la ofensa, es el amor más fuerte que el pecado. Y lo propio de Dios es la misericordia y el perdón. Sembrador incansable de paz, de perdón y de amor, ésta era la señal de su realeza mesiánica, la única respuesta ante quien le trataba mal.

Jamás nadie antes de Cristo había hablado de la misericordia en esos términos. Lo ordinario y lo lógico fuera del pueblo de Israel era la venganza: quien había cometido una injusticia debía ser castigado de modo ejemplar y en una proporción mayor que el delito cometido para disuadir al injusto y a los demás a volver a cometerlo. La venganza era algo terrible. La ley del Talión de los judíos fue un gran avance: sólo se podía castigar al agresor infligiéndole un castigo de la misma magnitud que el delito cometido: *Ojo por ojo y diente por diente*. Pero lo que había enseñado el rabbi Jesús al respecto era algo inaudito y sorprendentemente ilógico: poner la otra mejilla (Mt 5,39), perdonar setenta veces siete, es decir, siempre (Mt 18,22).

La Ley del amor que había enseñado Jesús era realmente una novedad revolucionaria, que sólo a alguien que hubiera venido de «lo alto» podría habersele ocurrido; porque hasta entonces algunos hablaron de Dios como verdad (Logos), pero a nadie se le había pasado por la cabeza que Dios fuera Amor, capaz de ser misericordioso y perdonar a quien estuviera arrepentido y dispuesto a reparar.

Jesús había hablado de Dios en unos términos desconocidos hasta entonces: Dios es Padre, y a un padre no se le ha de temer. Porque un padre, además de enseñar y corregir, perdona. Con la parábola del hijo pródigo –una de las páginas más bellas que se han escrito nunca– había explicado cómo es Dios. Dios es Padre de Misericordia,

que tiene pena del que sufre y del que se equivoca, que ama a los hombres aunque ellos sean malos y espera que el hombre vuelva hacia Él.

Y Jesús seguía amando a los hombres a pesar de que los hombres le dieran la espalda: *Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo*. Por eso se puede decir que Jesús es la misericordia del Padre con los hombres. «El amor es más grande que el pecado, que la debilidad..., más fuerte que la muerte. Esta revelación del amor es definida también como “misericordia”, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo» (Enc. *Redemptor hominis*, 9).

Si alguien en algún lugar buscara en la soledad de su corazón quién le comprenda y le ayude, especialmente ante la injusticia o la conciencia de culpabilidad, ya sabe dónde encontrarlo.

Desde esta perspectiva se vislumbra por qué Jesús, siendo Dios, se había abajado a tomar forma de hombre: para estar con los hombres que tanto necesitaban de Dios. Así se explica que gustara relacionarse con publicanos y pecadores, estaba con ellos para hacerles sentir su necesidad de conversión, su necesidad de Dios; y he aquí por qué tenía un amor de predilección por los pobres, los enfermos y los niños, porque, aunque no discriminaba a nadie (puesto que todo hombre en cuanto tal está igualmente necesitado de los bienes sobrenaturales), sin embargo esas situaciones de indigencia son las mejores condiciones para acudir a Dios y entender el mensaje de salvación que había venido a traer.

De nuevo el personaje de Jesús volvía a sorprender: un hombre de tal categoría humana y tan «cercano» a Dios confundía a la mera razón humana por su misteriosa «cercanía» con los hombres, con cada hombre: se había hecho «uno de nosotros» y, poniéndose en el lugar de los menesterosos y de los que sufren, imploró al Padre en favor de sus hermanos.

¿Quién iba a pensar que Dios estuviera entre los hombres para ayudarles de esta manera, como un buen pastor se preocupa por la oveja perdida o como una madre buena siente ternura y compasión por su hijo herido? Jesús demostraba a los hombres cómo es Dios para con ellos. Para esto había nacido, para dar testimonio de la verdad de cómo ama Dios a los hombres: con misericordia.

Desde la cruz pidió perdón por los que le ponían a prueba, y pedía perdón por todos los hombres. «¿No es, quizá, la palabra que necesitábamos oír pronunciar sobre

nosotros? En aquel ambiente, tras aquellos acontecimientos, ante aquellos hombres reos por haber pedido su condena y haberse ensañado tanto contra Él, ¿quién habría imaginado que saldría de los labios de Jesús aquella palabra? Con todo, el Evangelio nos da la certeza: ¡Desde lo alto de la cruz resonó la palabra: “perdón”!» (JUAN PABLO II, *Audiencia*, 16-XI-1988).

Ya no hay que tener miedo a Dios pues es un Dios cercano y que ama. El mismo que dio los Mandamientos para ayudar al hombre a que se comporte según su dignidad humana y no se haga malo, es el Dios que envió a su Hijo a rehacer al hombre por medio de la redención en la cruz, y es el Dios de la parábola que está dispuesto a perdonar –en cualquier momento– a quien reconozca sus pecados y le pida perdón.

Ante la mansedumbre y magnanimidad del compañero de suplicio, uno de los malhechores le exigía, desafiándole, que se salvara Él y les salvara a ellos. El otro ladrón, al ver que no contestaba, salió en su defensa y, volviendo el rostro hacia él, le conminó a callarse. A la vez, reconociendo sus delitos y apercibido de que Jesús era justo, le pidió que se acordara de él cuando llegara a su reino, tal como rezaba el título de Rey sobre su cabeza.

Y el Hijo del hombre que, aún en la indigencia del madero podía ser espléndido para con el que le invocara en su necesidad, le respondió: – *En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23,43). Jesús, como siempre, perdonaba a quien se arrepentía y le prometía el cielo. Lo que Jesús necesitaba para poder absolverle era un acto de reconocimiento de «quién era Jesús» y del propio mal que había realizado. Pero, ¿por qué un ladrón reconoció en Jesús al Rey bueno y el otro no? Quizá fuera porque, para reconocer quién era Jesús, hiciera falta una buena disposición en el corazón.

Jesús ofrecía su mensaje de salvación a todos cuantos le escuchaban y con él estaba ofreciendo la misericordia de Dios, de quien es propio tener misericordia y perdonar. Pero exigía la conversión del corazón. Por eso, ante las conductas deplorables –incluso de pecadores públicos, si se arrepentían– Jesús les curaba sus pecados. Condenaba las actitudes hipócritas, el mal, pero no condenaba a las personas, porque mientras está en la tierra todo hombre puede pedir perdón.

Un hombre desconcertante

La gente seguía mirando. A veces se oían murmullos en voz baja porque parecía mentira que Jesús, que había hecho tales prodigios y había hablado tan bien, estuviera

en el patíbulo reservado a los desertores de guerra, a los esclavos rebeldes o a los criminales horrendos en tiempo de paz. Jesús era muy conocido en Galilea y en toda Judea, y en esos días de las fiestas de Pascua Jerusalén estaba abarrotada de miles de personas, muchas de las cuales estaban en aquel momento mirándole. Sin duda, algunos de los allí presentes se habían beneficiado de sus milagros.

Era increíble verle crucificado después del poder que se le atribuía y de que siempre había salido airoso ante las asechanzas dialécticas de los doctores de la Ley. Las gentes habían visto milagros: cambiar el agua en vino, multiplicarse los panes, curarse los enfermos y hasta habían visto resucitar muertos. Jesús había hecho todo lo que había querido y ahora estaba allí inerme.

Los más allegados a Él no podían por menos de estar desconcertados. Jesús era desconcertante. Por un lado, había demostrado ser jefe por naturaleza y tenido majestad de rey y, sin embargo, Él mismo se había puesto de rodillas delante de ellos y les había lavado los pies. Había demostrado una voluntad fuerte hasta la impetuosidad, y no obstante había dado pruebas de un amor tan tierno y dulce que sólo al de una madre podía compararse. Totalmente entregado a Dios, embargado por una oración prolongada noches enteras, también se le encontraba a gusto en banquetes, entre publicanos y pecadores.

Conocedor de los ideales más elevados, había mirado muy por encima de lo terreno, y a pesar de ello, sus ojos se habían detenido en lo pequeño, en la realidad cotidiana y se había alegrado al contemplar las flores del campo. ¿Quién era Jesús? ¿No parecía que se había movido en direcciones opuestas, por una parte hacia lo alto y celestial, y por otra a lo de abajo, hacia lo humano? Unas veces se le podría haber comparado a una crepitante hoguera de cólera profética, y en otras había aguantado en silencio las injurias más groseras.

Jesús había sido único, solitario, lejano; y al mismo tiempo quien había percibido su mirada sin duda había quedado persuadido de que nadie había amado tanto a cada persona como lo había hecho Él. Cualquiera que estuviera contemplando la escena en ese momento de silencio religioso se estaría preguntando en su interior: ¿Quién es este hombre? y ¿qué hace en la cruz?

La amargura de la soledad

En medio de ese silencio, Jesús exclamó: – *¡Eloí, Eloí!, ¿lamá sabactaní?* Aunque las palabras en arameo que cita Marcos difieren algo de las de Mateo («Eloí» en lugar de «Elí» y «lamá» en vez de «lemá») la traducción de ambos es idéntica: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mc 15,34). Si los evangelistas, que redactaron sus escritos en griego, han querido recoger esta frase tal como la dijo Jesús indica que ciertamente la dijo, por muy sorprendente o escandalosa que pudiera resultar al lector.

Por un lado, estas palabras expresaban el estado de agotamiento físico, y por otro el abatimiento de su espíritu producido por una sensación de soledad. Jesús tenía allí a su madre acompañándole, pero era como si su Padre celestial, que presenciaba toda su ofrenda, hubiera desaparecido, le hubiera abandonado. Después de haberse entregado, de haber subido a la cruz y aguantar tres horas en un acto de obediencia rendida porque así lo deseaba su Padre, ahora era como si le fallara la razón de todo aquello.

El Papa Juan Pablo II trazaba un cuadro sumario de aquella situación psicológica de Jesús en relación a su Padre: «Los acontecimientos exteriores parecen manifestar la ausencia del Padre que deja crucificar a su Hijo, aún disponiendo de legiones de ángeles, sin intervenir para impedir su condena a la muerte y al suplicio... Aquel silencio de Dios pesa sobre el que muere como la pena más gravosa, tanto más cuanto que los adversarios de Jesús consideran aquel silencio como su reprobación: Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo “Soy Hijo de Dios”».

En la esfera de los sentimientos y de los afectos, este sentido de la ausencia y el abandono de Dios fue la pena más terrible para el alma de Jesús, que sacaba su fuerza y alegría de la unión con el Padre. Esa pena hizo más duros todos los demás sufrimientos. Aquella falta de consuelo interior fue su mayor suplicio» (*Audiencia general*, 30-XI-1988).

Con una apreciación superficial y humana algunos han pensado que Jesús tuvo algo semejante a una duda de fe o de esperanza en su Padre celestial, aunque se recuperó de ella. Pero esa explicación no puede ser verdadera: Jesús no podía tener dudas de fe o de esperanza porque ni tenía fe ni esperanza, como afirma la teología (TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, III, q. 7, a. 3), ya que estaba viendo constantemente al Padre por su visión beatífica; además Jesús es precisamente el objeto de la Fe.

La dificultad a la hora de querer indagar en la psicología de Jesús es que solemos aplicar a los demás los estados emocionales de los que tenemos experiencia propia o que advertimos en otras personas, pero no hay que olvidar que, si bien Jesús era verdaderamente un hombre –con su sensibilidad, su afectividad, su modo de ver las cosas– al estar unida su naturaleza humana a la Persona del Verbo, no era un hombre con defectos, sino el hombre perfecto: a lo largo de su vida nunca tuvo duda o vacilación, siempre tuvo claro su fin –hacer la voluntad de su Padre celestial– y lo realizó resueltamente.

La cuestión estriba en darse cuenta de que ese Hombre perfecto tenía una naturaleza humana, que se cansaba y desfallecía, y llegado a un extremo el cuerpo y el estado psicológico no aguantaban. Y he ahí el misterio, la impresión tan fuerte que produjo en los tres apóstoles al ver a Jesús en el huerto de los Olivos cuando le costaba tanto humanamente tener que sufrir; y ahora en la cruz le costaba morir, como a todo hombre, con la sensación de abandono total.

Cuando se ha apostado por Dios, y ante la impotencia por el sufrimiento aplastante y la muerte cercana, es humano, es algo profundamente humano, levantar la mirada a Dios y preguntarse: ¿Por qué?, ¿Dónde está Dios?! Ese grito se dirige hacia Alguien que se sabe está viendo el propio hundimiento, y que tiene que existir para hacer justicia cuando ésta es violada por los hombres.

Esa misma pregunta lanzada al cielo puede significar cosas distintas, según el corazón de quien la formula. En unos casos puede ser una queja, un desafío a Dios –si Dios existe, que lo demuestre ahora–, o puede ser la manifestación del dolor sumido en la certeza de quien sabe que Dios está por allí escuchándole en medio de su desolación. Es la exclamación final del Santo Job que, después de sufrir él solo su desgracia y sentir la lejanía de Dios, afirma: *Yo sé que mi Redentor vive, y al fin... yo veré a Dios* (Job 19, 25-26).

Job «sabía». Porque la fe no consiste en «sentir», sino en «saber» (no debe confundirse esto). Por debajo –o por encima– del nivel de los sentimientos está el conocimiento humano; conocimiento que puede provenir de la evidencia que da ser testigo, de la seguridad que da el razonamiento, o de la seguridad de la fe. Y Jesús era testigo del Padre ante los hombres.

Debía experimentar en esas circunstancias hasta lo más íntimo de su humanidad todas las consecuencias dolorosas derivadas del pecado, incluso hasta el límite, hasta la amargura de la soledad –la ausencia de Dios–, ese trasunto del infierno en la tierra.

Una frase reveladora

Si para nosotros esa frase resulta enigmática –es la única vez que llamó «Dios» a su Padre celestial–, para los que estaban allí presentes debió de resultar sorprendentemente reveladora, porque esa expresión recogida por los evangelistas en lengua aramea es el comienzo del Salmo 22, que todos conocían de memoria desde pequeños los salmos, y nada más incoarlo irían recitando mentalmente uno por uno los versículos –la oración del Siervo de Yahvéh que clama a su Dios– que describen al detalle lo que allí en aquel momento sucedía:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Estoy como agua derramada,

tengo los huesos descoyuntados;

mi corazón se derrite como cera en mis entrañas.

Mi garganta está reseca como una teja,

la lengua se me pega al paladar;

me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorralan como una jauría de mastines,

me cerca una banda de malhechores;

me taladran las manos y los pies,

puedo contar todos mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,

se reparten mi ropa,

echan a suertes mi túnica.

Es el Salmo del Justo que en el dolor y la desolación no cambia de propósito porque ejercita su seguridad en Dios. Aunque se rían de él, aunque se vea sin apoyo y le cerquen las angustias de la muerte, sabe que Yahvéh no está lejos de él sino cerca. Le invoca para que salve, si no su cuerpo, sí su alma. Y exhorta a sus hermanos a que alaben a Dios, le glorifiquen y le teman, enumerando los frutos que se seguirán si le atienden. El salmo termina con palabras de esperanza, de liberación, sabiendo que se

cumplirá lo que le ha dicho el Señor: *Se acordarán y se convertirán a Yahvéh... Mi alma vivirá para Él. Mi posteridad le servirá.*

En este contexto de seguridad en su Padre se ha de enmarcar la cita desgarradora del Redentor, pues en realidad era una oración. Necesariamente tenía que ser una frase breve, conocida por todos, y que suponía un mensaje cifrado a toda la concurrencia para que no se escandalizaran del siervo doliente, presa de calambres y espasmos de la tetanización de los músculos, y supieran que todo eso lo sufría y toleraba porque estaba profetizado para Él. Una vez más Jesús acudía a la Sagrada Escritura, a la que tanta importancia daba.

Pero era sobre todo un mensaje a los fariseos y demás príncipes de los judíos, el último mensaje, por si a alguno le quedaba duda de quién era Él: rota la compuerta del salmo, en su interior irían discurriendo en cascada el resto de los versículos, e irían comprendiendo que en Él se cumplían al pie de la letra.

No cabía la menor duda de que allí en la cruz estaba el Mesías prometido por Dios. En esos años se había cumplido la profecía de Baruch que dice que, después de haber enseñado a Israel, Yahvéh *ha sido visto en el mundo y ha convivido con los hombres* (Bar 3,38). ¡Y ellos habían taladrado las manos y los pies del Mesías!

En ese momento los fariseos lo comprenderían perfectamente, y no podrían dejar de recordar lo que Jesús les había dicho: *cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy* (Jn 8,28). Esa breve frase —¡Eloí, Eloí!, ¿lamá sabactaní?— debió de taladrarles el corazón de tal manera, que los fariseos no volvieron a decir palabra.

Había que esperar. Hasta que muriera tenían que estar allí todos; unos por unos motivos, otros por otros. Parece ser que fueron los soldados mercenarios extranjeros, para reírse un poco en aquella situación de silencio tenso, los que interpretaron en son de broma que invocaba a Elías.

Los otros dos crucificados ya no hablaban, luchaban también contra los síntomas de la muerte. Ellos morirían cuando el cuerpo no pudiera más, cuando Dios quisiera. Y también Jesús moriría cuando el Padre lo tuviera previsto, cuando hubiera cumplido todo lo que tenía que hacer en esta tierra. Pero parecía que llegaba el fin, porque enderezándose de nuevo exclamó: — *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

Salvar al hombre

Para entender lo que estaba diciendo había que tomar la Biblia y comenzar a leer por el libro del Génesis. Es necesario mirar a los orígenes del hombre –cuando estaba recién «fabricado»– para entender quién es el hombre, porque Jesús había venido a salvar a ese hombre.

Al principio Dios creó al hombre y a la mujer, y los hizo a imagen y semejanza suya. Es decir, los creó como «personas» individuales e inteligentes, de modo semejante a como es en Dios. Y los creó así para que hubiera unas criaturas en la tierra que fueran capaces de entender a Dios: Dios les pudiera hablar y amar, y ellos reconocer a Dios y amarle. Las delicias de Dios son estar con los hijos de los hombres, pues con ninguna otra criatura puede Dios establecer esa amistad, dándoles a participar del diálogo que tienen entre sí las Tres divinas Personas.

Con su victoria en el Edén, el diablo privó a los hombres de ese diálogo amoroso con Dios –y a Dios de él–, pues ya no le amaban al haberse metido en sus corazones la malicia del pecado, que es una participación en el mal del Maligno. Porque cuando el hombre hace el mal, no sólo realiza una acción que queda fuera de él, sino que queda afectado su corazón, lo más íntimo de su ser: el que hace el mal se hace «malo». Por eso, al hablar de Judas, Jesús dijo que era un diablo (Jn 6,70).

Después de haber creado a los hombres, vio Dios que eran «buenos». Y ellos se hicieron malos. Jesús –que en hebreo significa «Dios salva»– vino al mundo a rehacer al hombre desde dentro, a hacerle «bueno», y así, con la gracia divina, el hombre pudiera volver a tratar amorosamente a Dios como Padre.

Jesús creía en el hombre y sabía que la fuerza de la gracia divina podía cambiar a ese hombre. Había amado con entusiasmo a los hijos de Adán, pero no había sido un iluso, no era el suyo una especie de culto hacia la humanidad. No; conocía perfectamente la humanidad tal cual es, con sus contradicciones y flaquezas. La llamó raza adúltera y mala (Mt 16,4), y no se hacía ilusiones sobre la Ciudad Santa cuyos defectos veía claramente, ni siquiera sobre sus mismos discípulos: en Pedro descubrió algo malo y diabólico (Mt 16,23). Por eso pedía a todos que hicieran penitencia.

Pero su mirada no se quedaba en una visión negativa, sino que, por su amor consciente y clarividente, comprendía la fragilidad humana y su flaqueza, por eso evitaba todo juicio prematuro. Es llamativa su reprensión a los discípulos que querían hacer bajar fuego del cielo sobre las ciudades incrédulas (Lc 9,55); admitía la tolerancia ante el mal y no trató de arrancar la cizaña sembrada en medio del trigo (Mt 12,29),

pues es Dios quien se reserva esta tarea para el día de la siega. Cuando los fariseos llevaron a su presencia la mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio, pidiendo su juicio sobre el caso, Jesús se contentó con inclinarse y escribir sobre la arena; al insistir ellos, les dio esta significativa respuesta: *aquel de vosotros que esté sin pecado, tire la primera piedra* (Jn 8,7).

Jesús no era un soñador idealista que ingenuamente creyera en la bondad natural de las personas, pues conocía que el pecado es una realidad. Pero tampoco las trataba mal como si merecieran un escarmiento, como si debiera descargarse la cólera de Dios al haber descubierto la malicia en el corazón ajeno. Sólo un corazón sin malicia y que conociera a fondo la fragilidad humana y su capacidad de conversión podía ser capaz de tratar con ese respeto y amor a los que obraban mal.

Cuando los soldados en la pasión –y antes los sanedritas– le golpearon, le escupieron en la cara y le pusieron una corona de espinas para burlarse, Él callaba. El ojo de Jesús sabía mirar a través de los velos de las pasiones humanas y penetrar hasta lo más íntimo del hombre, allí donde él está solo, pobre y desnudo, allí donde no tiene más que miseria y depende de una infinidad de influencias del cuerpo, del alma y del entorno. He ahí por qué Jesús no quería juzgar ni aún cuando le atormentaban y maltrataban. En cambio, perdonaba siempre: *Yo te digo, Pedro, no siete veces, sino setenta veces siete* (Mt 18,22) (cf. K. ADAM, *Jesucristo*).

Su amor por los hombres era un amor consciente de quien conocía las más nobles posibilidades de la humanidad para el bien, así como sus tendencias más bajas; y a la que, a pesar de todo, se entregó de todo corazón. Los hombres le habían fallado, pero él conocía el corazón humano. Precisamente por eso sabía lo que podía hacer el hombre con la ayuda de la gracia divina y estaba dispuesto a ayudar a ese hombre, a elevarlo de su situación de pecado y miseria, para que con la propia colaboración de cada hombre, retornara hacia la categoría que le era originaria y se comportara de un modo verdaderamente humano, en su dimensión personal y en la social; y sobre todo, se elevara viviendo como hijo de Dios.

Dios podía hacerlo, y todo el trayecto desde su Encarnación hasta este momento –y después con el Espíritu Santo– iba a capacitar al hombre a vivir esa misma vida divina. Jesús sabía a lo que había venido a la tierra y lo estaba cumpliendo. Cuando estaba a punto de expirar pudo decir: *Todo está cumplido*, todo está preparado para que el hombre conozca el camino, descubra la verdad y viva la verdadera vida.

Misión cumplida

Efectivamente, la misión para la que había sido enviado estaba cumplida: la redención integral del hombre en todas sus dimensiones, espiritual y corporal, individual y social. Y esa salvación estaba realizada en tres frentes: la liberación del pecado, de la ignorancia y del sufrimiento.

Salvar al hombre significaba esencialmente y como primera medida apartarle del pecado, quitar el principio que desordena al hombre intrínsecamente al separarle de Dios y de los demás. Sólo alguien que fuera Dios podía «quitar» los pecados –la muerte del alma– y darle la vida de Dios. Y por eso era necesario que muriera como el grano de trigo que, sembrado en la tierra y muriendo, da la vida a la espiga. Entregando su vida, a la vez que reparaba los pecados, daba a participar de ella al mundo. Ya lo había dicho con anterioridad: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10).

Además, Jesús había venido a salvar a los hombres de la ignorancia sobre lo que el mismo hombre es y sobre el sentido de su vida. Cuando Dios creó a los hombres les puso un orden, y la órbita en la que debían circular era la de la verdad y el amor; lo cual significa girar alrededor de Dios, no alrededor de sí mismos. Por el pecado la humanidad se desorientó. Con su doctrina y su ejemplo Jesús volvió a orientar a los hombres, a enseñarles a vivir según la voluntad de Dios: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente..., amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22,37-39) es decir, según las normas que corresponden a la dignidad de la persona humana.

Porque esa es la verdad del hombre; quien viva según los mandamientos vivirá en libertad. Jesús lo demostró con el testimonio de su vida pues fue el hombre más libre: no estaba atado ni por el dinero, ni por el placer, ni por la ira, ni por la adulación, ni por el afán de poder, ni por ninguna otra cosa que ata al hombre a lo terreno.

Finalmente, Jesús no sólo salvó del pecado y de la ignorancia, sino que curó enfermos, dio la alegría a los afligidos y ayudó en sus necesidades a los hombres. Muchos milagros los realizó porque se compadecía de la gente, porque tenía un corazón «humano», se conmovía ante el dolor ajeno y trató de aliviarlo. Con esto señalaba que la salvación integral de la persona suponía también la liberación del sufrimiento

humano en todas sus facetas. Nunca fue indiferente ante el dolor, y eso enseñó a sus discípulos.

Y sobre todo enseñó con su sufrimiento a saber llevar el dolor. Es más, si se puede hablar así, en la humanidad de Cristo, Dios conoció la tortura del cuerpo, la angustia del alma y el desprecio. Desde entonces Jesús será el hermano de los torturados, de los angustiados y de los despreciados. El hombre que sufra con Cristo no estará sólo, y ante él se desvelará el sentido salvífico del sufrimiento. Jesús no arrancó el sufrimiento del mundo, lo asumió y, desde entonces, el sufrimiento es liberador.

Jesús había realizado su misión y ofrecía a cada hombre la salvación; tocaría a cada uno vivir, a tenor de su ejemplo y de sus enseñanzas, esa vida nueva de la gracia. Ya estaban cumplidas todas las profecías, incluso aquella que hablaba de su garganta reseca como una teja. Ya estaba todo dicho, ya estaba todo demostrado, ya estaba todo obedecido; había obedecido *hasta la muerte y muerte de cruz* (Flp 2,8). Jesús ya se podía marchar.

Y con voz fuerte y poderosa, para que entendieran a dónde iba –al Padre–, recitó aquella frase del Salmo 33: – *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46). Y al igual que el Padre descansó después del trabajo de la Creación, así el Hijo reposaba después del trabajo de la Redención. Acto seguido el velo del Templo – aquella gran lona que ocultaba el lugar que significaba la presencia de Dios entre los hombres– se rasgó de arriba abajo como indicando que allí ya no volvería a estar; las piedras se partieron, algunos sepulcros se abrieron y resucitaron muertos. Y el centurión exclamó: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*.

Los hombres se habían empeñado y lo habían conseguido: aquel hombre amable y admirable, que pasó haciendo el bien, que era un misterio y signo de contradicción, estaba muerto.

La apuesta de Dios

Jesús estaba muerto, su alma se había separado de su cuerpo y éste yacía bajo tierra. A primera vista parecía que su Padre Dios en quien había confiado le había abandonado al rencor de sus adversarios, pues el resultado había sido lamentable: morir en una cruz. Era como si se hubiese lanzado al vacío obedeciendo una voz que le hubiese prometido que allí estarán los brazos de su Padre para que no tropezara con las piedras, y allí finalmente no hubiera brazos ni de ángeles ni de nadie, y se hubiera

estrellado contra el suelo. Se lo habían dicho: que el Dios en quien confías no está, que te estás engañando, que vives en la ilusión.

Sin embargo era preciso recordar algunas frases suyas para entender su comportamiento. De una parte, Jesús había afirmado repetidas veces que había sido «enviado» por el Padre: *Yo no estoy solo, sino yo y el Padre que me ha enviado* (Jn 8,16); *yo no hablo de mí mismo, sino que el Padre que me envió, Él me ordenó lo que debía de decir y hablar* (Jn 12,49), y la finalidad era clara, la salvación de los hombres: *no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él* (Jn 3,17).

De otra parte, lo que Él había procurado era «hacer era la voluntad del Padre», ése había sido su alimento como dijo a los apóstoles después de hablar con la samaritana: *Mi alimento es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado y llevar su obra a cumplimiento* (Jn 4,34). Esa relación íntima y «misteriosa» entre Jesús y su Padre era lo que le había hecho distante respecto a sus amigos.

Ellos veían que se pasaba largos ratos en oración con Él, de ahí sacaba su alimento; en la oración su Padre le indicaba lo que debía de hacer y Jesús «vivía» de eso, de hacer lo que el Padre deseaba, de su amor manifestado en la obediencia: *porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6,38); *el mundo ha de saber que amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado* (Jn 14,31).

La obediencia a quien le había enviado era la clave imprescindible para entender a Jesús en su vida terrena y sobre todo en el escándalo de la Cruz. Su sufrimiento y su humillación no fueron lo más importante; lo decisivo de la acción redentora de Jesús fue la entrega de su voluntad, su obediencia amorosa al Padre. Esto es lo que llenó su vida entera, que culminó en el sacrificio de la cruz. Si no se tiene en cuenta esa relación íntima de Jesús con su Padre no se puede entender quién era y por qué hizo lo que hizo. Jesús vivió y murió en íntima unión de amor con el Padre.

Por eso, porque había puesto su confianza en Él y cumplió su voluntad, el Padre tendría que salir fiador del Hijo. Era Él –Dios Padre– quien hacía la apuesta al mundo de que salvaría al Hijo. ¿Cómo sería esto si ya Jesús había muerto, había sido «abandonado» hasta el extremo de haber sido enterrado?

Parecía que los fariseos habían triunfado y podrían ya descansar seguros. Pero no fue así. A pesar de que Jesús estaba realmente muerto, entre ellos cundió el temor y la inseguridad, y pasaron la noche en desasosiego. Mientras los amigos de Jesús habían olvidado su promesa de que resucitaría, sus enemigos no: «creían» en sus palabras y se movieron para hacer lo posible con el fin de que no se manifestara el milagro.

Por eso al día siguiente, aun saltándose la ley del descanso sabático, acudieron de nuevo a Pilato a exponerle: – *Señor, nos hemos acordado de que ese impostor dijo cuando aún vivía: A los tres días resucitaré. Manda, pues, custodiar el sepulcro hasta el tercer día, no ocurra que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos, y el postrer engaño sería más pernicioso que el primero* (Mt 27, 63-64).

¿Por qué ese temor cuando sabían que sus discípulos le habían abandonado y habían desaparecido? Además, ¿qué podrían temer de un cuerpo robado que no aparece? Por mucho que hubieran dicho sus discípulos que había resucitado, si el cadáver no aparecía podrían estar tranquilos. El temor vendría, en todo caso, al saber que estaba vivo a quien se había enterrado. Con sus palabras y las medidas que pusieron no sólo testificaron la muerte de Jesús, sino que hicieron más patente el hecho de la resurrección.

El procurador les concedió la guardia, que debió de ser de cuatro escuadras de cuatro soldados cada una, como la gravedad del asunto requería. Y al sepulcro se dirigieron los pontífices, los fariseos y los legionarios del Pretorio. Pusieron sellos a la gran piedra redonda que cubría la entrada. Los soldados que vigilaban responderían ante ellos y ante Pilato de la violación de la tumba.

Sepulcro sellado, soldados que vigilaban, pontífices que inspeccionaron y precintaron, así como su incredulidad forzada, iban a servir de poco a aquellos homicidas para conciliar el sueño la siguiente noche, la del sábado al domingo. Jesús había prometido que resucitaría, esa era su apuesta, y ¿no sería acaso una apuesta de Dios? En caja fuerte bien custodiada y dentro de sobre lacrado quedaban depositadas las condiciones de la apuesta de mayor trascendencia para los destinos de Jerusalén, de Roma y de la humanidad entera, presente y futura (cf. B. MANZANO, *Jesús, escándalo de los hombres*).

Aquí se iba a dilucidar el misterio de Jesús, quien unos días antes había formulado a los judíos: *Si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados. Ellos le preguntaron: ¿Tú quién eres?* (Jn 8, 24-25).

¿Qué dijeron en la pasión?

¿Cómo le vieron quienes intervinieron en la pasión? Los apóstoles, casi todos, le abandonaron. Y no fue por el miedo. Recordemos que Jesús reclutó a sus amigos entre gentes de las más diversas opciones políticas. Entre ellos estaba Simón Celotes, es decir, uno que pertenecía a una facción extremista que pretendía echar de su tierra a los romanos por la fuerza de las armas. De hecho, en la destrucción de Jerusalén los celotes lucharon con bravura contra los romanos. No era, pues, el miedo. Más bien estaban desconcertados y desesperanzados.

Pilato por su parte declaró repetidas veces que era inocente. Igualmente la gente sencilla pensaba que no se merecía aquello: las mujeres de Jerusalén, el buen ladrón y el centurión encargado de velar por la ejecución. Vale la pena detenerse en la opinión de este personaje pues era un gentil, alguien que observaba los acontecimientos de alguna manera objetivamente, sin estar ni a favor ni en contra, con imparcialidad.

El evangelista Marcos escribe que, cuando Jesús murió, el centurión que estaba al lado viéndolo expirar de aquella forma, dijo: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*. Esto significa que en aquel momento el centurión romano tuvo una intuición lúcida de la realidad de Cristo, una percepción inicial de la verdad fundamental de la fe cristiana. Este hombre había escuchado los improperios e insultos que habían dirigido a Jesús sus adversarios y, en particular, las mofas sobre el título de Hijo de Dios reivindicado por aquel que no podía descender de la cruz ni hacer nada para salvarse a sí mismo.

Mirando al Crucificado, y quizá ya en el camino del Calvario, y quizá, quien sabe, encontrándose con su mirada, siente que Jesús tiene razón. Sí, Jesús era un hombre, pero ese modo de sufrir y de morir, ese poner su espíritu en manos del Padre, esa inmolación evidente por una causa suprema a la que había dedicado toda su vida, ejercieron un poder misterioso sobre aquel soldado y se percató de que en Él había más que un hombre. Hay que reparar que el «exactor mortis» no esperaba la resurrección: le bastaron aquellas palabras y aquel modo de morir para llegar a pronunciar su acto de fe.

Por su parte no había dejado de poner la condición indispensable para recibir la gracia de la fe: la objetividad.

Observó las personas y las cosas y asistió como testigo imparcial a la muerte de Jesús. No hizo cálculos sobre las ventajas de estar de parte del Sanedrín, ni se dejó intimidar por él, como Pilato; su alma en esto estaba limpia y bien dispuesta. Por eso le impresionó la fuerza de la verdad y no dudó en proclamar que aquel hombre, tal y como afirmaban sus enemigos que Él mismo había dicho, era Hijo de Dios (cf. JUAN PABLO II, *Audiencia*, 14-12-1988).

La opinión de aquel militar romano es muy interesante e importante para quien desee saber en verdad quién era aquel hombre que murió en la cruz. «En verdad», es decir, sin la sospecha de partidismo cristiano, ni del apasionamiento de los que quieren negar a toda costa que Jesús tuviera algo que ver con Dios. El centurión reconoció que aquel hombre verdaderamente era bueno, no un malvado, e incluso era hijo de Dios. Asimismo, las personas que le vieron morir de aquella manera –sin rencor, perdonando, rezando– se volvieron a la ciudad compungidos.

Y en este resumen, a modo de conclusiones, debemos detenernos y observar qué decía Jesús en esos momentos y qué hacía. Claramente no opuso resistencia y dejó hacer a los hombres sin violentar los acontecimientos: no se alejó de Jerusalén sabiendo lo que iba a padecer, podía no haber ido a Getsemaní en aquella hora –pues Judas conocía el lugar–, podía haber enviado doce legiones de ángeles que le defendieran, podía haber insistido a Pilato en la sugerencia de su mujer, o haber hecho algo que halagara a Herodes –pues por un instante su vida estuvo en sus manos–; Jesús podía haber hecho muchas cosas para evitar ese desenlace, pero no las hizo.

Subió a la cruz porque quiso y, como lo testificaba la inscripción fijada en lo alto, el crucificado era el Rey de los judíos. La cruz se convirtió en el altar donde el Sumo Sacerdote se ofreció cruentamente en sacrificio al Padre; y en ese encuentro sacrificial entre el Hijo del Hombre-Hijo de Dios con Dios-Padre, Dios se reencontró y se reconcilió con los hombres. Su entrega hasta la muerte no fue un fracaso, sino la victoria sobre el pecado. Por eso la cruz iba a ser el símbolo de los cristianos.

¿Qué fue diciendo Jesús en el transcurso de esas horas? Fue diciendo la verdad. Como si estuviera por encima de los acontecimientos, continuó con el talante de toda su vida. Su única defensa fue decir la verdad hablando al corazón de cada persona,

haciendo ver a cada uno qué debía hacer en conciencia. Y dejó que cada cual actuara según su voluntad, y por tanto, según su responsabilidad.

No violentó a las personas; en este sentido Jesús murió porque quiso. Pero también porque quisieron Judas, Caifás y Pilato. La pasión no fue la representación de unos papeles previstos de una obra de teatro, ni nadie actuó movido como una marioneta. Cada uno actuó libremente, como hacemos todos los que vivimos en este mundo. Ahí está la grandeza y la responsabilidad de los hombres. Y he ahí el misterio profundo de cómo, por ejemplo, prefirieron a Barrabás antes que al hombre que había hecho tanto bien, antes que al hombre Justo; en definitiva el misterio de por qué se escoge lo que es malo y causa daño en vez de elegir lo justo y bueno.

En la pasión quedó patente la grandeza de su humanidad: su entereza, su majestad, sus decisiones, su capacidad de perdón, su dolor en su cuerpo y en sus afectos. Y apareció como un hombre justo, alguien cercano a Dios, que había actuado de esa manera porque su Padre lo había establecido así. Incluso declaró en el proceso que era el Hijo de Dios vivo.

Sin embargo no era fácil descubrir esto en aquel hombre que temblaba de miedo en el huerto, o al contemplarle destrozado después de la flagelación o cuando se desangraba en la cruz ante la multitud. Verdaderamente se había ocultado su divinidad y habían desaparecido aquellas manifestaciones extraordinarias de las que fueron testigos quienes presenciaron sus milagros, sobre todo en la Transfiguración. Todo aquello era como una dimensión que tuvo y ya no era, como si la ayuda del Cielo le hubiera abandonado.

Hasta sus mejores amigos se quedaron desconcertados, como le sucedió también a Pilato, porque parecía mentira que no respondiera ante las afrentas. Sólo unas pocas mujeres y un joven no le abandonaron; su amor por Jesús era más fuerte que el peso de las circunstancias desfavorables.

Parecía mentira que aquel que padeció todo aquello, fue muerto y enterrado pudiera ser el Hijo de Dios; Dios encarnado. ¡Y esa era la verdad! Sólo una persona esperaba la resurrección, sólo una persona sabía quién era Jesús y lo que significaba que era el Hijo de Dios: su madre, María.

Contra todo pronóstico

Contra todo pronóstico resucitó. Baste como prueba el propio testimonio de sus enemigos que le enviaron a la muerte. La madrugada del domingo *algunos de la guardia fueron a la ciudad y contaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido*. Mateo no especifica qué vieron los soldados. Los sacerdotes, *reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron una buena cantidad de dinero a los soldados* (Mt 28, 11-12) y, si el hecho trascendiera, dirían que sus discípulos robaron el cuerpo mientras ellos dormían.

Lógicamente, antes de dar el dinero irían a observar el estado del sepulcro y, al comprobar que estaba abierto y tal vez al ver lo que vieron Pedro y Juan –los lienzos «caídos», deshinchados, sin el cuerpo de Jesús–, estaban dispuestos a pagar lo que hiciera falta para que no se hiciera público. Lo que deseaban era que no se supiera la desaparición del cuerpo de Jesús pues se temían (mejor sea decir que tenían por cierto) que hubiera resucitado.

Unos días después se presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos en el pórtico de Salomón del Templo molestos porque Pedro y Juan anunciaban en Jesús la resurrección de los muertos. Los prendieron y encarcelaron; al día siguiente, en presencia de los ancianos y los escribas, de Anás y del sumo sacerdote Caifás, Pedro y Juan hablaron de *Jesucristo Nazareno a quien vosotros crucificasteis, y a quien Dios resucitó de entre los muertos* (Hch 4,10). Y la respuesta de los príncipes de los judíos les delató: en vez de negar la resurrección de Jesús o de alegar que alguien hubiera robado su cuerpo, les ordenaron bajo amenaza que *de ningún modo hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús* (Hch 4,18).

No negaron la resurrección, lo que deseaban es que los testigos del resucitado –al igual que los soldados que custodiaron el sepulcro– guardaran silencio. Los príncipes de los judíos no negaron la resurrección, al contrario, y sin pretenderlo confesaron el hecho.

Como indicábamos antes, ante los ojos de la gente Jesús pudo parecer un hombre engañado por su propia ilusión, pues el Dios en el que confiaba no había estado allí para evitar su muerte y era como si se hubiese estampado contra el suelo: había muerto y lo habían enterrado. Y de pronto, era como si unos brazos poderosos hubieran salido de dentro de la tierra levantando –resucitado– a Jesús. La prueba de la obediencia y del amor de Jesús había sido total, hasta el final. Y su Padre estaba detrás.

Sí el Padre estaba allí. A pesar de todas las apariencias contrarias Dios-Padre no había abandonado a Jesús. Era necesario que el Mesías muriese para vencer al pecado y a la muerte. Jesús venció a la muerte no por el hecho de no morir, sino de resucitar. Esto significaba, además, que Dios no abandona a quienes se abandonan en Él, a los que renuncien a sí mismos, y esto les suponga sufrimiento y no entiendan los planes divinos. ¡Dios siempre está con sus hijos, aunque todo parezca demostrar lo contrario!

Al resucitar, Jesús demostró que tenía razón: verdaderamente era el Hijo de Dios. No era un iluso, ni eran una ingenuidad las Bienaventuranzas. Ahora se comprendía que Él era un «bien-aventurado», es decir, alguien que se había aventurado bien, que había recorrido el buen camino. Y todo lo que había dicho era la verdad, sobre todo que Él era igual al Padre. Y su Reino ya estaba en marcha.

Por tanto, había que cambiar el concepto que había quedado de Él como maldito por haber colgado de una cruz (Ga 3,13). El mismo Dios rehabilitó al ajusticiado: *Vosotros le matasteis clavándole en la cruz..., Dios le resucitó* (Hch 2, 23-24), dijo Pedro a los judíos, a los mismos príncipes que le llevaron a la muerte.

Dios siempre dice la verdad, y con el paso del tiempo se descubre que siempre tiene razón, aunque humanamente no lo parezca, o aunque sean muchos los hombres que afirmen lo contrario o tengan poder para imponer «su verdad».

La resurrección de Jesús suponía además otra cosa: permitía dar la respuesta a uno de los grandes interrogantes de la humanidad: ¿para qué vivir, si nos morimos? Ninguna teoría filosófica ni religiosa ha logrado dar una contestación suficiente. Se ha hecho poesía, o se ha eludido el tema como hizo Epicuro diciendo que la muerte no tiene por qué preocupar al hombre, pues mientras éste sea, ella no será, y que cuando ella sea, aquél no será. Con sofismas no se aquieta el corazón en su deseo más profundo de vivir, de vivir para siempre.

Tampoco es una explicación convincente la teoría de la reencarnación, al decir que la muerte es el paso a otro modo de vida en este mismo mundo, que se muere de nuevo y se reencarna de nuevo. De ello ni hay experiencia ni así se explica el sentido de la vida ni el de la muerte, simplemente se pospone el problema y que sea cada cual el que compruebe lo que hay más allá del tiempo que vivimos.

Jesús murió realmente, pero no «perdió» la vida, sino que la «entregó» como dueño y señor de ella; su muerte no era un fracaso, sino la victoria sobre el pecado y la puerta por la que se capacitaba a los hombres la entrada en la vida eterna. Es más, no es que

podiera resucitar a otros –como dijo a Marta ante la tumba de su hermano Lázaro–, es que «Él es la Resurrección y la Vida». Por eso, el que esté unido a Cristo debe saber que cuando muera no perderá la vida, sino que la hallará, porque «somos el cuerpo de aquella Cabeza en la que se ha realizado ya el objeto de nuestra esperanza» (SAN AGUSTÍN, *Sermón* 157, 3).

Pero la resurrección de Jesús planteaba una pregunta ineludible a cualquier persona que tuviera noticia de ese hecho, una pregunta de índole práctica: si es verdad que Dios existe y habla a los hombres, ninguno debe quedarse indiferente, a menos que renuncie a plantearse quién es él mismo y qué hace en la tierra. Y si es verdad que Jesús es igual al Padre en naturaleza –es decir, es Dios encarnado– ningún hombre debería continuar viviendo tranquilamente como si se tratara de una cuestión impersonal de estudio o de debate, porque esa verdad interpela a la propia existencia, a la propia conducta.

Como se temían los fariseos, Dios nos ha hablado en Jesús. Sus palabras y sus acciones eran expresiones de Dios. Y la Persona de Jesús era la «propuesta» que Dios hacía a los hombres para su salvación y que afectaba a cada uno en concreto en lo más íntimo de su ser. Porque Jesús, como quedó claro, no era una persona humana más, sino «el medio» para entrar en comunión con Dios. Como dirá san Pedro pocos días después del hecho histórico y salvífico de la resurrección, *ningún otro nombre se ha dado a los hombres bajo el cielo por el que podamos salvarnos* (Hch 4,12).

No es nuestro propósito hablar en estas páginas sobre la presencia de Jesús en la Eucaristía, lugar donde Dios habita en este mundo, pero es obligada la referencia. Baste apuntar que Yahvéh–Dios moraba entre los judíos durante su peregrinación por el desierto y luego en Jerusalén en la «Tienda del Encuentro» –la *shekinâ*– (*Me harán un santuario y habitaré en medio de ellos* (Ex 25,8); lugar sagrado que posteriormente fue cambiado por el Templo de Salomón. Allí, en el «sancta sanctorum», habitaba Dios de una manera especial en medio de su pueblo.

Jesús dijo a la samaritana que llegaría un día en que ni en el monte Garizím ni en el Templo de Jerusalén se adoraría al Padre (cf. Jn 4,21), y que llegaría la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre *en espíritu y en verdad* (Jn 4,23). Predijo asimismo que el Templo sería destruido, y como señal de que Dios dejaba ese sistema antiguo de su presencia entre los hombres se rasgó el velo a su muerte.

El día de la Encarnación del Verbo habitó Dios entre nosotros, puso su nueva tienda del encuentro –acampó– entre los hombres. Ahí es donde el hombre puede

encontrarse con Dios. Ya no se adorará en un «lugar» sino en una Persona, en Cristo, en el cual habita en plenitud la divinidad. Donde quiera que se encuentre Cristo allí estará Dios, porque Jesús es El que Es. Quien desee encontrarse con Dios debe de ir a la Eucaristía porque allí sigue estando el Emmanuel, Dios con nosotros.

Ya no le preguntaron quién era

Una vez resucitado, Jesús se fue apareciendo durante algunos días a diversas personas. En un primer momento no le reconocían porque Jesús quiso influir en los sentidos de sus discípulos para que le vieran de tal modo que no le reconocieran.

Pero como sucede al volver a estar con alguien a quien no se ha visto hace bastantes años, sin embargo queda siempre un deje, un estilo o un gesto propio, una forma de mirar peculiar, que lleva a que el interlocutor se le quede mirando y, perplejo, se interroga: ¿no será él?, y acabe preguntándole: ¿eres tú fulano?

Por decirlo de alguna manera, en Jesús resucitado no habían pasado años, sino una eternidad. La resurrección de Jesús no era una vuelta a la vida terrena que implicaba volver a morir, como le sucedió a Lázaro, sino el paso a la eternidad, a un «modo nuevo de ser». Por eso el cuerpo de Jesús, aún siendo el mismo, tenía unas características nuevas y sorprendentes: podía aparecer y desaparecer a voluntad o atravesar las paredes porque no estaba sujeto al tiempo y al espacio.

La siguiente impresión que tuvieron algunos ante el resucitado fue la de temor: creían ver un espíritu –tal era la creencia en los pueblos antiguos y en algunos judíos influidos por ellos–; Jesús aclaró a los apóstoles que Él no era un fantasma: *Ved mis manos y mis pies: Soy yo mismo. Palpadme y ved* (Lc 24,39), y les mostró las manos y los pies con las huellas de su pasión, e incluso comió delante de ellos un trozo de pez asado, porque a causa de la alegría y de la admiración no se lo acababan de creer.

Primero no le reconocían, en un segundo momento temían y, por fin, les invadía la alegría. No deja de llamar la atención que no le reconocieran incluso cuando le volvían a ver resucitado. Aún habiendo conversado ya con Él dos veces en el cenáculo, al aparecerse de nuevo en el mar de Genesaret tampoco le reconocieron. Fue Juan el que dijo: *Es el Señor*. Llegados a la playa y después de haber estado hablando en Él, Juan apostilla que *ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Tú quién eres?” porque sabían que era el Señor* (Jn 21,12), pues el modo de realizarse esa pesca les

evocaba situaciones anteriores parecidas, cuando Jesús mandaba y ellos obedecían, y se obraban prodigios.

Ya no le preguntaban quién era, ni se preguntaban quién era Jesús. Estaba claro no sólo que era Jesús, sino quién era Él. Durante esos años sus palabras habían sido claras y sus milagros patentes, pero ¿por qué no había sido Jesús más explícito diciendo que era Dios? Esto plantea la eterna pregunta: ¿por qué Dios, pudiendo ser evidente para los hombres no lo es, sino que su existencia hemos de alcanzarla a través de las criaturas?

Sin duda porque la infinitud divina trasciende la capacidad humana y Dios se adapta a la inteligencia humana; pero sin duda también porque no quiere violentar la libertad humana y desea que cada uno acepte su propuesta. Creer en Dios (de igual modo que creer en Jesucristo) siempre es un suceso personal, es decir, algo que ocurre entre dos personas. Dios se autocomunica y espera que la criatura inteligente responda a esa llamada y *crea en él*. Estar dispuesto a creer a Dios que interpela, he ahí la cuestión. San Agustín a este respecto dijo que para el que está bien dispuesto tenía multitud de argumentos para demostrar que Dios existe, pero para el que no quiere creer no tenía ninguno.

Jesucristo era la nueva y gran revelación de Dios a los hombres y, aunque era un hombre sorprendente que había hablado como nadie lo había hecho, había que trascender desde esas perfecciones humanas suyas y creer que era Dios, y estar dispuesto a seguirle como se sigue a Dios aunque no se le comprendiera del todo, porque había dado señales de que era Dios. Él mismo fue ejemplo con su obediencia al Padre de cómo hay que seguir a Dios: libremente fiados de Él, en todo, hasta la muerte.

En los años en que habían vivido con Jesús, los apóstoles habían comprobado que, aun estando en el mundo, Jesús no era de este mundo; por eso había sido tan desconcertante y se había movido en unos parámetros distintos a las medidas meramente humanas. Ellos no habían acabado de entender, pero ahora resultaba evidente que Jesús era Dios pues había sobrepasado la muerte y estaba allí con ellos. Por eso Juan dice que no le preguntaron quién era porque sabían que era –no ya «Jesús»– sino «el Señor».

El Espíritu Santo, que, como afirma la Iglesia Católica (*Catecismo*, n. 687) es quien «desvela» a Cristo, quien hace que se reconozca quién es realmente, ya en esos días se lo iba haciendo entender, aunque iba a ser el día de Pentecostés cuando los apóstoles y

las santas mujeres penetrarían, con la luz del Espíritu de verdad, plenamente en el misterio de Cristo.

Por eso su alegría no se debía sólo al reencuentro con el amigo o con el Maestro al que habían perdido, sino que tenía un calado mucho más profundo al darse cuenta de que estaban delante de aquel que en el fondo de sus corazones intuían que era y que estaba por encima de la vida y de la muerte; que Jesús no era sólo el profeta enviado por Dios para hablarles, sino mucho más. Aun habiendo aparecido como un hombre, con un modo de ser realmente humano, no era sólo un hombre, sino el mismo Señor, Yahvéh. Su alegría tenía una dimensión profunda que llenaba el alma: era el gozo de quien ha encontrado el sentido de su vida, el gozo del converso porque ha descubierto a Dios.

Qué dijeron del resucitado

Después de resucitar, Jesús no se apareció ni a Caifás ni a Pilato para demostrarles que había dicho la verdad. Como explica Tomás de Aquino, sólo los que tienen la mente bien dispuesta reciben las cosas divinas según verdad (*Suma de Teología*, III, q. 55, a. 4), por eso esas personas, aunque hubieran visto al resucitado no le habrían reconocido como tal. De hecho, cuando se enteraron de la resurrección, en vez de creer, distribuyeron la «información oficial» inventada del robo del cadáver.

Jesús se apareció a los que quiso, no porque tuvieran fe en que iba a resucitar, sino porque estaban bien dispuestos para creer, es decir estaban abiertos a reconocer la verdad y a obedecer a Dios —eran hombres de «buena voluntad»—. Y se apareció a éstos para que fueran testigos de su resurrección y anunciaran a todos los hombres la verdad de que Jesús es Dios.

Sin embargo, insistimos, en los evangelios se comprueba cómo los que se iban encontrando con Jesús resucitado tenían dificultades en reconocerle. No sólo porque su cuerpo glorioso tuviera unas características especiales o se apareciera bajo una figura distinta, era que ¿cómo iba a estar vivo sin que le pasara nada si le habían visto destrozado y muerto pocos días antes? Al haberle visto meses antes sonreír o cansado, al oírle hablar, al caminar con Él, la humanidad de Jesús se les imponía, veían en él a un hombre y les resultaba difícil reconocerle como Dios, y mucho más al ver cómo moría.

Es verdad que Simón Pedro había declarado por inspiración divina que era el Hijo de Dios, pero por lo que parece tampoco los discípulos habían penetrado en el misterio divino de Jesús antes de su resurrección. A pesar de haber visto milagros, la humanidad de Jesús se les imponía y –aunque lo intuían– no acababan de ver que, además de ser hombre, era Alguien divino. Pero una vez que resucitó y se fue apareciendo a unos y a otros, la divinidad de Cristo se les impuso.

Lejos de ser una ilusión nacida de su cariño por el Maestro –como han afirmado algunos–, la resurrección de Jesús fue un suceso que no pensaban que tendría lugar y les costó reconocer, pero Jesús les fue dando muestras de que era Él, el mismo que habían conocido y que estaba resucitado, y comprendieron la trascendencia salvífica de tal acontecimiento. Quienes no creían en su divinidad acabaron creyendo y ya no iban a vivir para otra cosa que para dar testimonio de esta verdad.

Por tanto, ¿qué afirmaban de Jesús quienes le vieron resucitado? Afirmaban la divinidad de Cristo, del mismo Jesús que habían tratado antes de su muerte. La resurrección de Jesús será el núcleo de toda la predicación apostólica. El primer sermón de la historia de la Iglesia, pronunciado por Pedro el mismo día de Pentecostés, se condensa en esta desnuda proposición: *Dios resucitó a Jesús* (Hch 2,32). A eso tendían las apariciones del Resucitado, a hacerles testigos de su triunfo. La misión apostólica tendrá dos notas constitutivas: haber visto al Resucitado y haber recibido de Él el mandato de atestiguar su resurrección y cuanto Él enseñó.

Afirmaban que Jesús no estaba muerto, sino que estaba vivo. *Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús* (Hch 4,33), y así lo entendían todos, judíos, romanos o griegos. Cuando el funcionario romano informó al rey Agripa acerca de la religión cristiana, lo hizo: *sobre cierto Jesús muerto, de quien Pablo asegura que vive* (Hch 25,19). Ellos eran simples testigos del acontecimiento más grande del que podía tener noticia un mortal.

Pero hay que tener en cuenta que para los cristianos este no era simplemente un dato de la vida de Jesús, sino la lente por la que contemplaban todos los dichos y hechos del Maestro y la luz por la que entendían su propia existencia. Su vida se replanteó de arriba abajo, como les sucedió a los discípulos de Emaús: ellos pensaban que Jesús era un profeta que les salvaría, pero que había muerto. Iban tristes, pero cuando se dieron cuenta de que estaba vivo, su planteamiento fue otro. La resurrección

para ellos y para cuantos creyeron operaba un cambio radical en sus mentes, que les daba la luz y la medida de quién era Jesús. Y esto cambió sus vidas.

Parecía imposible que, siendo quien era –el Emmanuel–, pudiera sufrir y llegar a ser crucificado. Pero así fue, porque tenía que ser así. Ante esa elevación en la cruz la fe de aquellos hombres se tambaleó; sin embargo, ante la victoria de la resurrección su fe en Él salió reforzada. Hasta tal punto fue así que el apóstol Tomás prorrumpió en esa maravillosa confesión de fe durante su encuentro con el Resucitado: *¡Señor mío y Dios mío!* (Jn 20,28). Jesús ya no era sólo el Maestro, era «el Señor», el Kyrios: Dios. *¡Hemos visto al Señor!* (Jn 20,25), repetían; hemos visto a Jesús a quien conocimos, que es Dios.

Ya no estaba físicamente con ellos, pero les había dicho antes de subir al cielo: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo* (Mt 28,20). No estaba presente sólo en el recuerdo, como puede estarlo un músico o un político en la memoria de sus admiradores. Cristo estaba vivo y se podía hablar con Él en la oración, estaba presente en su Iglesia, en sus sacramentos, especialmente tras el velo de la Eucaristía. ¡Jesús estaba vivo! Pero había que creer. Dirá san Juan al concluir su evangelio: *Estas (señales realizadas por Jesús) fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre* (Jn 20,31).

La vida cristiana consistirá a partir de entonces en vivir «con Él» de una manera personal e intensa. San Pablo sacará esta convicción cuando entre en crisis en su encuentro con Jesús camino de Damasco. Al preguntarle quién era, el Señor le contestó: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch 9,5). No era solamente que, como buen fariseo, Pablo tuviera por cierto que Jesús había muerto y no había resucitado, es que al encontrarse con Él se le derrumbaba su esquema teológico, porque Jesús afirmaba, además, que Él estaba en cada cristiano: Él era los cristianos a los que Saulo perseguía.

Por eso, una vez convertido al cristianismo, Pablo va a utilizar este lenguaje: hay que vivir con-Cristo y morir con-Él, para que, siendo con-Él sepultados, con-Él resucitar a la vida eterna. El bautismo es eso. La vida cristiana es eso: una renuncia, una muerte a la soberbia que, con Cristo, produce ya en esta vida obras de vida eterna. Si con Él sufrimos, reinaremos con Él, si con Él morimos, viviremos con Él. *Para mí, vivir es Cristo* (Flp 1,21) dirá el apóstol. Y así hasta el momento de la muerte, que no será otra cosa que el encuentro definitivo y sin velos con Jesús.

¿Quién era Jesús? Alguien que salió del Padre y estuvo de paso por este mundo hasta que volvió al Padre. Y en ese tiempo señaló a los hombres el camino que lleva a la bienaventuranza eterna, Camino que Él mismo es. De ahí el misterio que lo envolvía y hacía que los hombres se sintieran atraídos por Él, a la par que le temieran porque junto a la paz también traía la espada: sus palabras comprometían y no dejaban vivir como apetecía.

¿Quién era Jesús? Dios entre los hombres que, con su entrega, posibilitó a cada hombre y a cada mujer vivir –libres ya del pecado– la vida de Dios en la tierra y, muriendo con Él, ser con Él glorificados. ¿Qué más podía hacer Dios que vivir con los hombres y morir por ellos para demostrarles su amor?

Si para saber qué es el hombre hemos de remontarnos al libro del Génesis con el fin de profundizar en sus orígenes, nada tiene de extraño que ahora, al final de este boceto –necesariamente imperfecto– sobre Jesús, volvamos nuestra mirada a aquel día en el que el arcángel Gabriel anunció a María su venida al mundo, porque entonces Dios reveló quién era Jesús: *Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo* –hombre como los demás–, *y le pondrás por nombre Jesús* –que significa Dios salva–. *Será grande, se llamará Hijo del Altísimo* (justamente lo que Caifás le preguntó); *el Señor Dios le dará el trono de David su padre* (será el rey del nuevo pueblo de Dios), *reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin* (aquello por lo que le condenó Pilato)... *será llamado santo, Hijo de Dios* (Lc 1, 31-35).

Son precisamente los aspectos que hemos contemplado aquí. Hay muchos y buenos tratados acerca de Jesús, y sobre todo están los evangelios; pero si se quiere profundizar en su conocimiento es preciso recorrer un camino distinto al del estudio: el camino de la oración. El camino de la interiorización y del diálogo como hizo su Madre María. Ella conocía perfectamente quién era su Hijo, no sólo porque era su madre y le acompañó durante su vida, sino porque Dios se lo reveló y ella iba meditando la vida de Jesús en su corazón.